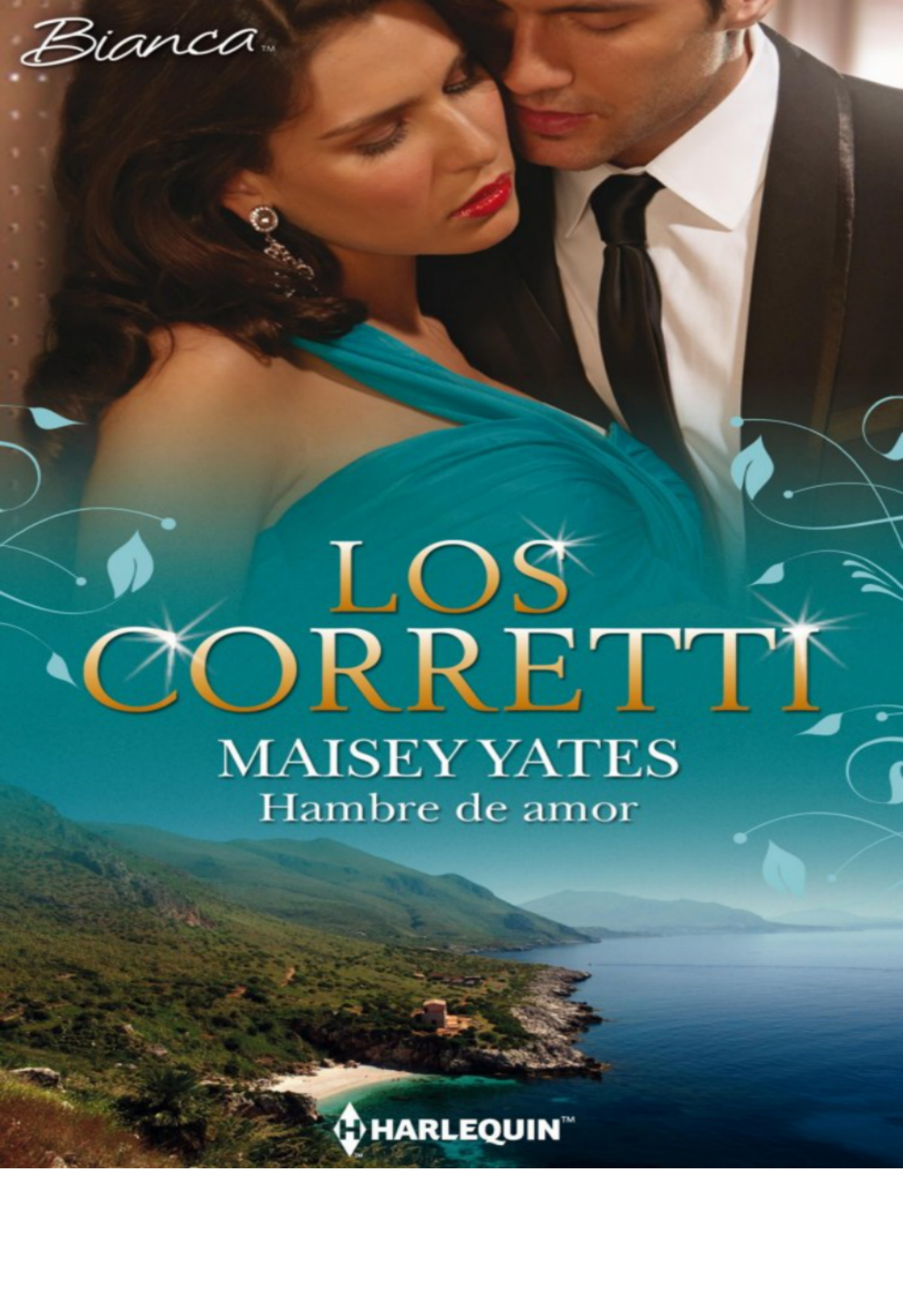

Bianca
LOS CORRETTI
MAISEY YATES
Hambre de amor
HARLEQUIN



LOS CORRETTI

MAISEY YATES

Hambre de amor



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Hambre de amor, n.º 96 - septiembre14
Título original: A Unger for the Forbidden
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres

I.S.B.N.: 978-84-687-4554-1
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

ALESSIA Battaglia se ajustó el velo. La leve gasa acarició la delicada piel de su cuello como lo haría el suave beso de un amante. Cerró los ojos, casi podía sentirlo.

No había sido capaz de olvidar sus cálidos labios sobre la piel desnuda y su mano, masculina y firme, en la cintura.

Abrió los ojos y se agachó para ajustarse las hebillas de los zapatos de raso blanco.

Recordó entonces las manos de su amante en el tobillo y cómo le había quitado los zapatos de tacón alto hasta dejarla desnuda frente a él, desnuda por primera vez delante de un hombre. Pero no había tenido tiempo para que los nervios pudieran con ella. El calor y el deseo que había entre los dos la habían dominado por completo, los había dominado a los dos. Después de tantos años fantaseando con aquello…

Tragó saliva y tomó el ramo de rosas rojas que había dejado en la silla. Lo miró y pasó los dedos por los aterciopelados pétalos. Fue una sensación que le provocó otra oleada de recuerdos y pensó en cómo había sido tener la boca de su amante en el pecho mientras ella se aferraba con fuerza a su cabello oscuro.

–¿Alessia?

Se giró y vio que era la organizadora de su boda quien la llamaba desde la puerta.

–¿Sí?

–Ya es la hora –le recordó la mujer.

Alessia asintió con la cabeza y se dirigió hacia la puerta. Los tacones martilleaban el suelo de mármol de la basílica. Salió de la habitación donde se había vestido y fue al amplio vestíbulo. Ya estaba vacío. Todos los invitados estaban en la iglesia, esperando que empezara la ceremonia.

Soltó un largo suspiro que retumbó en las paredes de la sala. Comenzó entonces a caminar hacia el santuario y se fijó en los murales pintados en las paredes a ambos lados de la puerta. Se detuvo un segundo, con la esperanza de encontrar algo de paz en las escenas de la Biblia que se representaban en esos murales.

Sus ojos se posaron en la pintura de un jardín. En el centro, Eva le entregaba a Adán la manzana.

Recordó entonces una conversación que tenía grabada en su corazón.

–Por favor. Solo una noche –le había dicho ella.

–¿Solo una, *cara mia*?

–Es todo lo que puedo darte.

Un beso ardiente y apasionado la había transportado en ese instante a un lugar en el que nunca había estado. No se había parecido a nada que hubiera experimentado antes. Había sido mucho mejor que cualquier fantasía.

Se quedó sin aliento al recordar ese momento y se alejó del mural, yendo hacia la pequeña antecámara que había antes de entrar al santuario. Su padre estaba allí, muy elegante con su traje a medida. Antonioni Battaglia tenía aspecto de ciudadano respetable, aunque todo el mundo sabía que no lo era. Y esa boda, tan tradicional y pomposa, no iba a ser más que otra manera de afirmar su poder. Un poder que esperaba poder ver acrecentado con la fortuna y el estatus de la familia Corretti. Era la única razón por la que ella estaba en esa situación.

–¡Cómo te pareces a tu madre! –le dijo al verla.

Se preguntó si habría algo de verdad en esas palabras o si simplemente le había parecido que era lo que tenía que decirle en un momento así. Su padre nunca le había mostrado cariño ni ternura. No le había parecido capaz de albergar tales sentimientos.

–Gracias –repuso ella bajando la mirada a su ramo.

–Esto es lo mejor para la familia –le recordó su padre.

Era algo que ya sabía. Esa boda era clave para asegurar el futuro de sus hermanos y ella había sido la que se había encargado de ellos desde que su madre muriera en el parto del quinto hijo. Pietro, Giana, Marco y Eva eran las personas más importantes de su vida y estaba dispuesta a sacrificarse para que tuvieran un buen futuro.

Pero no podía ignorar la amargura que había en su corazón. Estaba muy arrepentida, no podía evitarlo, y los recuerdos estaban consiguiendo nublar su presente y conseguir que se sintiera muy confundida. Los recuerdos de su amante, esas manos, su cuerpo, su pasión… Le habría encantado que ese amante y el hombre que la esperaba detrás de esas puertas de la iglesia, con el que se iba a casar, fueran la misma persona. Pero no lo era.

–Lo sé –susurró ella mientras trataba de ignorar lo desolada que se sentía en esos momentos.

Nunca había tenido un vacío tan grande en su interior.

Se abrieron las grandes puertas de la iglesia, revelando un

larguísimo pasillo. La música cambió en ese instante y todo el mundo se giró. Tenía los ojos de mil doscientos invitados en ella. Estaban allí para ver cómo se unían en matrimonio las familias Battaglia y Corretti, dos de las más poderosas de Sicilia, después de años de rivalidad.

Sostuvo la cabeza bien alta y respiró profundamente, pero el corpiño del vestido amenazaba con ahogarla en cualquier momento. El encaje que cubría todo el traje era pesado y áspero. Sentía que todos esos metros de tela se aferraban a su alrededor y tenía tanto calor que empezó a marearse.

Era un vestido precioso, pero demasiado recargado y pesado para su gusto. Recordó entonces, una vez más, que ese vestido no tenía nada que ver con ella. Ni tampoco era asunto suyo esa boda.

Su padre la siguió hasta el interior de la iglesia, pero no le ofreció el brazo. Ya había entregado a su hija el día que firmó un contrato con el fallecido Salvatore Corretti y no parecía sentir la necesidad de cumplir con el protocolo y acompañarla hasta el altar para entregarla a su futuro marido. Vio que se quedaba mirándola, como si quisiera asegurarse de que todo iba bien, tal y como él lo había ordenado. Se sentía vigilada.

Sintió una gota de sudor bajando por su espalda y otro recuerdo la golpeó con fuerza en ese instante.

Había sido increíble acariciar la piel sudorosa de su espalda, clavarle las uñas en los hombros mientras sus muslos lo rodeaban. No podía dejar de pensar en su musculoso y esbelto cuerpo…

Parpadeó algo nerviosa y miró a Alessandro. Su novio, el hombre con el que estaba a punto de casarse.

«Señor, perdóname», se dijo, avergonzada por sus propios pensamientos.

Y entonces lo sintió. Pudo sentir que él estaba allí como si pudiera verlo, como si la hubiera tocado.

Miró al lado donde estaba la familia Corretti y su corazón se detuvo durante un segundo.

Matteo. Su amante. El gran enemigo de su prometido.

Estaba tan guapo como siempre. Tenía la habilidad de dejarla sin aliento cada vez que lo veía. Alto, de anchos hombros y físico perfecto, estaba muy apuesto con el traje a medida que se había puesto ese día. Tenía una piel tersa y morena, mandíbula cuadrada y muy masculina. Y unos labios que estaban hechos para dar placer.

Pero ese hombre no parecía el mismo con el que había compartido su cama hacía un mes. Le pareció diferente y frío. Vio

ira en sus ojos. Había pensado, casi esperado, que a Matteo no le importara que ella estuviera prometida para casarse con Alessandro, que una noche de pasión con ella iba a ser como con cualquier otra mujer.

Ese pensamiento le habría dolido, pero creía que habría sido mejor que tener que ver odio en su mirada.

Podía recordar esos ojos oscuros con un tipo de fuego muy distinto en ellos. Había visto deseo y necesidad en esa mirada. Y una desesperación que ella también había sentido en su interior.

No se le había olvidado cómo el deseo había nublado por completo su mente ni la expresión, casi de dolor, en el rostro de Matteo cuando ella lo había tocado.

Miró a Alessandro, pero todavía podía sentir que Matteo la observaba. Tenía la necesidad de darse la vuelta para mirarlo. Siempre lo hacía. Había sido así durante años. Siempre se había sentido atraída por él.

Y por una noche, lo había tenido. Pero a partir de ese día, ya no volvería a suceder.

Le fallaron un segundo los pies. Estuvo a punto de perder el equilibrio y miró de nuevo a Matteo a los ojos.

Tenía tanto calor… Ese vestido la estaba sofocando. El velo era demasiado pesado y el encaje del cuello amenazaba con ahogarla.

Dejó de caminar. Libraba una lucha en su interior y le daba la impresión de estar a punto de romperse en mil pedazos.

Matteo Corretti estaba tan fuera de sí que le costaba controlarse.

Era una tortura ver cómo Alessia Battaglia iba hacia Alessandro, su primo, su rival en los negocios y, más que nada, su enemigo, con la intención de unirse a él para siempre.

Sentía que era suya. Su amante, la mujer más bella que había visto en su vida. Tenía una piel suave, dorada y perfecta, unos rasgos preciosos y unos maravillosos labios. Pero tenía algo más, una vitalidad y pasión que lo tenían fascinado y confundido al mismo tiempo. Su manera de reír, sus sonrisas… Estaba tan llena de vida. Le había hechizado desde que la viera por primera vez siendo solo un niño.

Siempre le habían hecho creer que los Battaglia eran poco menos que unos monstruos. Ella, en cambio, le había parecido un ángel desde ese primer momento. Pero nunca la había tocado. Nunca había incumplido esa especie de orden tácita impuesta por

su padre y su abuelo. Después de todo, ella era una Battaglia y él, un Corretti. Llevaban más de cincuenta años de guerra entre las dos familias.

Le habían prohibido incluso hablar con ella y, de niño, solo había incumplido esa orden una vez.

Pero las cosas habían cambiado desde entonces y el patriarca de la familia, su abuelo Salvatore Corretti, había pensado que podría beneficiarse de una unión con los Battaglia y ese día la entregaban a Alessandro como si no fuera más que una res.

Apretó furioso los puños. Hacía más de trece años que no sentía esa ira en sus entrañas. Era el tipo de rabia que normalmente conseguía mantener oculta a los demás. Temía que fuera a explotar en cualquier momento y sabía muy bien lo que podía llegar a ocurrir entonces. Creía que nadie podría considerarlo responsable de lo que podría llegar a hacer si tenía que ver a Alessandro tocando a Alessia. O besándola…

Vio entonces que Alessia se quedaba inmóvil. Miró con sus grandes ojos oscuros a Alessandro y después, de nuevo a él. Esos ojos... Esos ojos estaban siempre presentes en sus sueños.

Alessia bajó la mano y el ramo cayó al suelo. El suave sonido de las rosas al golpear el suelo de piedra resonó en una capilla que se había quedado de repente en silencio.

Después, Alessia se giró, agarró la parte delantera de la falda del pesado vestido de encaje y echó a correr por el pasillo. Los metros de tela blanca flotaron a su alrededor mientras corría. Solo miró hacia atrás una vez y lo hizo para mirarlo de nuevo a él con ojos asustados.

–¡Alessia! –exclamó él sin poder controlarse–. ¡Alessia!

El rugido y los murmullos de los presentes ahogaron sus palabras. Echó a correr hacia la puerta. La gente se había puesto de pie y algunos habían salido al pasillo, bloqueando su camino. Apenas era consciente de lo que estaba ocurriendo, de las caras de los invitados a los que iba dejando atrás, de la gente a la que apartaba… Solo quería salir de allí y encontrarla.

Cuando salió a la gran plaza, Alessia ya estaba dentro de la limusina que esperaba a los recién casados. Estaba tratando de meter la enorme falda y la cola del vestido dentro del vehículo. Alessia lo vio entonces y le cambió la cara. Vio una esperanza en sus ojos que lo dejó sin respiración y se aferró a su corazón con fuerza.

–Matteo –susurró ella.

–¿Qué estás haciendo, Alessia?

–Me tengo que ir –respondió Alessia.

Tenía los ojos fijos en algo que había detrás de él, parecía tener miedo. Supo entonces que estaba así por su padre y sintió la repentina necesidad de borrar todos sus miedos, no quería que tuviera que temer nada.

–¿Adónde? –le preguntó él con la voz ronca.

–Al aeropuerto. Allí te espero –le dijo ella.

–Alessia...

–Matteo, por favor. Te esperaré.

Alessia cerró la puerta y el coche se puso en marcha. En ese momento, salió de la iglesia Antonioni Battaglia.

–¡Tú! –exclamó fuera de sí al verlo allí–. ¿Qué es lo que has hecho?

Y Alessandro salió también de la iglesia, fulminándolo con la mirada.

–Sí, primo, ¿qué has hecho?

Alessia pagó a la dependienta de la tienda de ropa con manos temblorosas. Se había comprado unos pantalones vaqueros, una camiseta y zapatillas de deporte. No quería destacar ni que la reconocieran y le había parecido la elección perfecta. Sabía que nadie esperaría ver a una Battaglia vestida de ese modo.

Su familia llevaba algún tiempo fingiendo un nivel económico mucho más boyante del que tenía. Su padre pedía prestado dinero para mantener su imagen de hombre poderoso. Su puesto como ministro de Comercio y Vivienda de Sicilia le daba cierto grado de poder del que se beneficiaba continuamente, pero esa actividad no le proporcionaba grandes ingresos.

Vio que la dependienta la miraba con curiosidad y no le extrañó. Después de todo, no era normal ver a una joven vestida de novia y sola en una pequeña tienda para turistas como aquella.

–¿Puedo usar el probador? –le preguntó después de pagar los artículos.

No le gustaba tener que usar el dinero de su padre para escapar y, mucho menos, la forma en la que había conseguido ese dinero. No quería ni pensar en lo que debían de haber pensado en el banco al verla entrar vestida de esa guisa y exigiendo un adelanto de efectivo con una tarjeta que estaba a nombre de su padre.

–Soy una Battaglia –le había dicho al empleado con el mismo tono despectivo y autoritario que siempre usaba Antonioni–. Así que claro que puedo acceder a la cuenta de la familia.

Pero el caso era que había necesitado tener efectivo en el bolsillo para poder huir, lo último que quería era usar las tarjetas y dejar un rastro de papel para que la pudieran localizar.

Alessia se metió en el vestuario y empezó a quitarse el asfixiante vestido. Lo había elegido su padre, había querido que fuera muy tradicional. Y que, por supuesto, fuera del blanco más puro, como correspondía a una novia virgen.

«Si él supiera…», pensó entonces.

Se cambió rápidamente de ropa y salió del probador recogiéndose el pelo en una cola de caballo. Se puso las zapatillas y se enderezó. Por fin podía respirar, volver a ser ella misma, mucho más cómoda y ligera.

–Gracias –le dijo a la dependienta–. Quédate con el vestido. Puedes venderlo, si quieres.

Salió deprisa de la tienda y se alejó por la concurrida calle. Se sentía muy aliviada.

Había dejado la limusina frente al banco y, después de conseguir dinero en efectivo, le había dado al conductor una propina generosa por haberla ayudado a escapar.

Se detuvo en la acera y levantó la mano para que un taxi se detuviera a su lado.

–*Aeroporto di Catania, per favore* –le dijo al conductor cuando entró.

Matteo no se había quedado en la basílica. Se había limitado a ignorar las preguntas de su furioso primo y había ido directamente hasta donde tenía aparcado su deportivo.

Sin pensar en lo que hacía, lo puso en marcha y salió en dirección al aeropuerto. El corazón le latía con fuerza y la adrenalina fluía por todo su cuerpo. Se sentía como si estuviera viviendo un sueño, como si nada de lo que estaba pasando fuera real. Y también sentía que no tenía el control de esa situación, algo que nunca o casi nunca se permitía. Había tenido en su vida pocos momentos durante los que había bajado por completo la guardia y todos estaban relacionados de alguna manera con Alessia. Esos breves instantes le habían permitido atisbar cómo podría llegar a ser su vida si dejaba que ese frío terrible que habitaba dentro de él se mezclaba con las apasionadas llamas de alguien como Alessia.

Esa mujer era su debilidad. Una debilidad que nunca debería haberse permitido y una tentación en la que no debía volver a

caer. No había conseguido olvidarlo…

«Sus ojos se encontraron en el espejo que había tras la barra del bar. Unos ojos que reconocería en cualquier parte. Se volvió bruscamente y la vio, quedándose durante un instante sin respiración.

Dejó la copa en la barra y atravesó el bar, que estaba lleno de gente, ignorando a sus compañeros.

–Alessia.

Era, después de trece años, la primera vez que hablaba con ella.

–Matteo.

Le había estremecido la dulzura con la que había pronunciado su nombre».

Había pasado un mes desde que pasaran una noche juntos en Nueva York. Había pensado que se trataba de un encuentro casual, pero empezaba a dudarlo.

Aún recordaba el sabor de su piel y cómo había sido acariciar las suaves curvas de sus pechos. Todavía podía oír sus suspiros y gemidos, no había olvidado cómo había temblado de deseo entre sus brazos.

No había deseado estar con ninguna otra mujer desde entonces.

«Les costó esperar a llegar a su habitación del hotel. Apenas podían controlar la urgencia de su deseo. Era casi desesperación lo que sentían el uno por el otro.

Matteo cerró la puerta con un golpe y pasó el cerrojo con dedos temblorosos mientras presionaba el dulce cuerpo de Alessia contra la pared. Ella llevaba un vestido largo con una generosa abertura a un lado que dejaba al descubierto sus piernas esbeltas y bronceadas.

Rodeó con los dedos uno de esos muslos y tiró de él hasta conseguir que Alessia rodeara su cadera con la pierna. Se estremeció al sentir la dureza de su erección contra sus suaves y cálidas curvas.

Pero no era suficiente. Sabía que nunca lo iba a ser».

Matteo se detuvo en un semáforo en rojo y maldijo entre dientes. Estaba impaciente y la necesidad podía con él. Solo se había sentido así una vez en toda su vida, solo había sentido la intensidad de ese deseo una vez, devorándolo por dentro como una bestia hambrienta.

«Por fin estaba desnuda frente a él y podía sentir sus pechos contra el torso. Tenía que tenerla. Todo su cuerpo temblaba de

deseo.

–¿Estás lista para mí, *cara mia*?

–Para ti siempre lo estoy…

Se deslizó dentro de ella y sintió algo distinto. Su cuerpo no parecía estar preparado… Nunca había experimentado nada parecido. Alessia gritó en voz baja y le clavó las uñas en la espalda. Supo que era dolor lo que estaba sintiendo en ese momento, no placer».

Alessia había sido virgen cuando hicieron el amor en Nueva York. Era suya, solo suya.

Pero al día siguiente había descubierto que en realidad no había sido suya. Todo había sido una mentira.

Cuando se despertó, Alessia ya se había ido.

De vuelta en Sicilia, asistió a una fiesta familiar y no supo hasta llegar al evento que era una fiesta de compromiso, para celebrar la unión de Alessandro y Alessia y el final de una guerra entre las dos familias.

Con el apoyo de la familia de Alessia, los Corretti iban a tener todo lo que necesitaban para poder revitalizar la degradada zona portuaria de Palermo y fortalecer su empresa familiar.

Apenas podía controlar su ira si pensaba que ya había estado prometida con Alessandro cuando se acostó con él. Se había entregado por completo sabiendo que iba a casarse con otro hombre.

Durante el último mes, había tenido que soportar verlos juntos y le había hervido la sangre en las venas al ver a su mayor enemigo arrebatándole lo que deseaba más que nada en el mundo. Alessia era todo lo que siempre había deseado, pero lo que nunca se había permitido tener.

Se le había pasado por la cabeza hacer alguna locura cuando los veía juntos. Había deseado agarrar a Alessandro para apartarlo de ella y evitar que volviera a ponerle la mano encima.

No entendía qué le pasaba con Alessia ni cómo conseguía afectarle tanto. Nunca había sido tan posesivo con nadie ni había sentido esa pasión que amenazaba con ahogarlo. No solía comportarse de esa manera, era un hombre muy cerebral y contenido, alguien que amaba la lógica y la realidad, el deber y el sentido del honor.

Sobre todo porque sabía que, cuando bajaba la guardia y se dejaba llevar por las emociones, no controlaba las consecuencias de sus actos y el peligro de que eso sucediera era demasiado grande.

Era un Corretti y sabía que estaba cortado por el mismo patrón de su padre y su abuelo. Procedía de una familia que siempre se había movido por la codicia, la agresividad y el deseo de tener siempre más dinero y más poder. Mucho más de lo que cualquier hombre pudiera necesitar.

Y, aunque normalmente solía usar la lógica y era un hombre cabal, había tenido que aceptar y justificar acciones que habrían horrorizado a la mayoría de la gente.

Se salió de la carretera y pisó el freno. Apagó el motor y se quedó aferrando el volante con fuerza.

No se reconocía a sí mismo cuando estaba con Alessia y creía que nada bueno podía salir de aquello. Se había pasado la vida tratando de cambiar al hombre que parecía estar destinado a ser. Había tratado de mantener el control para llevar su vida en una dirección diferente a la que su padre había elegido para él. Pero Alessia ponía en peligro ese empeño que tenía, lo ponía continuamente a prueba.

Encendió de nuevo el coche y volvió a la carretera, esa vez en dirección contraria al aeropuerto.

Pulsó un botón en el tablero de mandos del coche para hablar con su secretaria.

–¿Lucia? –la saludó cuando la mujer contestó.

–¿Sí?

–No me pases llamadas hasta que te diga lo contrario. Voy a estar fuera un tiempo.

Habían pasado ya tres horas. Creía que ni su padre ni sus secuaces habían ido a buscarla al aeropuerto porque no se imaginaban que Alessia pudiera hacer algo tan audaz como irse de Sicilia.

Inquieta, se movió en la silla de plástico y se limpió la mejilla una vez más, aunque sus lágrimas ya se habían secado. Se había quedado sin lágrimas. No había hecho otra cosa más que llorar desde que llegara al aeropuerto. Sobre todo cuando le quedó claro que Matteo no iba a aparecer.

Y poco después, cuando había tenido que ir a uno de los baños públicos para vomitar, se había echado a llorar con amargura. Fue entonces a una de las tiendas del aeropuerto para adquirir lo que había estado evitando comprar durante esa última semana.

Había empezado a llorar otra vez cuando en la prueba de embarazo habían aparecido dos pequeñas líneas de color rosa. Sí,

tal y como se había temido, estaba embarazada.

Estaba destrozada y se sentía desolada.

Había tratado de animarse pensando que al menos no iba a estar completamente sola, iba a tener un bebé. Pero esa idea no había conseguido consolarla. Solo tenía clara una cosa. No iba a poder volver con Alessandro ni con su familia. Se había quedado embarazada del hombre menos conveniente, de uno que en realidad no quería estar con ella.

Al parecer, solo la había deseado una vez, pero no quería ni pensar en ello. Estaba furiosa. Lo habían hecho más de una vez esa noche y estaba pagando las consecuencias. Recordaba haber usado protección en la cama. Pero, después, cuando se habían duchado juntos de madrugada… Ninguno de los dos había sido capaz de pensar con claridad ni habían querido perder el tiempo con esos detalles.

Anunciaron por megafonía que los pasajeros debían embarcar ya en el vuelo a Nueva York. Era el último aviso.

Se puso de pie, tomó su bolso, que era lo único que tenía con ella, lo único que tenía a su nombre, y le entregó el billete al hombre del mostrador.

–¿A Nueva York? –le preguntó él para verificar la información.

Alessia respiró hondo antes de contestar.

–Sí.

Capítulo 2

MATTEO ni siquiera abría los correos electrónicos que le había estado enviando. Alessia lo sabía porque los había configurado para recibir un aviso cuando el destinatario abriera el mensaje. Tampoco respondía cuando lo llamaba. Y lo había intentado llamándolo a la oficina, a su teléfono móvil, a la residencia principal de los Corretti y a la casa personal que Matteo tenía en las afueras de Palermo.

Matteo Corretti estaba haciendo un trabajo excepcional ignorándola por completo. Lo había hecho durante las semanas que Alessia llevaba encerrada en el apartamento de su amiga Carolina.

Ella era la que la había convencido para celebrar su despedida de soltera de Nueva York. En cierto modo, la culpaba por lo que había pasado esa noche. Era la fuente de todos sus problemas y también de su embarazo.

Pero sabía que no era justo echárselo en cara a Carolina. Había sido culpa suya. Al menos en parte. El resto, era responsabilidad de Matteo Corretti. Ese hombre que se negaba a hablar con ella.

Le habría encantado no necesitarlo, pero no sabía qué otra cosa podía hacer.

Estaba tan cansada y, la mayor parte del tiempo, también muy triste.

Su padre también ignoraba sus llamadas y no podía hablar con sus hermanos, las personas más importantes de su vida. Sabía que Antonioni Battaglia les habría prohibido hablar con ella. Eso era lo que más le dolía, sentía un vacío inmenso en su alma. Sin ellos se encontraba perdida, siempre habían sido los que habían dado un sentido a su vida. A ellos les debía su fuerza y su sentido de la responsabilidad.

Sabía que tenía otra opción, podía poner fin al embarazo y regresar a casa, pero no se veía capaz de hacerlo.

Había perdido demasiadas cosas en su vida y, aunque se sentía muy confundida por ese inesperado embarazo, no podía deshacerse de esa pequeña vida que crecía dentro de ella.

Además, tenía otros problemas en los que centrarse. Empezaba a quedarse sin dinero y entonces iba a estar sola y arruinada

mientras Matteo Corretti se gastaba su fortuna en coches deportivos y hoteles lujosos.

Pero no iba a permitirlo. No cuando ya había decidido que, si él no quería ser parte de la vida de su bebé, tendría que ir a Nueva York y decírselo a la cara. Quería tenerlo delante de ella y que le dijera que renunciaba a su hijo. No podía permitir que se limitara a ignorar los correos electrónicos y mensajes que ella le enviaba.

Sabía que había sido un error acostarse con él sin decirle que estaba prometida, pero creía que eso no le daba derecho a ignorar el hecho de que iba a tener un hijo con ella. Ese bebé no tenía por qué pagar por la estupidez de sus padres. Esa criatura era la única persona inocente en esa situación.

Miró la pantalla de su teléfono. Tenía su cuenta de Twitter configurada y lista para ayudarle a contactar con todos los medios de comunicación locales.

Respiró hondo y comenzó a escribir.

@theobserver @NYTnews @HBpress Estoy a punto de hacer un anuncio importante sobre Matteo Corretti y el escándalo de la boda. Luxe Hotel, en la Tercera Avenida.

Salió entonces del taxi y se acercó a los escalones de la entrada del hotel. Era uno de los más prestigiosos de los que Matteo Corretti tenía en todo el mundo y se rumoreaba que era además allí donde estaba viviendo, aunque sabía que nadie iba a confirmárselo.

Se acercó a la entrada y esperó.

Las aceras estaban llenas de gente yendo de un sitio a otro con la cabeza baja. Nadie la miraba. Al menos hasta que comenzaron a aparecer los equipos de distintos medios de comunicación.

Primero llegó uno, luego otro y otro más. A algunos de ellos ni siquiera los había incluido en su tweet. La pequeña multitud atrajo las miradas de los curiosos y algunos transeúntes comenzaron a acercarse también para ver qué estaba pasando.

Sabía que era una gran noticia. La gente había dado por supuesto que se había fugado con Matteo, pero nada estaba más lejos de la realidad. Y ella estaba a punto de decirles a los medios de comunicación cómo era esa realidad.

Eran ya tantos a la entrada que atrajeron también la atención de los empleados del hotel. Esa había sido una parte clave de su plan. Un hombre de aspecto elegante salió del hotel y la miró con cierta cautela.

–¿La puedo ayudar en algo?

Se volvió hacia él.

–Voy a hacer un breve anuncio, eso es todo –le comentó ella–. Pero, si quiere ir a buscar Matteo, me sería de gran ayuda.

–Me temo que el señor Corretti no está aquí.

Alessia lo miró con el ceño fruncido.

–Sé que está aquí, pero el señor Corretti no quiere que nadie lo sepa, ¿verdad?

Los periodistas seguían la conversación con gran atención y vio que empezaban a dirigir las cámaras hacia ellos.

–El señor Corretti no está…

Alessia se dio la vuelta para mirarlo de nuevo.

–Muy bien. Si de verdad el señor Corretti no está en el hotel, usted puede quedarse aquí, escuchar lo que tengo que decir y transmitírselo después a su jefe cuando le lleve la cena a la habitación en la que no está alojado.

Se volvió de nuevo hacia los periodistas y, de repente, sintió que se quedaba en blanco y no podía recordar las palabras que había memorizado durante horas la noche anterior.

Tragó saliva y levantó la mirada hacia el horizonte. Todo era hormigón, cristal y acero a su alrededor. El ruido de los coches era ensordecedor y el movimiento del tráfico frente a sus ojos estaba consiguiendo que empezara a marearse.

–Sé que la boda ha dado mucho que hablar. Y que el hecho de que Matteo Corretti saliera detrás de mí de la iglesia ha sido el gran titular, pero hay más cosas que contar –comenzó ella.

Los flashes la cegaron y le costaba hablar con tantas grabadoras frente a la boca. Comenzaron a hacerle preguntas a la vez y se sintió muy agobiada, como si estuviera ahogándose. Durante un segundo, lamentó haber provocado esa situación y no fue la primera vez que se le ocurrió que quizás estuviera perdiendo la cabeza.

Su vida en Sicilia había sido tranquila, doméstica y muy familiar. Había estado tan aislada que había tenido que hacer uso de la imaginación para que su existencia fuera algo más soportable. Siempre había pensado que la esperaba un futuro mejor y más grande. Y esa era la razón por la que siempre había tenido cierta tendencia a idealizar lo que el destino le deparaba. Por eso, aunque estuviera pasando por un momento muy sombrío o atravesara una situación difícil, siempre había tenido la sensación de que podía arreglarlo, de que al final todo sería perfecto y llegaría a tener su final feliz.

Lo había hecho durante su despedida de soltera. Nueva York era tan diferente a la pequeña aldea en la que había crecido… Allí todo era mucho más grande, más rápido. Solo el hecho de estar en esa gran ciudad le había parecido un sueño y, cuando se había encontrado por casualidad con Matteo, le había parecido lo más normal y lógico acercarse a él y dejarse llevar por la atracción que sentían los dos. Lo que había pasado había sido un buen ejemplo de por qué no debía confiar en sus fantasías, sino en su sentido común.

En ese momento, frente a todos esos periodistas, se dio cuenta de que había vuelto a cometer el error de idealizar cómo iban a ser las cosas. No había pensado en cómo iba a sentirse allí de pie y con todo el mundo mirándola. No era el tipo de mujer que estuviera acostumbrada a que todos la miraran. Su fallida boda había sido la excepción.

–Estoy embarazada y Matteo Corretti es el padre del bebé –soltó de repente.

Contuvo el aliento al ver que la verdad ya estaba fuera de sus manos. No era en absoluto lo que había proyectado decirles a los periodistas.

–Señor –le estaba diciendo a alguien el empleado del hotel por teléfono–. Tiene que bajar al vestíbulo.

Vio que estaba muy pálido.

–¿Para cuándo es el bebé?

–¿Está segura de que él es el padre?

–¿Cuando descubrió que estaba embarazada?

Las preguntas no paraban, todos hablaban a la vez. Pero ella no iba a responderlas. Después de todo, no había organizado ese anuncio para la prensa, sino para conseguir que Matteo reaccionara y hablara con ella.

–Contestaré a las preguntas cuando salga Matteo a hablar con vosotros –les dijo ella.

–¿Se fueron de la boda juntos o están cada uno por su lado? –preguntó uno de los periodistas.

–¿Ha negado Matteo Corretti que el niño sea suyo? –quiso saber otro.

–Como ya les he dicho…

–¿Qué diablos está pasando aquí?

Alessia no terminó la frase y se volvió al oír esa voz. Se le hizo un nudo en la garganta. No podía respirar. Era Matteo. Le daba la impresión de que había pasado una eternidad desde que lo viera por última vez y más aún desde que él la besara, la acariciara con

esas manos… Toda una eternidad.

Seguía sintiendo la necesidad y el deseo de correr hacia él y abrazarlo, quería usarlo como un ancla. En sus fantasías, siempre lo había visto como su caballero de brillante armadura, su salvador.

Pero, durante los años siguientes, las cosas habían cambiado mucho. Todo se había vuelto más complejo y también más real. Había sido su amante durante una noche y era desde entonces el padre de su hijo. El hombre al que había mentido, ocultándole su relación con Alessandro. El hombre al que había esperado, llorando y sosteniendo en su temblorosa mano una prueba de embarazo, en el aeropuerto.

Por un momento, anheló estar en Sicilia y volver a su sencilla vida. Cuando Matteo no era más que el hombre que protagonizaba sus sueños, alguien a quien tenía completamente idealizado.

–Señor Corretti, ¿es este el motivo que le llevó a boicotear la boda? –le preguntó un reportero.

–Yo no he boicoteado ninguna boda –repuso con frialdad.

–No, fui yo quien lo hizo al salir corriendo de la iglesia –intervino Alessia.

–¿A qué se refería en su pregunta? –quiso saber Matteo–. ¿De qué motivo me habla?

–Del bebé –contestó el periodista.

Matteo se quedó inmóvil y su cara no reflejó nada.

–El bebé –repitió mientras su rostro palidecía.

Pero se mantuvo en su sitio, el color de su tez fue la única pista que tuvo ella de la conmoción que debía de estar sintiendo en esos momentos.

Se dio cuenta entonces de que Matteo no lo sabía, esa era la primera noticia que tenía sobre su embarazo y sintió el impacto de esa realidad como un golpe en el estómago. Le quedó claro que no había escuchado los mensajes ni leído ningún correo electrónico.

–¿Hay más de uno? –preguntó otro reportero.

–Por supuesto que no –repuso Matteo con palabras amables pero frialdad en sus ojos–. Solo este.

Se acercó entonces a ella, pero seguía sin mirarla. Rodeó su cintura con el brazo y ese simple contacto tan repentino encendió al instante una llama en su interior. No entendía cómo ese hombre se las arreglaba para seguir afectándola tanto. Después de todo lo que le había hecho y la forma en que la había tratado, no lo entendía.

–¿Tiene alguna declaración que hacer, señor Corretti? –

preguntó una reportera de televisión.

–No, de momento no –espetó Matteo–. Pero cuando tengamos una fecha definitiva para la boda, les informaremos.

Apretó con más fuerza su cintura y la obligó a girarse y a apartarse de los periodistas, llevándola escaleras arriba hasta la entrada del hotel. Se sentía como que si la estuvieran llevando a la guarida del león.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó ella.

Necesitaba alejarse de él, no podía soportar que la tocara.

–Te alejo del circo que tú misma has creado. No tengo ninguna intención de hablar de esto en público.

Si no hubiera estado tan enfadado con ella, le habría parecido buena idea estar a solas con él para poder hablar, pero parecía tan fuera de sí que casi le daba miedo. La agarraba con más fuerza con cada paso que daban hacia el hotel y sintió que comenzaba a tener náuseas. Cuando entraron por la puerta giratoria y llegaron al vestíbulo del hotel, temió vomitar allí mismo, sobre los brillantes suelos de mármol. Pensó que algo así sería una foto perfecta para ilustrar la exclusiva que acababa de darle a esos medios de comunicación.

Matteo la soltó en cuanto estuvieron lejos de las cámaras.

–¿Qué diablos pretendías hacer? –le preguntó volviéndose hacia ella mientras la fulminaba con la mirada.

–¿No podríamos ir a algún sitio un poco más privado? –repuso ella.

Sintió en ese momento que casi prefería tener que aguantar su genio a montar un espectáculo en medio del vestíbulo. Estaba demasiado cansada para lidiar con eso y se sentía además muy vulnerable. No había avisado a la prensa para atraer su atención, solo había querido que la información le llegara a Matteo y no pudiera seguir ignorándola. Así, Matteo ya no podría decirle que no sabía nada a modo de excusa.

–¿Ahora quieres ocultarte? ¿Después de organizar una maldita conferencia de prensa?

–No has respondido a mis llamadas ni me has devuelto los mensajes.

–He estado desconectado –le dijo Matteo.

–Bueno, no es culpa mía que hayas elegido precisamente este momento para disfrutar de una especie de año sabático. No podía saberlo –repuso ella–. Llévame a tu habitación, por favor.

–No estoy de humor, Alessia.

–¡Ni yo tampoco! –exclamó sin poder creer lo que acababa de

decirle Matteo–. Solo quiero hablar.

–Es que, la última vez que estuvimos en este hotel, no hablamos demasiado…

Sintió que se ruborizaba, no pudo evitarlo.

–Es verdad. Y por eso precisamente es por lo que nos encontramos en esta situación ahora mismo.

–Parece que no se nos da nada bien eso de la comunicación –reconoció Matteo–. Si hubiéramos hablado más y aclarado algunas cosas la última vez que estuvimos aquí juntos, nos habríamos evitado algunos problemas.

–Pero ahora quiero hablar –le dijo ella cruzándose de brazos.

–¿No me tienes miedo? –le preguntó Matteo con sus oscuros ojos fijos en ella.

–No.

–Pues deberías tenerlo, *cara mia*. No creo que vaya a gustarte verme enfadado de verdad.

–¿Te vuelves de color verde y rompes los pantalones?

–Puede que tengas razón y sea mejor que hablemos en privado –le dijo de mala gana mientras agarraba su brazo y la llevaba en dirección al ascensor.

Apretó el botón y esperaron. Se sentía como si estuviera soñando, pero sabía que era real.

Se abrieron las puertas del ascensor y entraron. Tan pronto como se cerraron, Matteo se volvió hacia ella.

–¿De verdad estás embarazada? –le preguntó con tranquilidad.

–Sí. Quería decírtelo de una manera más privada, pero han pasado ya dos meses y no conseguía hablar contigo.

–De eso se trataba. Quería aislarme de todo.

–Sí, ya me he dado cuenta.

—Bloqueé tu dirección en cuanto recibí los primeros correos electrónicos –le confesó Matteo.

Abrió la boca para decir algo, pero no le salían las palabras.

–Veo que he conseguido ofenderte.

–Pues sí, lo has hecho. ¿No se te ocurrió que podría tener algo importante que decirte?

–No me importaba –le dijo él.

El ascensor se detuvo en el último piso y las puertas se abrieron.

–Entonces, ¿tiene siquiera sentido que sigamos hablando? ¿Debería acaso volver al apartamento de mi amiga Carolina y comenzar a organizar sola la llegada del bebé?

–No, no vas a irte a ninguna parte.

–¡Pero acabas de decirme que nada que tuviera que ver conmigo te importa!

–Así era, hasta saber que estás embarazada de mi hijo.

Le sorprendió, y le gustó también, que la creyera. La verdad era que no le habría extrañado que Matteo le preguntara si de verdad estaba embarazada de él. Después de todo, le había ocultado su compromiso con Alessandro y no le habría sorprendido que dudara de ella.

–¿Para qué crees que estaba tratando de ponerme en contacto contigo? ¿Para pedirte que volvieras conmigo? ¿Para que pudiéramos acostarnos de nuevo? Porque eso es todo lo que compartimos esa noche, solo sexo, nada más –mintió ella tratando de parecer más fuerte de lo que se sentía en esos momentos–. No habría echado a perder mi dignidad ni me habría rebajado de esa manera con el único fin de conseguir otro orgasmo.

–¿Seguro? No habrías sido la primera persona en hacerlo.

–Si estás hablando de ti, estoy segura de que te costó llevarte a una mujer Battaglia a tu cama. Supongo que llevabas mucho tiempo sin estar con nadie y estabas desesperado.

–Y no mereció la pena –le espetó él.

Sabía que sus palabras estaban destinadas a hacerle daño y lo consiguieron.

–A mí tampoco –repitió ella.

–Ahora entiendo por qué saliste corriendo de la iglesia –le dijo Matteo.

Durante unos segundos, no entendió lo que quería decir, pero no tardó en darse cuenta de que Matteo no era consciente del orden en el que habían ocurrido los hechos. Había dejado plantado al novio frente al altar antes de saber que estaba embarazada. Abrió la boca para corregir su error, pero Matteo se adelantó.

–Tengo que reconocer que has jugado muy bien. Obviamente, Alessandro habría sabido que no era su hijo ya que nunca te has acostado con él. Espero que estés satisfecha porque, a pesar de todo, aún puedes casarte con un Corretti. Y se trata de algo fundamental para el futuro de tu familia porque, después de que la boda se fuera al traste, también lo ha hecho el acuerdo entre mi familia y la tuya.

–¿Crees que planeé esto? No estarás hablando en serio, ¿verdad? ¿De verdad crees que deberíamos casarnos?

–No veo otra opción, no después de que anunciaras a todo el mundo el embarazo.

–¡Tenía que decírtelo!

–¿Y si yo hubiera optado por no formar parte de la vida del bebé?

–Si esa hubiera sido tu decisión, esperaba al menos que me lo dijeras a la cara.

–¡No puedo creer que llegara a pensar que eras una mujer algo blanda, Alessia!

–Soy una Battaglia. Nunca me he podido permitir el lujo de ser blanda.

–Está claro que no.

Matteo se quedó mirándola de nuevo en silencio.

–Esto tiene sentido, Alessia –le dijo después con un tono como el que debía de usar para los negocios–. Una boda acabaría con los rumores de mala relación entre las dos familias y conseguiría unirlas.

–No me pareció que eso fuera algo que te preocupara.

–Eso era antes de saber que esperas un bebé. Este bebé lo cambia todo.

Se preguntó si Matteo querría formar una familia. Sabía que era una ingenua, pero no pudo evitar que la esperanza floreciera dentro de ella. Esa era su bendición y, al mismo tiempo, su maldición. Siempre encontraba algo de lo que agarrarse, en cualquier situación, siempre buscaba el lado positivo. Así había podido superar la pérdida de su madre, la indiferencia de su padre y el tiempo que había dedicado a cuidar de sus hermanos mientras otras niñas de su edad solo pensaban en salir con chicos, tener una vida propia y cumplir sus sueños.

–¿Sí? ¿Lo cambia todo? –susurró ella con algo de incertidumbre.

–Por supuesto –le dijo Matteo con firmeza–. Mi hijo será un Corretti. En eso, no pienso dar mi brazo a torcer.

Capítulo 3

LAS palabras que acababa de pronunciar resonaron en su propia cabeza.

Su hijo iba a ser un Corretti. Tenía muy claro que no podía ser de ningún otro modo.

No iba a permitir que su hijo se criara como miembro de la familia Battaglia. La eterna guerra entre los dos clanes sicilianos era más que una cuestión de negocios. Los Battaglia habían tenido durante años un objetivo en mente: destruir a su abuelo y, si lo hubieran logrado, ya no quedaría nadie de su familia.

Era el dolor que veía en el rostro de esa mujer lo que había conseguido sorprenderle. Y más aún, cómo reaccionaba él al verla así.

Alessia Battaglia y esos ojos oscuros y conmovedores podían con él, ya le habían dado unos cuantos problemas.

–Así que no piensas permitir que tu hijo lleve mi apellido, ¿no? –le preguntó.

–Eso es.

–¿Y qué papel crees que debería tener yo a la hora de criar a mi hijo?

–Bueno, estarás siempre presente en su vida, por supuesto –respondió él.

–¿Y qué más? Porque se necesita algo más que la mera presencia de una madre para criar a un niño.

–Según mi experiencia, también se necesitan niñeras.

–¿Según tu experiencia en la crianza de los hijos o lo dices porque así te criaron a ti?

–Así fue como crecí, siempre rodeado de niñeras. Soy muy responsable en mis encuentros sexuales, así que nunca he tenido que verme en esta situación hasta ahora.

–¿Muy responsable? –repitió Alessia mientras se ruborizaba–. ¿Por eso tuviste relaciones sexuales con la novia de tu primo sin usar un preservativo?

Sus palabras, tan crudas y directas, le sorprendieron. Alessia siempre le había parecido una mujer frágil y dulce, pero ese día estaba empezando a ver que tenía genio y que incluso podía llegar a ser cruel.

Era algo que, aunque de mala gana, hacía que la respetara aún más.

–No sabía que estabas prometida, no me lo dijiste. En cuanto a lo otro, nunca me había pasado.

Alessia se quedó callada unos segundos.

–Bueno, supongo que no eras demasiado consciente en esos momentos de lo que estabas haciendo.

Se sintió avergonzado al oír sus palabras.

–Me di cuenta después… –le confesó él.

–¿Te diste cuenta y no se te ocurrió ponerte en contacto conmigo? –le preguntó Alessia fuera de sí.

–La verdad es que no lo creí posible.

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que pudiera haberse quedado embarazada. Había estado demasiado concentrado en tratar de evitarla. Sabía que Alessia no era buena para él. Era esa una conclusión a la que había llegado años atrás y que había reafirmado el día que decidió no ir tras ella.

Pero ya nada de eso tenía sentido, estaba atado a ella para siempre. Atado a una mujer que siempre había conseguido llegar a lo más profundo de su alma, una mujer que le hacía perder el control. Y creía que no podía permitirse que nadie lo entorpeciera de esa manera, necesitaba concentrarse en asuntos que consideraba más importantes y pensaba que no podía darse el lujo de arriesgarse a perder el control.

–¿Por qué? ¿No sabías que podía quedarme embarazada haciendo lo que hicimos? –le preguntó ella enfadada.

–¿Siempre dices lo primero que se te pasa por la cabeza? –replicó él.

–No, nunca hago. Nunca hablo ni actúo impulsivamente, solo pienso en ello. Pero tú pareces sacar lo peor de mí.

–¡Vaya! ¡Qué suerte tengo! –le dijo con ironía.

Pero por dentro seguía conmocionado por su admisión. Alessia acababa de confesarle que él lograba de alguna manera provocar un cambio en su interior, que la atracción que había entre ellos no estaba afectando solo a su ordenada existencia, sino que a ella le pasaba lo mismo. No era un consuelo, pero le gustó saberlo.

–En realidad, está claro que ninguno de los dos somos personas con suerte, Alessia –agregó él.

–Eso es evidente –reconoció ella.

–No voy a permitir que mi hijo sea un niño bastardo. He visto en mi propia familia lo que les pasa a los hijos bastardos. Si no me crees, puedes preguntárselo a mi primo Angelo.

Un primo que empezaba a convertirse en un verdadero problema. De hecho, por eso estaba esa semana en Nueva York, intentando concentrarse de nuevo en su trabajo para recuperar las riendas de su imperio hotelero.

Durante su ausencia esas últimas semanas, Angelo había aprovechado para comprar una considerable cantidad de acciones de las Empresas Corretti y en ese preciso momento estaba sentado en el antiguo despacho de Matteo como nuevo presidente de Hoteles Corretti.

Su intención había sido regresar a Sicilia y hacerle pagar a Angelo su osadía. Pero acababa de darse cuenta de que tenía problemas muchos más acuciantes.

–Entonces, ¿piensas hacer esto solo para no que no sea un escándalo?

–¿Te parece poco importante? ¿Quieres acaso que se burlen de nuestro hijo? ¿Cómo crees que lo tratarán en Sicilia siendo el fruto de una relación ilícita entre dos de las grandes familias de la isla?

Le dolió ver en sus ojos que había conseguido asustarla, parecía muy afectada por el panorama que acababa de describirle. Y él trató de no dejar que esa emoción que veía en su mirada le afectase.

Alessia le había fascinado desde siempre, desde que la viera por primera vez.

Recordaba a esa niña con flores enredadas en su pelo oscuro, corriendo por el jardín de la casa de su padre con una sonrisa en los labios. Podía recordarla bailando en la hierba con los pies descalzos mientras sus hermanos jugaban a su alrededor.

Se había sentido paralizado en ese instante, sorprendido al ver a esa niña. Después de todo lo que le habían dicho sobre su familia, casi había esperado ver maldad en ella, pero le había parecido todo lo contrario, una luz. Tenía un brillo en la mirada y una alegría que nunca había visto en nadie y le había hecho sentir que también él podría llegar a ser como ella si se mantenía cerca.

Alessia había conseguido que no le diera tanto miedo de sentir cosas.

Había conseguido hechizarlo desde ese primer día. Creía que era una bruja hechicera, no encontraba otra explicación. El control que tenía sobre él desafiaba la lógica y amenazaba con destruir todas las defensas que había construido en su interior.

Y por mucho que intentara ignorarla, no le costaba nada saber cómo se sentía, era muy fácil. Le bastaba con verla en esos momentos para saber que había conseguido herir sus sentimientos.

–¿Qué es lo que te pasa? –le preguntó entonces.

Alessia apartó la mirada.

–¿Qué quieres decir?

–¿Por qué estás dolida?

–Me acabas de decir que el hecho de que esté embarazada es una prueba de la mal suerte que tenemos. ¿Esperabas acaso que tus palabras me alegraran?

–Bueno, no irás a decirme que tú estás contenta con esta situación. A menos que este fuera tu plan desde el principio, claro.

–¿Cómo podría haberlo planeado yo? ¡Eso no tiene ningún sentido!

Matteo se pasó los dedos por el pelo y se alejó de ella.

–Lo sé. Alessia, lo sé –le dijo volviéndose hacia ella.

–Solo quería decirte lo del bebé, eso es todo.

Se sentía como si se estuviera ahogando con cada respiración.

Un bebé. Alessia iba a tener su bebé y estaba convencido de que era el último hombre en la tierra que debía ser padre. Sentía que tenía que alejarse, pero no podía hacerlo.

–¿Y esta era la única manera de hacerlo? ¿No se te ocurrió nada mejor? –le reprochó él.

Sus ojos lo miraron con rabia.

–¡Sabes muy bien que no tenía otra opción!

Alessia tenía razón. Había evitado que pudiera ponerse en contacto con él durante esas semanas. Había permitido que su ira lo dominara y por eso había tratado de mantener la distancia entre ellos. Le había bastado con recordar las emociones que podía llegar a sentir para darse cuenta de que debía controlarse. Y había regresado a Nueva York pensando que lo había logrado, pero, al verla allí, había estado a punto de perder el control de nuevo.

–¿Por qué no fuiste a mi encuentro? Te esperé en el aeropuerto –susurró ella.

–¿Por qué no fui? –le preguntó él apretando los dientes–. ¿Esperabas acaso que te persiguiera como un perro? Si crees que puedes meterme en cintura tan fácilmente, Alessia, estás muy equivocada.

–Y si tú piensas que eso es lo que estoy tratando de hacer es que eres un idiota, Matteo Corretti. No quiero ponerte una correa.

–¡Bueno, puede que no lo quisieras, pero lo has conseguido! –exclamó con dificultad para mantener el control–. ¿Qué opción tengo después de que lo hayas anunciado de manera tan pública? ¿Podría acaso renegar de mi hijo? ¿Dejar que lo críes tú sola? Imposible.

–Pero, ¿cómo podríamos casarnos? No nos queremos. ¡Y ahora mismo parece que ni siquiera nos toleramos el uno al otro!

–Y ¿por qué te preocupa eso? Después de todo, estabas dispuesta a casarte con Alessandro. Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. Y los dos sabemos que me conoces mucho mejor de lo que lo conocías a él.

–¡Ya basta! –exclamó Alessia con la voz entrecortada.

No pudo evitar sentirse culpable al verla así. No entendía por qué parecía sentir la necesidad de arremeter contra ella de esa manera.

El caso es que nada de lo que le pasaba y sentía cuando estaba con Alessia tenía sentido. Su relación con ella no era simple, sencilla ni lógica.

«Pues tendrá que cambiar y empezar a serlo», se dijo entonces.

–Pero es la verdad, ¿no, Alessia? –le preguntó con todo su cuerpo en tensión.

Sabía a ciencia cierta que él era el primer hombre con el que había estado y sentía que algo ardía en su interior al saber que había sido su único amante, que Alessandro nunca la había tocado como lo había hecho él.

–Nunca estuviste con él como estuviste conmigo.

No podía ni quería imaginar las manos de su primo sobre ella, era una idea que amenazaba con hacerle perder el control por completo, aferrándose a su garganta como un puño que lo ahogaba.

Tragó saliva y trató de calmarse, luchó contra las imágenes que siempre aparecían en su mente cuando estaba cerca de Alessia. Eran recuerdos a los que tenía que aferrarse, aunque una parte de él habría preferido que aquello desapareciera de su mente para siempre.

Recordaba la sangre y las magulladuras en los nudillos. Se había desatado por completo la bestia que tenía dentro de él y los que habían atacado a Alessia estaban en el suelo, inmóviles.

Parpadeó y sacudió la cabeza tratando de enterrar ese recuerdo. No entendía por qué se acordaba de todo con tanta nitidez. No había sido más que un momento de violencia en una vida llena de ese tipo de situaciones. Pero, de algún modo, esa vez había sido diferente. Había sido un acto nacido de la pasión, fuera de su control, no había tenido nada que ver con su pensamiento más racional.

–Dime la verdad –le exigió él.

–¿Cómo crees que iba a acostarme con Alessandro después de

lo que pasó?

–Pero ibas a hacerlo, estabas a punto de casarte con él y compartir su cama.

Ella asintió con la cabeza sin decir nada.

–Sí. Lo estaba –reconoció Alessia.

–Y entonces descubriste que estabas embarazada.

–No –le dijo ella con un susurro.

–¿Entonces?

–Entonces te vi.

–¿Y qué te pasó, te dejaste llevar por el sentimiento de culpa?

–Bueno, es que estábamos en una iglesia...

–Ya… –repuso él con ironía–. Es comprensible.

–¿Por qué no fuiste al aeropuerto? –le preguntó de nuevo con mucho dolor en su voz.

–Porque…

Volvieron a su mente las mismas imágenes de sangre, un recordatorio de lo que podía llegar a ocurrir cuando dejaba que fueran sus pasiones las que tuvieran las riendas de su vida.

–Porque esa noche ya conseguí todo lo que quería de ti. Solo fue sexo. Eso era todo lo que quería de ti, cariño.

Alessia se echó hacia atrás como si la hubiera abofeteado.

–¿Es por eso por lo que siempre me has estado mirando y observando? –le preguntó ella.

–De acuerdo, admito que estaba un poco obsesionado con tu cuerpo. Y siempre he sabido que a ti te pasaba lo mismo.

–Me gustabas –reconoció Alessia con voz temblorosa–. Pero como nunca te acercaste a mí después de que…

–No hay necesidad de sacar a relucir el pasado –la interrumpió él.

No quería oírle hablar de ese día. No quería saber cómo lo había vivido ella. Prefería ignorar lo horrible que debía de haber sido para una chica de catorce años ver ese tipo de violencia, ver lo que él era capaz de hacer.

Pero tenía que reconocer que, después de aquello, Alessia nunca lo había mirado con la inquietud ni el horror que habría merecido. Lo miraba de una manera distinta a los demás, como si viera algo en él que nadie más veía, algo bueno. Y él anhelaba poder sentirse así, creía que esa había sido una de las razones por las que había dejado que Alessia lo invitara aquella noche en el bar del hotel.

Demasiado tarde se había dado cuenta de que tampoco esa noche había tenido el control de la situación. Había sido Alessia la

que había tenido las riendas. Como siempre.

Pero no estaba dispuesto a que volviera a ocurrirle lo mismo.

Alessia se tragó las lágrimas. Nada estaba ocurriendo como había pensado que sucedería. De hecho, ya ni siquiera estaba segura de qué era lo que había esperado. No lo sabía.

Una parte de ella, esa niña optimista e ingenua, había imaginado que Matteo iba a mirarla con ojos nuevos y que le iba a sonreír mientras acariciaba su vientre. Había soñado con que le alegraba saber que habían creado una vida juntos y que entonces podrían vivir felices para siempre.

Sabía que era una tonta. Pero Matteo llevaba demasiado tiempo siendo el valeroso caballero de sus fantasías y se negaba a verlo de otra manera.

Siempre había sentido como si lo conociera desde siempre. No le había costado trabajo entender al joven serio, de ojos oscuros, que la observaba desde lejos cuando estaban en Palermo. El mismo que había trepado el muro alrededor de su casa cuando iba a visitar a su abuela y se quedaba allí mirándola mientras ella jugaba en el jardín. Siempre la había observado como si quisiera participar, como si él también quisiera jugar, pero no se lo permitieran.

Y después… Cuando más lo había necesitado, había estado allí.

Recordó cómo la había salvado de... Lo cierto era que ni siquiera sabía de qué horror la había salvado Matteo. Afortunadamente, no había llegado a saber lo que aquellos dos hombres querían hacerle. Matteo había estado allí, como siempre, y la había protegido.

Creía que por eso, cuando lo había visto de manera tan inesperada en Nueva York, le había resultado tan fácil y natural besarlo y pedirle después que le hiciera el amor. Pero, después de aquello, Matteo le había fallado por primera vez, no había ido a su encuentro en el aeropuerto.

Lo miró a sus ojos oscuros y vacíos. Su rostro no expresaba lo que sentía, le daba la impresión de que estaba mirando a alguien que no conocía de nada y no entendía cómo podía haber estado tan equivocada con él y durante tanto tiempo.

–No es mi intención sacar a relucir el pasado –le dijo ella con firmeza–. Lo único que quiero saber es qué tipo de futuro me espera si nos casamos.

–Si preferías a Alessandro, deberías haberte casado con él cuando tuviste la oportunidad. Lo tenías delante de ti, esperándote junto al altar con un sacerdote a su lado –repuso Matteo–. Ahora,

me perteneces a mí, la decisión ya ha sido tomada así que te aconsejo que te hagas a la idea cuanto antes.

–¡Deja de portarte como un cretino, Matteo! –protestó ella incapaz de seguir aguantando su actitud.

Matteo la miró sorprendido y eso hizo que se sintiera en parte satisfecha. Al menos había conseguido algún tipo de reacción.

–¿Quieres que te diga lo feliz que estoy con la noticia que acabas de darme? ¿Prefieres que mienta?

–No –le dijo ella con un nudo en el estómago–. Pero parece que estás tratando de hacerme daño a propósito.

Matteo maldijo entre dientes, pero ella pudo entender sus palabras.

–Lo siento, Alessia, no era mi intención.

Esa disculpa le pareció en sí misma lo más impactante de esa tarde.

–Sé que esto es inesperado. Confía en mí, lo sé –le dijo ella.

–¿Cuándo te enteraste? –le preguntó Matteo.

–En el aeropuerto. Así que, si hubieras ido, lo habrías sabido al mismo tiempo que yo.

–¿Y qué hiciste después?

–Me quedé esperándote –le confesó ella–. Después, me subí a un avión y me vine a Nueva York. Tengo una amiga aquí, la misma con la que estuve cuando celebré la despedida de soltera.

–Pero, ¿por qué decidiste venir a Nueva York?

–¿Por qué no? –repuso ella como si la decisión hubiera sido casi accidental.

Pero no lo había sido. Aunque había estado desolada al ver que no iba a su encuentro en el aeropuerto, había decidido volver a esa ciudad como si así pudiera sentirse más cerca de él. Estuviera donde estuviera él, Nueva York era el sitio en el que por fin había podido estar con él tal y como siempre había deseado.

–¿Por qué has venido tú a Nueva York?

–Posiblemente por la misma razón que tú –replicó Matteo.

No pudo evitar que su respuesta le afectara. No quería tener que pedirle que aclarara sus palabras y sabía que no le convenía soñar con que su decisión tuviera algo que ver con ella.

Se sentía demasiado sensible en esos momentos como para soportar que Matteo volviera a insultarla u ofenderla. Pero le daba más miedo aún que se dirigiera a ella con ternura. Sabía que eso haría que se derrumbara por completo. Y no podía permitirse el lujo de no estar fuerte, no en esos momentos. Antes tenía que averiguar qué iba a hacer y lo que quería.

Se preguntó si de verdad podría casarse con Matteo solo para mantener las apariencias, solo porque estaba embarazada. Se parecía demasiado a la fantasía con la que había soñado durante años, la que la había mantenido despierta durante largas noches en vela cuando solo era una adolescente.

Matteo. Siempre había sido él, nadie más.

Al principio, había sido solo una fantasía inocente, pero, con los años, sus sueños se habían llenado de calor, pasión y deseo. Anhelaba vivir con él cosas que nunca había experimentado en la vida real, solo en sus sueños.

–Si… –comenzó ella casi sin atreverse a preguntárselo–. Si nos casamos, ¿mi familia se podría beneficiar de la unión como iba a hacerlo después de que me casara con Alessandro?

–Tu padre tendrá su dinero, su parte del imperio Corretti. Tal y como ya habían acordado.

–Me sorprende que cedas tan fácilmente.

–Mi familia también necesita el apoyo de tu padre para llevar a cabo el proyecto de revitalización de la zona portuaria de Palermo. Su influencia política es esencial.

–Y también beneficiaría a Alessandro.

–Igual que me habría beneficiado a mí que te hubieras casado con él hace unas semanas.

Se le revolvió al estómago al oír esas palabras. No podía creer que hubiera pensado en el beneficio que podía darle que ella se casara con otro hombre.

–Entonces, supongo que sería una victoria para toda la familia Corretti, ¿no?

–Supongo que sí –reconoció Matteo.

La miraba con un brillo cruel en los ojos. Nunca la había mirado de esa manera. Solo lo había visto así una vez.

–¿Y qué pasa si me niego? –le preguntó ella.

Era algo que necesitaba saber. No estaba segura de por qué trataba de examinar en esos momentos qué otras opciones tenía. Quizás porque sentía que ya lo había echado todo a perder. Suponía que su padre la odiaba y que sus hermanos debían de estar muy preocupados. Se preguntó si alguien estaría cuidando de ellos.

No eran muy pequeños. La más joven, Eva, tenía catorce años. Los otros también eran adolescentes. Pero, aun así, ella había sido la única persona que había cuidado de ellos desde que perdieran a su madre, la que siempre había estado pendiente de ellos.

La vida que había tenido hasta ese momento acababa de

cambiar para siempre. Y, de alguna manera, se sentía obligada a comprobar qué otras alternativas tenía y hasta dónde podía llegar.

–No vas a decir que no –le dijo Matteo con seguridad.

–¿No lo haré?

–No, porque hacerlo provocaría la ruina de los Battaglia. Me encargaría de tu bienestar, por supuesto, y de la de nuestro hijo. Soy un hombre responsable y no os abandonaría a vuestra suerte. Pero ¿y tus hermanos? Cuidar de ellos no será mi problema si no accedes a esta boda.

–¿Y si me caso contigo?

–Entonces, serán parte de la familia. Y yo me encargo de mi familia –le contestó Matteo con seguridad.

Sintió una oleada de alegría y terror al mismo tiempo. De alguna manera, iba a conseguir justo lo que quería, a Matteo y para siempre.

Pero ese no era el Matteo que había protagonizado sus fantasías. Ese era el verdadero Matteo. Un hombre oscuro y amargado, alguien a quien le costaba mostrar emoción alguna. Le sorprendía no haberse dado cuenta de ello hasta ese momento.

Le había ofrecido una noche de intensa pasión en Nueva York, pero recordó entonces que habían estado casi todo el tiempo con las luces apagadas. Empezaba a preguntarse si, mientras sus manos se habían movido sobre su cuerpo con deseo y ternura, sus ojos habrían estado en blanco, completamente vacíos y fríos. Tal y como la miraba en ese momento.

Sabía que lo que iba a encontrarse en cuanto aceptara su propuesta no iba a tener nada que ver con la fantasía que había creado en su cabeza. Pero también sabía que era la mejor opción para su bebé y para su familia.

Y, aunque sabía que era una tonta por sentirse así, lo deseaba, aún lo hacía.

–De acuerdo, Matteo. Me casaré contigo.

No había otra respuesta posible.

Capítulo 4

HABÍA tensión y un extraño silencio esa mañana en el vestíbulo del lujoso hotel que Matteo tenía en Palermo. Matteo pensó que ese silencio era más elocuente que los gritos.

Era temprano y los empleados del hotel iban de un lado a otro, terminando de prepararlo todo para la boda. Cuando Matteo atravesó el vestíbulo, los empleados se apartaron de su camino formando casi un pasillo. Creía que era mejor así. Ese día no estaba de humor para hablar con nadie ni quería tener que responder a sus preguntas.

La luz del sol entraba con fuerza por las ventanas y podía ver también desde allí el brillante mar. Sabía que era una vista que muchos encontrarían relajante. A él, en cambio, se le hacía un nudo de tensión en el estómago cuando lo veía. No le gustaba volver a casa, nunca le había gustado. Sicilia le recordaba a muchos momentos oscuros e incluso violentos de su pasado.

Apretó los dientes y trató de mantener el control de sí mismo, aunque cada vez le costaba más. Y tenía la sensación de que la mujer que lo seguía en esos momentos era en parte culpable de aquella tensión.

Pulsó el botón del ascensor y las puertas se abrieron. Miró a Alessia. Estaba a su lado, con las manos cruzadas y mirándolo todo a su alrededor con sus ojos oscuros. Lo miraba todo menos a él.

–Tú primero, *cara mia* –le dijo él con caballerosidad mientras ponía su mano entre las puertas para evitar que se cerraran.

–¿No prefieres que tu esposa camine siempre tres pasos detrás de ti? –le preguntó ella con un tono desafiante.

–No me sirve de nada tener una mujer detrás de mí. Inclinada delante de mí, en cambio, es otra cosa, como bien sabes.

Vio que Alessia se sonrojaba, pero sabía que no era solo por vergüenza. Una vez más, había logrado enfadarla, tal y como había pretendido. No sabía qué le pasaba con ella, pero sentía la necesidad hacerle daño y decir cosas como esas.

Sabía que estaba enfadada, pero no dijo ni una palabra más. Se limitó a entrar en el ascensor con los ojos fijos en el panel digital de la pared. Las puertas se cerraron tras ellos y Alessia siguió sin mirarlo.

–Si me has traído hasta aquí para abusar de mí como lo estás haciendo, creo que me iría mejor arriesgándome a volver a la casa de mi padre. Puede que tenga más suerte con él.

–¿A esto lo llamas abuso? No me pareció que me encontraras tan detestable aquella noche en Nueva York.

–Porque no te comportaste como lo estás haciendo ahora. Si te hubieras acercado a mí en el bar y me hubieras hablado como acabas de hacerlo, te habría mandado a paseo.

–¿Seguro, Alessia? –le preguntó él con la sangre hirviendo en sus venas–. No creo que lo hubieras hecho.

–¿No? –repitió ella mirándolo desafiante.

–No.

Se volvió hacia ella y puso la mano en la brillante pared del ascensor, justo detrás de ella. Se acercó entonces un poco más y le llegó su aroma. Estuvo a punto de perder el control. Olía a lilas y a verano. Esa mujer llenaba de vida y luz su existencia, le daba una nueva esperanza...

Se apartó rápidamente de ella, enfadado consigo mismo por haberse dejado llevar por sus emociones.

–Eso demuestra que no me conoces.

–Te conozco muy bien –le aseguró Matteo.

–Deja de decir tonterías y de asegurar que me conoces. Solo porque nos acostáramos…

–Tienes un hoyuelo en la mejilla derecha –la interrumpió él–. No sale siempre, solo cuando sonríes de verdad. Te gusta bailar sola en el jardín y prefieres hacerlo descalza. No te gusta llevar zapatos. Has curado y vendado todas las heridas que se han hecho tus hermanos en las rodillas y, cuando me ves, te quedas absorta mirándome, no puedes evitarlo. Como ves, te conozco bastante bien, Alessia Battaglia. No digas lo contrario.

–Me conocías de niña, Matteo. Pero ya no soy la misma persona.

–Entonces, ¿cómo es que terminaste en mi cama la noche que celebrabas tu despedida de soltera?

Sus ojos se encontraron por primera vez esa mañana, por primera vez desde que su avión privado aterrizara en Sicilia.

–Porque quería ser capaz de tomar al menos una decisión. Sentía que eran los demás los que siempre han tomado las decisiones que me afectan, Matteo. Quería... Supongo que quería al menos poder tomar la decisión de quién iba a ser mi primer amante.

–¿No habías tenido ocasión de hacerlo hasta esa noche?

–¿Cuándo? ¡No tengo tiempo libre! Me he pasado toda la vida cuidando de mis hermanos, asegurándome de que todas sus necesidades estuvieran cubiertas, no solo las básicas. He tratado de evitar que tuvieran que soportar en todo su rigor el genio de mi padre. Me he pasado la vida siendo la hija perfecta, la anfitriona en todos los eventos. De pie y sonriente junto a él, por ejemplo, cuando fue reelegido para un puesto del que abusa cada día.

–¿Por qué? –le preguntó.

–Por mis hermanos. Aunque mi padre sea un tirano, es nuestro padre. Somos la familia Battaglia. Tenía la esperanza de que... Siempre he tenido la esperanza de que algún día podría llegar a decirlo con orgullo. Quería asegurarme de que mis hermanos aprendieran a hacer las cosas bien, a hacer lo correcto. De no haberlo hecho, habrían tenido como referencia a mi padre y creo que los dos sabemos que Antonioni Battaglia no debería ser un modelo ético para nadie.

–¿Y tú?

–¿Qué pasa conmigo?

Se abrieron las puertas del ascensor y salieron al pasillo de la planta superior del hotel.

–¿Vives solo para los demás?

Alessia negó con la cabeza.

–No, vivo como lo hago para poder dormir con la conciencia tranquila cada noche. Yo habría sido la primera en sufrir si hubiera decidido dejar a mis hermanos con nuestro padre. No me considero una mártir. Lo hago porque los quiero.

–Pero saliste corriendo de la iglesia el día de la boda.

Alessia no dijo nada, se limitó a avanzar por el pasillo, taconeando sobre el suelo de mármol. Se quedó unos pasos más atrás, mirándola, con la vista perdida en sus curvas y en su magnífico trasero. La falda tubo que llevaba lo delineaba a la perfección.

Le pareció que era una prenda de la última colección de Modas Corretti. Era algo que debía agradecerle a su hermano Luca, lo único que podía agradecerle.

Sobre todo cuando había oído ciertos rumores según los que, en su ausencia, el otro hombre había tratado de hacerse con acciones de los hoteles de la familia Corretti, la rama del negocio que dirigía Matteo. Y eso no hacía sino complicar aún más las cosas entre ellos dos en el peor momento posible, cuando Angelo también parecía dispuesto a hacerse con el control de la empresa.

Creía que era un desastre de dimensiones estelares, uno que

debería haber previsto. Pero había abandonado por completo su trabajo después de la fallida boda de Alessia y Alessandro. No había tardado en darse cuenta de que los buitres habían aprovechado ese momento de debilidad para atacar.

Sabía que debía tratar de detenerlos y estaba convencido de que podía hacerlo. Tenía su propia fortuna y mucho poder, pero en ese momento el problema más urgente que tenía era el que representaba la alta y esbelta morena que caminaba delante de él por el pasillo.

Y en dirección equivocada.

–La suite está por aquí –le dijo él señalando el otro lado del pasillo.

Alessia se detuvo, giró bruscamente sobre sus talones y comenzó a caminar hacia él. Pasó a su lado y siguió hasta el final del pasillo.

Estuvo a punto de echarse a reír al ver una expresión tan altiva en su cara. De hecho, quería reírse, pero no era capaz de hacerlo. Estaba demasiado tenso para poder dejar que saliera un sonido así de su garganta.

Llegó a su lado cuando Alessia paró frente a la puerta de la suite y sacó una llave electrónica de su cartera.

–Mi llave abre todas las puertas –le explicó él.

–Ten mucho cuidado, *caro* –repuso Alessia–. Eso me ha sonado muy mal –agregó mientras lo fulminaba con la mirada.

–Veo que puedes llegar a ser muy mordaz, Alessia –reconoció él mientras entraban.

–Ya te dije que no me conocías.

–Entonces, ayúdame a conocerte.

–Tú primero, Matteo.

La miró a los ojos antes de contestar.

–Soy Matteo Corretti, el hijo mayor de Benito Corretti. Estoy seguro de que sabes de sobra cómo era él, un auténtico delincuente que murió en un incendio junto a su gran rival, su hermano Carlo. De él también habrás oído hablar. Después de todo, ibas a casarte con su hijo Alessandro. Yo dirijo la rama hotelera del conglomerado empresarial de la familia y tengo mi propia cadena, esta de propiedad privada, de hoteles boutique. Este es uno de esos establecimientos.

Alessia se cruzó de brazos y frunció el ceño.

–Creo que todo eso ya lo he leído que en tu biografía en Internet. No me has dicho nada que no supiera.

–Es que no hay nada más que saber.

Alessia no estaba de acuerdo. En absoluto.

Sabía que Matteo Corretti era mucho más que eso. Lo sabía porque lo había visto. Había podido comprobar con sus propios ojos una rabia ciega que parecía controlarlo, no había sido capaz de olvidar cómo había actuado aquel día para protegerla de un destino que ni siquiera se atrevía a imaginar.

Pero ya se había dado cuenta de que Matteo nunca hablaba de eso. Así que ella tampoco pensaba hacerlo.

–Háblame de ti –le pidió Matteo.

–Me llamo Alessia Battaglia, soy piscis y la hija mayor de Antonioni. Mi padre es un político que hace tratos bajo la mesa con poderosas familias que se dedican al crimen organizado. Ese tipo de negocios es lo que le ha mantenido en el poder durante todos estos años, pero no ha conseguido hacerse rico. Para eso necesita a los Corretti –le dijo ella.

–Los Corretti ya no se dedican al negocio del crimen organizado. En ese sentido, mis primos, mis hermanos y yo hemos hecho un buen trabajo para renovar a la familia. Aunque nos llevemos mal, al menos podemos estar orgullosos de ello –le aclaró Matteo.

–Puede que no seáis delincuentes, pero sois ricos. Eso es lo que hace que vuestra familia le resulte tan atractiva a mi padre.

–Lo suficientemente atractiva como para usar a su hija como moneda de cambio.

Matteo vio cómo Alessia asentía con la cabeza y le pareció de repente que estaba muy cansada de todo aquello, casi derrotada. No le gustaba verla así, casi prefería que ella le contestara con palabras venenosas.

–Puedes irte si eso es lo que quieres, Alessia –le recordó él–. Puedes hacerlo, no tienes por qué seguir aquí. Tu padre no puede obligarte a nada, tienes veintisiete años y la libertad para hacer lo que quieras. Podrías incluso dejar que yo te mantuviera, porque te seguiría apoyando económicamente aunque decidieras no vivir conmigo, no voy a dejar de cuidar de mi hijo decidas lo que decidas.

No entendía por qué le estaba diciendo eso, por qué le estaba dando una salida para que se fuera de su lado.

Una parte de él deseaba que Alessia lo hiciera, que lo dejara solo y se fuera a otra parte con su belleza, con la tentación que suponía y el dolor que parecía sentir en su pecho cada vez que estaba cerca de ella. Esa mujer era un peligro que amenazaba con derribar los muros que había construido en torno a su ser.

Alessia no dijo nada, ni siquiera se movió. Se quedó congelada donde estaba, con los labios entreabiertos.

–Tienes libertad para irte ahora mismo por esa puerta si eso es lo que quieres. Ahora mismo.

Dio un paso hacia ella, impulsado por algo que no lograba entender, que no quería entender. Notaba cómo rugía la bestia dentro de él y quería que se callara. Necesitaba volver a tomar las riendas y controlarse.

Creía que había sido capaz de mantener un orden en su vida durante años, pero la aparición de Alessia lo estaba cambiando todo. En ese momento, lo único que quería era que ella se fuera y que su vida volviera a ser lo que había sido.

Tomó la barbilla de Alessia y la levantó para mirarla a los ojos.

–No estás cautiva en este hotel –le dijo–. Yo no soy tu padre ni tu carcelero.

Sus ojos oscuros lo miraron con firmeza.

–No, no lo eres. Pero eres el padre de este bebé, de nuestro bebé, y no voy a irme, Matteo. Si lo que quieres es salir de esta situación, tendrás que buscar tú mismo la salida. Yo no voy a hacerlo, soy lo suficientemente fuerte como para hacer frente a esto. Estoy dispuesta a hacer que esto funcione.

–Creía que sería mejor que te fueras.

–¿De verdad piensas eso?

–¿Crees que voy a ser uno de esos padres que pasan tiempo con sus hijos? ¿Que los cuidan? ¿Acaso quieres que tenga influencia alguna en la educación de nuestro hijo? –le preguntó él.

La mera idea le revolvía el estómago. No sabía qué podría ofrecer a un niño, solo un legado de violencia. Pero tampoco pensaba abandonarlos, no podía dejar sola a Alessia. Temía que su presencia fuera mala para un bebé que iba a nacer completamente inocente. No se veía digno de tocarlo con sus propias manos. Manos que estaban teñidas de sangre.

–¿Crees que no podrías ser un buen padre? –le preguntó Alessia.

–¿Cómo puede alguien dar lo que nunca ha tenido?

–Yo apenas me acuerdo de mi madre, Matteo, pero hice muy buen trabajo cuidando de mis hermanos.

–Puede que la ausencia de un buen progenitor sea mejor que la presencia de uno malo. ¿Qué lecciones voy a enseñarle a nuestro hijo, *cara*? ¿El tipo de lecciones y consejos que me enseñó mi padre? ¿Cómo encontrar a un hombre que te debe dinero? ¿Cómo romperle eficazmente las rótulas si no paga…? No, creo que será

mejor que no tenga nada que ver con el niño.

Había esperado que le sorprendieran sus palabras, pero ella no se inmutó y siguió mirándolo a los ojos.

–Vuelves a subestimarme, Matteo. No olvides la familia de la que vengo.

–Pero tú eres tan dulce… –replicó él sin pensar en lo que decía y dejando que hablara por primera vez su corazón–. Frágil como una flor. Somos muy distintos.

Ella asintió con la cabeza.

–Es fácil pisotear una flor. Pero si es el tipo de flor acertado, volverá a florecer año tras año, después de cada invierno. Aunque destruyas la superficie, sigue viva bajo la tierra.

Sus palabras provocaron un gran dolor en su corazón. Sintió que se retorcía algo muy dentro de él.

–No digas luego que te has visto forzada a estar en esta situación –le dijo unos segundos después en voz baja–. Te he dado la oportunidad de elegir.

–Y yo te la he dado a ti.

Él asintió con la cabeza y se alejó de ella. Salió de la habitación ignorando los latidos de su corazón y la opresión que sentía en el pecho. Aunque trataba de ignorar ese pensamiento, no podía quitarse de la cabeza la imagen de su mano apretando con los dedos una flor y aplastando los pétalos, destruyéndola por completo.

Alessia miró a su alrededor. La suite era grande y lujosa. Iba a alojarse allí, pero no sabía durante cuánto tiempo. Después de semanas sin poder ponerse en contacto con Matteo, sin saber qué iba a hacer si no conseguía hablar con él, ese hombre había entrado de repente en su vida como un huracán, tomando el control de todo.

Pero eso era algo que no debería sorprenderla. Ya había sabido cómo era Matteo Corretti. Lo conocía mejor de lo que creía él. Era un hombre tremendamente rígido y contenido. Siempre parecía estar haciendo un gran esfuerzo para no perder el control.

Solo le había visto perder el control en dos ocasiones.

La primera vez había sido un bonito día soleado, mientras él pasaba unos días en la finca rural de sus abuelos. Ese día, Matteo se había convertido en su mente en su salvador, su caballero de brillante armadura.

Y la segunda vez, durante su noche en Nueva York. Durante

esas horas de pasión compartida, los dos se habían dejado llevar por la situación.

No le costaba recordar cómo se había comportado Matteo con ella, la forma en que la había mirado a la tenue luz del bar… Cerró los ojos y se trasladó a ese momento. El recuerdo estaba aún muy vivo en su corazón y era un recuerdo muy dulce.

«–¿Qué haces por Nueva York, Alessia? –le había preguntado Matteo.

–Celebrando una despedida de soltera.

No le resultó difícil esconderle la información de que ella era la protagonista de la fiesta. Si Matteo no sabía nada de su compromiso con Alessandro, ella no pensaba decírselo.

–¿Sí? ¿Y habéis contratado a strippers? –le preguntó Matteo.

–No, claro que no –repuso ella sonrojándose–. ¿Por qué? ¿Estás acaso ofreciendo tus servicios?

–¿Cuánto has bebido? –le dijo Matteo con una sonrisa.

Era tan raro verlo sonreír... Ni siquiera podía recordar si lo había visto sonreír alguna vez.

–No lo suficiente.

–Eso podría arreglarlo. Pero me gustaría poder bailar contigo y, si estás demasiado borracha, no podré mantener tu ritmo.

–¿Por qué estás hablando conmigo? –le preguntó ella.

Ya había pensado que cabía la posibilidad de que pudiera estar allí. Después de todo, era el dueño del hotel. Una parte de ella había deseado poder verlo. Sabía que iba a ser una auténtica tortura, pero una tortura que le valía la pena.

–¿Qué quieres decir?

–No habías hablado conmigo desde…

Vio que algo brillaba en los ojos de Matteo, le pareció inquieto y decidió reorientar un poco lo que le iba a decir.

–Hacía mucho tiempo que no me dirigías la palabra –terminó ella.

–Demasiado tiempo –repuso Matteo con la voz ronca.

Su corazón comenzó a latir con más fuerza y no pudo evitar que una oleada de esperanza naciera en su interior. Trató de ignorarlo y calmarse, pero no era fácil.

–Entonces, ¿bailas conmigo? –le pidió Matteo–. ¿Con un viejo amigo?

–Sí.

No podía negarse, quería vivir ese momento con él antes de que fuera demasiado tarde.

Dejó a sus amigas en la mesa donde habían estado bebiendo

cócteles y permitió que Matteo la guiara lejos de ellas, hasta la oscura pista de baile. Un cuarteto de jazz estaba tocando una melodía lenta y sensual.

Matteo envolvió los brazos alrededor de su cintura y la atrajo hacia su cuerpo.

De manera casi instantánea, sintió una oleada de calor, deseo y lujuria por todo su cuerpo.

Sus ojos se encontraron con los de ella mientras se balanceaban al compás de la música y fue incapaz de resistir la tentación de inclinarse hacia él y besarlo.

En cuanto sus lenguas se tocaron, la necesidad que sintió dentro de ella fue tan fuerte e intensa que le temblaron las rodillas. Separó los labios para él, envolviendo los brazos alrededor de su cuello y enredando los dedos en su pelo. Años de fantasías no habían hecho más que añadir más intensidad a ese momento.

Matteo Corretti era el hombre con el que siempre había soñado, el que protagonizaba sus sueños, al que deseaba más que nada. Y sentía que esa era su última oportunidad.

El pánico la dominó entonces y se sintió desesperada. Lo besó más apasionadamente, con movimientos torpes y nerviosos. No sabía lo que tenía que hacer, nunca había estado así con nadie. Un aspecto que no hacía sino echar más leña al fuego.

No había vivido. Se había pasado toda la vida en el *castello* de los Battaglia, al cuidado de sus hermanos, asegurándose de que su familia no se derrumbara. Su única función en la vida hasta ese momento había sido la de garantizar el bienestar de los demás y necesitaba un momento, una noche, para tener algo diferente.

Para tener algo que solo fuera de ella.

Matteo se apartó de ella entonces y vio que le costaba respirar.

–No podemos hacer eso aquí...

Ella sacudió la cabeza.

–Parece que no… –repuso ella.

Las llamas que los quemaban ardían con demasiada fuerza y rapidez, amenazando con hacerles perder el control.

–Tengo una suite –le dijo a Matteo.

–Soy el propietario del hotel –le recordó él con una sonrisa en los labios.

Ella se echó a reír. Estaba muy nerviosa y sin aliento. Se tocó el dedo donde solía llevar su anillo de compromiso. Se lo había quitado antes de salir de fiesta.

–Por favor... Solo una noche… –le pidió ella.

–¿Solo una, *cara mia*?

–Es todo lo que puedo darte.

–Creo que podría hacerte cambiar de opinión –le advirtió Matteo con la voz ronca y muy sexy.

Se inclinó hacia ella y la besó en el cuello, con sus dientes acariciando su delicada piel. Le entraron ganas de gritar lo que sentía.

«Sí, siempre. Matteo, ti amo», se dijo.

Pero no lo dijo en voz alta. Se limitó a besarlo de nuevo, de manera cada vez más apasionada, vertiendo en ese beso todo lo que era, cada emoción, cada sueño que llevaba tanto tiempo deseando.

Pero sabía que no tendrían más oportunidades después de esa. Matteo podría tenerla esa noche, pero un mes más tarde, iba a entregarse a otro hombre para siempre.

–Llévame a tu habitación».

Alessia sacudió frustrada la cabeza, de vuelta al presente. Esa noche había sido perfecta, pero todo se había esfumado a la mañana siguiente. La luz del día entró por la ventana iluminando su realidad y se dio cuenta de que no podía seguir escondiéndose detrás de esa fantasía.

Aún podía recordar el aspecto que había tenido Matteo esa mañana, dormido con las sábanas enredadas alrededor de su musculoso cuerpo. Había sido durísimo dejarlo de allí.

Había deseado más que nada en el mundo poder besarlo de nuevo, pero no había querido despertarlo.

De alguna manera, había dejado que sus fantasías se hicieran realidad esa noche y, a pesar de todo lo que había pasado después, no se arrepentía.

O no se había arrepentido hasta ver por sí misma lo distinto que era Matteo. No se parecía en nada al hombre que había imaginado que era. La forma en que la miraba… No le gustaba saber que él la veía cómo una mujer que había aparecido en su vida para atarlo de alguna manera.

Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. La hija obediente que había sido siempre había terminado por rebelarse y destruir todo a su paso.

–Siempre juegas a todo o nada, ¿verdad, Alessia? –se dijo en voz alta en medio de esa habitación vacía.

Como era de esperar, no obtuvo respuesta.

Capítulo 5

NO puedes simplemente tomar lo que es mío sin pagar por ello, Corretti.

Matteo miró a Antonioni Battaglia y tuvo que controlarse para no dar rienda suelta a la ira que crecía en su interior. Creía que ese hombre no tenía ni idea de con quién estaba tratando. Tomó la figurita de cristal que siempre tenía en la mesa. Era un regalo de su abuela y representaba ese hotel. Necesitaba tener algo entre las manos para tratar de controlar su ira.

Era un Corretti y había heredado el dudoso talento de ser capaz de cometer todo tipo de horribles actos. De hecho, ya lo había hecho antes, ya había hecho uso de la violencia en más de una ocasión. Le tentaba la idea de hacerlo de nuevo, pero consiguió controlarse.

–¿Y a qué se refiere exactamente? –le preguntó Matteo mientras se acomodaba en el sillón de su despacho.

–A mi hija. La has deshonrado y ahora es mucho menos valiosa para mí. Así que será mejor que te cases con ella y respetes el trato que acordé con tu abuelo. De otro modo, el futuro de los Corretti en Sicilia va a ser muy negro.

–Veo que estaba equivocado. Pensé que el cuerpo de Alessia le pertenecía a ella, no a usted –le dijo Matteo.

–Soy un hombre anticuado.

–Sea como sea, la ley no le permite ser dueño de nadie, así que Alessia no le pertenece. Sin embargo, a petición de mi prometida, he decidido cumplir el acuerdo que firmó con mi abuelo –le aseguró–. ¿Qué están haciendo ahora mismo sus otros hijos?

–Me he encargado de que les den un trabajo a los chicos en el negocio familiar.

Matteo apretó los dientes. Cada vez estaba más furioso.

–¿Es eso lo que quieren?

–No lo sé, pero me ha parecido buena idea aprovechar la oportunidad…

–¿Y si yo le ofreciera otra posibilidad?

–¿Por qué iba a querer tener más tratos de los necesarios con un Corretti?

–Porque depende de mí que consiga o no toda una fortuna. Y

además, voy a ser el padre de su primer nieto. Pero sobre todo porque va a tener que aceptar lo que le doy y nada más.

Vio cómo se sonrojaba Antonioni. Le estaba quedando muy claro que al hombre no le gustaba nada que le dijeran lo que tenía que hacer.

–Corretti, recuerda que no tengo por qué concederle a tu familia la licencia para…

–Y yo tampoco tengo que darle nada. Sé que está negociando con Angelo y eso no me gusta nada. Pero estoy dispuesto a pasarlo por alto si hace lo que le pido. Así que le sugiero que acepte todas mis condiciones para tenerme contento. Quiero que mande a sus hijos a la universidad. Yo pagaré sus matrículas.

–Eso no es necesario.

Pensó en Alessia y en todo lo que había sacrificado por ellos.

–Escúcheme bien, Battaglia, y recuerde lo que le digo –le dijo con más firmeza–. Si yo le ordeno que lo haga, lo hará. Y, mientras siga al pie de la letra mis condiciones, podrá tener el nivel de vida al que tanto le gustaría poder acostumbrarse.

El otro hombre asintió con la cabeza.

–Bueno, es tu dinero, Corretti.

–Sí y su vida depende a partir de ahora de mí. Es mejor que se vaya acostumbrando a esa idea.

Creía que, si el padre de Alessia no hubiera reaccionado como lo había hecho, actuando como si la virginidad y el cuerpo de su hija fueran algo con lo que negociar, no habría sentido tanta satisfacción haciéndole ver a Antonioni que su futuro estaba en sus manos.

–Ya he pagado una boda –le dijo Battaglia–. Así que no voy a pagar otra.

–Creo que también podré encargarme de eso –le contestó Matteo–. Bueno, ya puede irse.

Vio que a Battaglia le gustaba esa última orden menos que nada de lo que le había dicho antes, pero obedeció y salió del despacho sin decir nada más.

Matteo apretó con más fuerza la figurita de cristal que aún tenía en sus manos, lo hizo hasta romperla y un fragmento del cristal se clavó profundamente en su palma.

Se miró entonces las manos y vio que la sangre goteaba ya hacia la muñeca. Dejó el adorno en la mesa y contempló los fragmentos. Le sorprendió ver lo fácilmente que le había resultado destruirla con la fuerza de su ira.

Se sacó el pañuelo de seda del bolsillo de la chaqueta y se

envolvió la mano con él, apretando con fuerza hasta que la tela blanca se tiñó de color carmesí.

Le parecía increíble la facilidad con la que sus emociones le hacían perder el control. Apretó los dientes y trató de calmarse. No podía permitir que le volviera a pasar y le preocupaba aún más que fuera Alessia Battaglia la que le hiciera perder el control.

–Ya he conseguido la licencia de matrimonio. Nos casaremos en mi *palazzo* –le dijo Matteo.

Alessia sabía que lo había heredado de su padre.

–¿No quieres hacerlo en la casa de la familia Corretti?

–No, no quiero hacerlo allí –contestó en un tono duro–. Además, ya está todo organizado.

Alessia se levantó de la cama y se cruzó de brazos.

–¿En serio? ¿Y qué me pongo? ¿Cómo quieres que me peine? ¿Has escrito ya lo que te voy a decir?

–Nada de eso me importa. ¿Qué más da? En cuanto a lo que vas a decir, creo que eso ya está escrito. Llevamos siglos haciéndolo de la misma manera –le dijo Matteo.

Le sorprendieron sus palabras.

–Sí, pero… ¿No prefieres…? ¿No sería mejor tratar de dar una imagen mejor y que vean que…?

–Va a ser una boda pequeña. Enviaremos después a la prensa una foto como prueba de que nos hemos casado. O tal vez baste con mandarles una fotocopia de la licencia de matrimonio. En cuanto a la ropa y el peinado, puedes ponerte lo que quieras, siempre estás preciosa.

Se lo había dicho de manera improvisada y sin darle importancia, pero ese cumplido consiguió estremecerla.

–Bueno, gracias.

–Es la verdad.

–Gracias de nuevo.

No sabía qué hacer con él cuando se mostraba amable. No estaba acostumbrada.

–Mientras no tenga encaje… –murmuró ella.

–¿El qué?

–El vestido de novia.

–El de tu última boda estaba cubierto de encajes.

–¡Así es! Era infernal, horrible. Yo no lo elegí. No pude decidir nada.

–¿Qué es lo que habrías elegido? Ahora puedes decidir qué

ponerte.

–Me gustaría llevar algo simple y bonito. Y también querría ir descalza y celebrar la boda al aire libre.

Matteo levantó la mano y se la pasó por el pelo con gesto pensativo.

–Claro, no esperaba nada menos de ti –le dijo después–. Entonces, la boda será en el jardín del *palazzo* y puedes ir sin zapatos.

Cuando bajó la mano, vio que tenía una marca roja en la palma. Frunció el ceño y se acercó un poco más a él.

–¿Qué te ha pasado?

–¿Por? –preguntó él mientras giraba la mano y se la miraba–. Nada. Solo es un corte.

–Parece que has estado en una pelea.

Notó cómo se tensaba el cuerpo de Matteo.

–No me meto en peleas.

–Lo sé, lo sé. Era una broma.

Había mucha tensión en el ambiente, sabía que ambos estaban recordando lo mismo, el día que unos tipos trataron de atacarla.

Quería saber lo que recordaba Matteo, pero era obvio que prefería no hablar de ello. A ella tampoco le gustaba acordarse de ese día. Había sido horrible tener a esos hombres tocándola y no saber qué iban a hacerle.

Pero, aunque los recuerdos eran horribles, había sido increíble ver cómo alguien los apartaba de su lado y aparecía Matteo entre ellos para rescatarla. Nunca había sentido tanto alivio ni tanta paz. Había sabido entonces con certeza absoluta que todo iba a ir bien.

Después de aquello, Alessia se había aferrado a él y llorado contra su pecho. Aún podía recordar cómo había acariciado su mejilla con la mano, secándole las lágrimas. Más tarde, había visto al mirarse en el espejo, que Matteo había dejado una mancha de sangre en su cara. Había sido la sangre de sus manos, la que había derramado por ella.

Ese día había sido su héroe y no había dejado de serlo desde entonces. Se había pasado toda la vida cuidando de sus hermanos y aguantando la ira de su padre para que no se acercara a los niños.

Matteo había sido la única persona que había luchado por ella, el único que la había defendido. Después de aquello, cada vez que la vida se le complicaba, soñaba con que Matteo volvería a aparecer para tomarla en sus fuertes brazos y salvarla.

Pero nunca volvió a hacerlo. Después de ese día, dejó incluso

de mirarla desde lejos. Aun así, ella había seguido teniendo la esperanza de que volviera a aparecer en su vida. La imaginación siempre había sido su tabla de salvación.

Matteo le había preguntado hacía unos días si ella siempre decía lo que pensaba y le había dicho la verdad, que no solía hacerlo. Siempre mantenía la cabeza baja y trataba de pasar desapercibida.

Pero en su mente... su imaginación era su modo de escapar de la realidad. Siempre lo había sido. Cuando corría descalza por el jardín, sentía que estaba en un lugar completamente distinto. Y cuando se iba a la cama cada noche, leía hasta que el sueño la vencía para no tener que pensar en lo que había pasado ese día. Para poder tener dulces sueños.

Creía que era una suerte que Matteo no supiera hasta qué punto había estado presente en su vida y en sus sueños. Pensaba que eso le daría demasiado poder sobre ella. Más del que ya tenía.

–No soy como mi padre –le dijo él entonces–. Yo nunca pegaría a mi esposa.

Lo miró con el ceño fruncido. Era algo que ni siquiera se le habría pasado por la cabeza. Su propio padre también había sido agresivo y le había dado más de una bofetada. Pero, aunque sabía que Matteo había crecido en un entorno similar, nunca se habría imaginado a él haciéndolo.

–Lo sé –respondió ella.

–¿Lo sabes?

–Sí.

–¿Y cómo es que lo sabes con tanta certeza?

–Porque tú no eres ese tipo de persona, Matteo.

–Tienes demasiada confianza en mí. Y me extraña especialmente viniendo de ti. Eres una de las pocas personas que ha visto lo que soy capaz de hacer.

Eso era cierto. Había visto la fuerza bruta con la que había agredido a los que se habían atrevido a atacarla. No podía explicar lo aliviada que se había sentido en esos momentos.

–Me protegiste.

–Fui demasiado lejos.

–Esos tipos habrían llegado más lejos aún si no los hubieras detenido –le dijo ella.

Matteo dio un paso hacia atrás y vio una gran oscuridad en sus ojos.

–Bueno, tengo mucho trabajo –le comentó entonces para cambiar de tema–. Estaré en mi oficina del centro. He pedido que

emitan una tarjeta de crédito a tu nombre.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta de su cartera. Se la ofreció y ella la aceptó sin atreverse a protestar.

–Si necesitas algo, lo que sea, es tuyo.

Matteo se dio la vuelta y salió de la habitación, cerrando la puerta tras él.

Se dio cuenta de que había vuelto a hacer las cosas mal. Era como si no fuera capaz de hablarle sin sacar algún tema espinoso. Y le dolía porque quería llevarse bien con él, pero le empezaba a parecer imposible.

–Matteo, ¿por qué siempre estás tan lejos de mi alcance? –le preguntó a la habitación vacía.

Para Alessia, esa iba a ser su segunda boda, aunque la primera no hubiera llegado a celebrarse. Y le parecía especialmente irónico porque, en realidad, ni siquiera había llegado a tener novio. Una apasionada noche con Matteo no lo convertía en su pareja.

Terminó de subirse la cremallera de la parte posterior del vestido. Era ligero, con mangas amplias y una falda de gasa que se arremolinaba alrededor de sus tobillos. No era blanco, sino de un color lavanda muy pálido. Después de todo, se casaba embarazada y no le parecía necesario ir de blanco.

No había muchos invitados, pero lo prefería así. Solo su padre, sus hermanos, Teresa, la abuela de Matteo, y Simona, su madre.

Tomó el ramo de lilas que había recogido ella misma en el jardín y se miró en el espejo. Ese día, no había tenido un maquillador profesional, pero le gustaba más de ese modo, con una apariencia más natural.

Abrió la puerta del dormitorio y trató de controlar su ritmo cardíaco. Se iba a casar con Matteo Corretti ese día e iba a hacerlo en un jardín bañado por el sol.

Además, esperaba su bebé. Era algo que se repetía una y otra vez, tratando de aceptar esa nueva realidad y aferrarse a la oleada de buenos sentimientos que tenía cuando pensaba en esa vida que crecía en su vientre.

Tenía miedo, pero ese bebé era lo más maravilloso que le había sucedido en toda su vida. Quería tener la oportunidad de darle todo lo que a ella le había faltado y también una infancia más feliz de la que había tenido Matteo.

El piso de piedra estaba muy frío bajo sus pies descalzos y el *palazzo* estaba vacío. Todo el mundo la esperaba afuera. Había

optado por no llevar zapatos porque Matteo le había dicho que era así cómo la recordaba, descalza en el jardín y con el pelo suelto.

Se iban a casar y esperaba que le diera suerte hacerlo de esa manera, como Matteo la recordaba. Tenía la esperanza de poder construir algo nuevo con él, tratar de resolver sus problemas o, al menos, que aprendieran a llevarse bien por el bien del niño.

Atravesó el gran vestíbulo, decorado con muebles tradicionales, y abrió la puerta que daba al jardín.

El cuarteto de cuerda ya estaba tocando. Era una melodía sencilla y perfecta. Y, a pesar de lo que Matteo le había dicho, vio que había un fotógrafo. Pero esos detalles se desvanecieron en cuanto sus ojos lo encontraron.

La esperaba de pie cerca del cura y estaba muy rígido. Un traje gris a medida resaltaba su físico.

Era un alivio que no hubiera un pasillo con suelos de mármol, orquestas ni cientos de invitados. Le encantaba sentir la fresca hierba bajo sus pies.

Y los invitados estaban de pie, no había sillas. Su padre la miraba como si estuviera listo para agarrarla si ella decidía salir corriendo de nuevo.

Eva, Giana, Pietro y Marco la observaban con preocupación en sus ojos y no le extrañó. Había sido el pilar de su existencia desde que muriera su madre y no les había contado que se iba a casar con Alessandro por conveniencia, así que habían vivido con mucha inquietud que saliera corriendo de la iglesia y desapareciera sin decir nada.

Aún debían de estar consternados al ver que había reaparecido poco después con un novio diferente y un embarazo que había anunciado ella misma de manera muy pública.

Les dedicó su mejor sonrisa y trató de que la vieran tranquila. Ese era su papel. Tenía que demostrarles que todo estaba bien, que no tenían por qué preocuparse de nada.

Sus ojos se dirigieron de nuevo a Matteo. Tenía la garganta seca y su presencia hacía que le latiera con fuerza el corazón.

Pero, cuando llegó a su lado, Matteo no tomó su mano y apenas la miró. Vio que tenía la vista fija en el sacerdote. Fue una ceremonia de boda tradicional, con palabras que se sabía de memoria. Había oído las mismas en las decenas de bodas a las que había asistido.

No había nada personal, nada especial sobre ellos dos y Matteo no la miró ni una sola vez a los ojos. Estaba decidida a conseguir que las cosas funcionaran y le daba miedo estar sola en esa tarea.

Tragó saliva. Siempre se empeñaba en ver el lado positivo de las cosas, pero en esa situación, no conseguía hacerlo.

–Puede besar a la novia –dijo de repente el sacerdote.

Eran las palabras que había estado esperando y temiendo. Cerró los ojos, pudo sentir su aliento y, un segundo después, sintió el roce de sus labios sobre los de ella. Fue tan suave y breve que le dio la impresión de que se lo había imaginado.

Se quedó sin aliento y con el corazón en un puño. Abrió los ojos y vio que Matteo ya se había girado para mirar a los pocos invitados que tenían. La tomó entonces por la cintura y la atrajo un poco hacia él, pero no había ninguna intimidad en el gesto, ninguna calidez.

–Gracias por acceder a ser los testigos –le dijo Matteo a su abuela y al padre de Alessia.

–Has hecho algo muy bueno para la familia, Matteo –le dijo su abuela Teresa apretando con cariño su mano.

Se preguntó entonces Alessia hasta qué punto habría tenido Matteo que soportar las críticas de su familia después del fiasco de la boda con Alessandro. Sabía que los medios habían dado por hecho que Matteo y ella se habían ido juntos.

Creía que era una verdadera lástima que hubieran estado tan equivocados.

Pero suponía que las familias de los dos pensarían que era verdad y que por eso habían regresado a Sicilia comprometidos y esperando un bebé.

–¿Entramos a tomar una copa? –sugirió su padre.

–Me parece una buena idea, Battaglia. Pero los Corretti no hablamos de negocios en las bodas –respondió Matteo.

Simona les explicó que tenía que irse, tenía una fiesta en la ciudad. Le dio a Matteo un beso en la mejilla y se fue. Le pareció que Matteo ni siquiera se inmutaba al ver que su madre no se iba a quedar a celebrar la boda con ellos. Se limitó a seguir al padre de Alessia hasta la casa.

Ella se quedó mirándolo desde el jardín con un gran pesar en su corazón.

Teresa la miró con una sonrisa.

–Voy a encargarme de que el personal de Matteo prepare aperitivos y bebidas para todos.

La mujer entró en la casa también, dejando a Alessia sola en el jardín con sus hermanos.

Fue Eva, la más pequeña y sensible de los cinco, la primera que fue a abrazarla.

–¿Adónde te fuiste? –le preguntó.

–A Nueva York –respondió Alessia, acariciando el pelo de su hermana.

–Pero, ¿por qué?

–Tenía que irme, no podía casarme con Alessandro.

–Entonces, ¿por qué aceptaste el compromiso? –quiso saber Marco.

Era el segundo de sus hermanos y tenía diecinueve años.

–Es complicado, Marco, igual que suele serlo todo lo que tiene que ver con nuestro padre. Ya sabes cómo es.

–¿Pero querías casarte con Corretti? ¿Con este Corretti? –le preguntó el de dieciséis años.

Alessia asintió con la cabeza al oír lo que le decía Pietro. Tenía un nudo en la garganta.

–Por supuesto –contestó Alessia para que no se disgustaran ni preocuparan.

Creía que era algo en lo que debería haber pensado antes de salir corriendo a Nueva York, pero en ese momento no había sido capaz de tener en cuenta a ninguna otra persona. Por primera vez, se había sentido completamente sobrepasada por la situación y había tenido que pensar en ella misma.

–Van a tener un bebé –comentó Giana mirando a su hermano Pietro–. Supongo que eso significa que Matteo le gusta al menos un poco...

Después, se fijó en Alessia.

–Tengo muchas ganas de ser tía –le dijo la joven.

–Me alegro –repuso Alessia.

Pasaron el resto de la tarde en el jardín, disfrutando de la comida. Había vino para los adultos y limonada para sus hermanos y para ella. Disfrutó mucho charlando con ellos sobre sus aventuras más recientes y acabaron todos riendo. Por primera vez en varios meses, Alessia se sentía a gusto. Sus hermanos eran su felicidad, la única razón por la que había accedido a casarse con Alessandro. Y uno de los motivos por los que decidió contraer matrimonio con Matteo. Aunque no podía negar que este último le ofrecía más alicientes.

Estaba a gusto, pero no era feliz. No habría sabido cómo describir exactamente lo que sentía en ese momento. Estaba nerviosa y tenía algunas náuseas.

El sol comenzaba a hundirse detrás de las colinas y el jardín se llenó de sombras. Su padre apareció en el balcón, con los brazos cruzados sobre el pecho y vio que miraba a sus hermanos.

–Supongo que nos vamos –dijo Marco.

–Eso parece –repuso Alessia–. Pero volved y quedaos con nosotros cuando queráis.

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza preguntarle a Matteo si podía invitar a sus hermanos. Después de todo, estaban casados y no pensaba pedirle permiso.

Su padre era el cabeza de familia, pero ella era quien la había mantenido a flote durante años, asegurándose de que sus hermanos comían bien, organizando sus cumpleaños y ayudándoles con los deberes del colegio. Aunque se acabara de casar, pensaba seguir presente en sus vidas.

Así que Matteo iba a tener que acostumbrarse a ellos.

Se despidió cariñosamente de sus hermanos y los observó mientras iban hacia donde estaba su padre. Marco se quedó rezagado y ella lo abrazó de nuevo.

–Cuida de ellos –le pidió con los ojos llenos de lágrimas.

–Lo haré como siempre lo has hecho tú –repuso Marco en voz baja.

–Pero no olvides que estoy aquí para lo que queráis –le recordó emocionada.

–Lo sé.

Cuando se fueron sus hermanos, Teresa se acercó a ella.

–Yo también tengo que irme –le dijo la abuela de Matteo–. Ha sido un placer volver a verte, querida.

A la anciana Teresa no parecía haberle extrañado en absoluto tener que asistir en pocas semanas a otra boda con la misma novia y distinto novio.

–Sé que Matteo te importa –le dijo la señora como si pudiera leerle el alma.

Alessia asintió.

–Así es.

–Eso es lo que estos hombres necesitan, Alessia. Una mujer fuerte que los quiera. Puede que protesten y les cueste aceptarlo, pero es lo que necesitan.

Teresa le hablaba con dolor en los ojos, un dolor que era un reflejo idéntico del que Alessia tenía en su corazón.

No podía hablar, tenía un nudo en la garganta. Así que se limitó a asentir con la cabeza y a observar a Teresa mientras entraba en la casa.

Alessia se quedó en el jardín y esperó. Cada vez estaba más oscuro. Esperó y esperó, pero Matteo no estaba por ninguna parte.

Al final, entró en la casa y subió las escaleras. El *palazzo* estaba

en completo silencio y casi a oscuras. No pudo evitar que un escalofrío recorriera su espalda al verse sola en esa enorme casa. Fue directa al dormitorio que Matteo le había ofrecido para que se vistiera para la boda.

Entró y se sentó en la cama, esperando que fuera a visitarla su marido. Después de todo, era su noche de bodas.

Capítulo 6

MATTEO no se emborrachaba. Pero, por desgracia, Alessia Battaglia, la que ya era Alessia Corretti, parecía tener la extraña habilidad de hacerle romper sus propias reglas.

Maldijo entre dientes.

Ni siquiera se había emborrachado después de la muerte de su padre, aunque había querido hacerlo. Le habría encantado poder destruir los recuerdos con el alcohol como el fuego había destruido los almacenes donde habían muerto su tío y su padre, ese hombre que tanto poder había tenido siempre sobre su vida.

Pero no lo había hecho porque creía que necesitaba ese castigo, que no se merecía el tipo de confort que le podía proporcionar el alcohol, prefería tener que enfrentarse a sus recuerdos.

Había sido duro, pero se había resistido a la tentación. Le resultaba mucho más complicada la situación en la que se veía esa noche.

Tomó otro trago de whisky y dejó que el licor le quemara la garganta, pero cada vez le costaba más conseguir el efecto deseado con el whisky. Miró el vaso y frunció el ceño.

Después, lo agarró y lo lanzó contra la pared, mirando cómo estallaba el cristal.

Eso le resultaba mucho más satisfactorio que el licor.

Se rio y se llevó la botella a los labios. En su estado, casi se sentía feliz y no podía recordar por qué demonios no bebía más a menudo.

–¿Matteo?

Se volvió y vio a Alessia en la puerta.

Alessia...

La deseaba más que el respirar. Quería tener sus largas piernas envueltas alrededor de su cintura, quería escuchar sus gemidos y que le susurrara al oído palabras subidas de tono.

Suponía que Alessia no lo habría hecho nunca, pero podía imaginárselo y la deseaba tanto…

–Ven aquí, esposa –le dijo apartándose de la barra.

–¿Estás borracho?

–Debería estarlo. Si no lo estoy, este whisky debe de estar caducado.

Había una emoción en sus ojos oscuros que no supo identificar, pero sabía que era un sentimiento intenso y profundo. Ni podía ni quería tratar de descifrarlo.

–¿Por qué estás borracho?

–Porque he estado bebiendo. He bebido alcohol. Mucho.

–Pero, ¿por qué?

–No lo sé, a lo mejor porque a partir de hoy tengo una esposa y nunca quise tenerla.

–Gracias –repuso Alessia con sarcasmo–. No sabes cuánto me alegra oír eso.

–Espero que no hayas cambiado de opinión, porque ya no puedes echarte atrás. La noticia está en todos los periódicos. Tú, una Battaglia, tienes a un futuro Corretti en tu vientre. Es una gran noticia, *cara*. Desde Romeo y Julieta, no había habido un escándalo de este calibre.

–No voy a apuñalarme a mí misma solo porque tú has decidido envenenarte, así que será mejor que dejes de hacer paralelismos entre las dos historias.

–Acércate a mí, Alessia.

Fue hacia él con movimientos algo torpes y sin dejar de fruncir el ceño. Le entraron ganas de besarla hasta que dejara de mirarlo así.

–Te dejaste el pelo suelto… –le dijo él mientras tomaba con cuidado un mechón de su melena–. Eres tan bella, un verdadero ángel… Eso fue lo primero que pensé cuando te vi por primera vez.

Vio que sus palabras la habían sorprendido.

–¿Cuándo?

–Cuando éramos niños. Siempre me habían dicho que los Battaglia erais unos monstruos, peor que el mismísimo demonio. Así que no pude resistir la tentación de ir a ver cómo erais. Me asomé al muro de tu casa y ahí estabas tú, corriendo por el jardín. Debías de tener unos once años, tenías las piernas sucias y el pelo enredado, pero pensé que parecías un ángel del cielo. Estabas sonriendo. Siempre sonreías –le dijo frunciendo el ceño y mirándola a la cara–. Ahora ya no sonríes tanto.

–No he tenido demasiados motivos para hacerlo.

–¿Y antes sí los tenías?

–No, pero me esforzaba por fingir que nuestra vida era mejor. Alguien tenía que sonreír en esa casa –le dijo Alessia–. Alguien tenía que enseñarles a mis hermanos cómo se hacía.

–¿Y tuviste que ser tú quien lo hiciera?

–No había nadie más.

–Así que siempre has tenido que llevar el peso del mundo sobre tus hombros, ¿verdad, pequeña?

–Supongo que tú también sabes lo que es eso, Matteo.

Se rio entre dientes.

–Supongo que sí…

Agarró su brazo y tiró de ella para tenerla más cerca.

–Te deseo –le dijo con la voz ronca.

Sin esperar una respuesta, se inclinó y la besó. Lo hizo apasionadamente y sin darle tregua, con intensidad. Alessia no reaccionó, todo su cuerpo estaba rígido. La atrajo más firmemente contra él, dejando que sintiera la evidencia de su excitación y toda la frustración y necesidad que se había estado acumulando dentro de él esas últimas semanas.

–¿Él también te besaba así? –le preguntó mientras la besaba en el cuello.

Alessia negó con la cabeza.

–No –contestó con un hilo de voz.

–Me alegro. Porque, de lo contrario, habría tenido que matarlo.

–Deja de decir cosas así.

–¿Por qué? –le preguntó él–. Tanto tú como yo sabemos que podría hacerlo, Alessia. Por ti, podría llegar a hacerlo. Puede que ni siquiera lograra controlarme.

La besó de nuevo. El corazón le latía con fuerza y le hervía la sangre en las venas.

–¡Matteo, para! –le pidió Alessia alejándose de él.

–¿Por qué? ¿Me tienes miedo, Alessia?

–No, pero ahora mismo no eres tú mismo. No me gusta...

–Puede que ahora sí sea yo mismo. En ese caso, haces bien en alejarte de mí.

La soltó y fue entonces consciente de que la había estado agarrando con mucha fuerza.

–¿Te he hecho daño?

Alessia negó con la cabeza.

–No.

–No me mientas.

–Nunca lo haría.

De repente, se dio cuenta de algo que lo dejó sin aliento. Lo había hecho de nuevo, había bajado sus defensas con Alessia. De hecho, creía que no era él quien había bajado sus defensas, ni siquiera tenía control sobre eso cuando estaba con ella.

–Sal de aquí –le ordenó de repente.

–Matteo…

–¡Fuera! –rugió fuera de sí.

Su mente se llenó de violentas imágenes. Se vio a sí mismo dándole una paliza a alguien, podía sentir cómo se rompían sus huesos cuando lo golpeaba, no era capaz de detenerse. No se veía capaz de hacerlo hasta que pudiera estar seguro de que esa persona nunca pudiera volver a hacerle daño a Alessia.

Las imágenes se mezclaron con recuerdos de su padre. Recordaba perfectamente haberlo visto golpeando a unos hombres hasta que quedaron inconscientes en el suelo.

Matteo había querido saber por qué les había dado una paliza y su padre le explicó que esos hombres no habían querido pagarle sus deudas. A él no le había parecido motivo suficiente para justificar tanta violencia, pero su progenitor le había dicho que Matteo no debía permitir que nadie le faltara al respeto.

Su padre había creído que los Corretti debían defender siempre su poder contra viento y marea y hacer lo que fuera necesario para mantenerlo, aunque para ello tuvieran que matar.

Pero él no era así.

Trataba de recordar cada día que él no era como su padre, pero una voz en su interior se reía siempre de él, diciéndole que era exactamente igual y que ya lo había demostrado más de una vez.

–¡Fuera! –repitió fuera de sí.

Alessia lo miró muy confusa y salió de la habitación con lágrimas en las mejillas.

Se dejó caer en un sillón y volvió a agarrar con fuerza la botella de whisky.

No entendía qué le pasaba, qué le estaba haciendo Alessia.

Alessia cerró de golpe la puerta de su dormitorio y se quitó su vestido de novia sin poder contener sus sollozos. Había querido que fuera Matteo quien le quitara ese traje. Hasta ese instante, no había sido consciente de cuánto había deseado que lo hiciera.

Pero su flamante esposo se había emborrachado en vez de ir a su dormitorio. No quería enfrentarse a ella. De hecho, se había dado cuenta de que eran muchas las cosas a las que no podía ni quería enfrentarse.

Y ella no podía seguir su ejemplo y emborracharse. Estaba embarazada de ese hombre y, mientras él ahogaba las penas con alcohol, ella tenía que aceptar su situación y aguantar sus desplantes.

No era la primera vez que estaba en circunstancias similares. Siempre se había visto obligada a ponerle al mal tiempo buena cara, a sonreír a pesar de todo y a mantener a su familia a flote.

Se tumbó en la cama y dobló las rodillas contra su pecho. Esa noche, ni siquiera su imaginación podía salvarla, no había manera de ignorar la realidad.

Matteo llevaba demasiado tiempo siendo su tabla de salvación, el sueño que le daba ánimos para seguir luchando y olvidar un poco su dolor.

Pero se había convertido en todo lo contrario, en su mayor problema, en la causa de su dolor.

Lo había imaginado siempre como su salvador sin darse cuenta de lo mucho que necesitaba ser salvado de sí mismo. No sabía si ella iba a poder estar a la altura de un reto tan grande. Pero, por otro lado, sentía que no tenía otra opción.

Matteo se levantó a la mañana siguiente con un horrible dolor de cabeza.

Había una botella de whisky casi vacía a un lado del sillón y una mancha oscura en forma de estrella en la pared. No tardó en recordar de dónde había salido al ver pedazos de cristal en el suelo.

No recordaba bien el día anterior.

La boda…

Estaba casado. Se miró el dedo, llevaba una alianza. Se dio cuenta de que no había sido una pesadilla, estaba casado.

Cerró los ojos de nuevo. Recordaba una sedosa nube de color lila y una melena oscura y larga. Él la había abrazado y besado con fuerza.

«Dios mío, ¿qué hice?», se dijo tratando de pensar en la noche anterior.

No recordaba qué había pasado después, si se habría detenido a tiempo o no.

Aunque seguía algo mareado, se puso rápidamente en pie. Le temblaban las piernas.

No entendía qué le pasaba, dónde estaba su capacidad para controlarse, para llevar las riendas de su vida. Sabía mejor que nadie que no debía beber de esa manera.

La primera vez que se había emborrachado de verdad había sido después de impedir que unos hombres atacaran a Alessia. No había podido olvidar lo que había pasado, no había podido

quitarse esas horribles imágenes de la cabeza. Había sido muy duro ver lo que era capaz de hacer.

Y lo cierto era que no había sido la pelea lo que le había empujado a beber esa noche, sino cómo había reaccionado su padre.

–Eres de verdad mi hijo –le había dicho al ver que volvía con los puños ensangrentados a casa.

Había dado por hecho que Matteo estaba dispuesto a seguir sus pasos. Pero él no lo había tenido tan claro.

Pasaron seis años hasta que su padre volvió a decirle las mismas palabras. En esa ocasión, sin embargo, Matteo las había aceptado con orgullo y le había demostrado a Benito Corretti que había estado en lo cierto.

Pero no quería pensar en eso, eran recuerdos demasiado duros.

Sabía muy bien que era capaz de hacer cosas impensables, incluso sin tener la excusa de haber perdido el control. Pero, cuando de verdad lo perdía… Cuando lo hacía, se convertía en un monstruo. Y la noche anterior, había perdido el control delante de Alessia.

Se quedó un segundo sin aliento. Tenía que ir a ver cómo estaba.

Salió del dormitorio y bajó las escaleras con un nudo en el estómago. Le martilleaba la cabeza con cada paso que daba y la luz del sol que entraba por las ventanas era un justo castigo por sus excesos de la noche anterior.

Necesitaba tomarse un café e ir después al encuentro de Alessia.

Se detuvo en seco cuando llegó al comedor.

–Buenos días –le dijo Alessia en un tono suave que era casi estridente para sus oídos.

–Buenas –repuso de mala gana.

–Supongo que necesitarás un café, ¿no? –le preguntó ella mientras señalaba la cafetera.

–Sí –reconoció él.

–¿Sabes cómo funciona?

–Sí.

–Estupendo.

Alessia no parecía dispuesta a prepararle la taza de café. Se limitó a sentarse tranquilamente a la mesa con una infusión en la mano.

Se sentó frente a ella y se sirvió un café. Tomó un sorbo y esperó un momento, dejando que la cafeína mejorara el estado en

el que se encontraba su cabeza.

–Alessia –le dijo siempre con la voz ronca–. Anoche… ¿Te hice daño?

–¿En qué sentido? –le preguntó Alessia inclinándose hacia atrás en su silla.

–Físicamente.

–No.

Se sintió profundamente aliviado.

–No sabes cuánto me alegra saberlo.

–Emocionalmente, en cambio, no me fue tan bien –le dijo Alessia.

–¿Por qué?

–Bueno… Para empezar, mi marido se emborrachó en nuestra noche de bodas en vez de venirse a la cama conmigo. ¿A ti qué te parece?

–Siento haber herido tu orgullo –le aseguró–. No era mi intención.

–¿No te habrías sentido tú igual si yo hubiera hecho lo mismo?

–Si lo hubieras hecho, te habría arrancado la botella de la mano. Estás embarazada.

No había tenido apenas tiempo para pararse a reflexionar sobre lo que eso implicaba en sus vidas. Había estado demasiado ocupado organizando su boda para proteger a las dos familias y tratando de mejorar la imagen que habían dado en la prensa internacional.

–Lo sé. De ahí que me esté tomando ahora mismo una infusión –le dijo ella levantando su taza hacia él–. Pero no era eso a lo que me refería.

–Alessia, este no puede ser un matrimonio normal.

–¿Por qué no? –le preguntó ella enderezándose en su asiento.

–Porque no puede serlo. Soy un hombre muy ocupado, viajo mucho… Nunca quise casarme…

–Aun así, no entiendo por qué no podemos tener un matrimonio normal. Hay muchas personas que viajan continuamente por temas de trabajo y están casados.

–Pero no te quiero.

Alessia se sintió como si acabara de abofetearla. Sus palabras fueron tan duras, tan directas… Y sabía que era verdad. No pudo evitar sentir que se le partía el corazón.

–Nadie te lo ha pedido –repuso ella cuando consiguió recuperarse un poco.

–Puede que no, pero sé que es algo que una mujer espera de su

marido.

–No creo que mi padre quisiera a mi madre. Y, si lo hacía, no era el tipo de amor que me gustaría tener a mí. ¿Y tus padres?

–Tampoco había amor. Sé que mi padre llegó a querer a la madre de mi hermanastra Lia, de eso estoy seguro. Pero no creo que amara a la mía. Al menos, no lo suficiente como para no estar con otras mujeres. Y a mi madre siempre se le ha dado muy bien escapar de una realidad tan desagradable abusando de las drogas y el alcohol.

–A lo mejor sus matrimonios fracasaron porque no intentaron…

–Alessia, no sigas –la interrumpió Matteo–. Creo que ya pudiste comprobar anoche que no voy a ganar ningún premio al marido o al padre del año.

–Pero puedes intentarlo, Matteo. No me digas que no puedes o que no es eso lo que quieres –insistió ella–. Trata de mejorar y trabajar por ello. Eso es lo que estoy tratando de hacer yo. Estoy intentando ser más fuerte.

–Es que así es como eres, Alessia –replicó Matteo con frialdad–. Haces las cosas bien porque eso te hace sentir mejor. Y, si tú te sientes bien, piensas que todo está bien en este mundo. Confías plenamente en tus principios.

–Bueno, sí. Supongo que es verdad.

–Yo no confío en los míos. Deseo lo que no debería desear y ya he hecho mías cosas sobre las que no tenía ningún derecho.

–Si te refieres a mi virginidad, vas a acabar con mi infusión en la cabeza –le dijo ella enfadada.

No podía controlarse. Matteo estaba consiguiendo sacar lo peor de ella.

–No me refería a eso, pero es la verdad. Ni tu cuerpo ni tú sois para mí.

–¿Lo dices por Alessandro? ¿Crees que es con él con quien debería estar? –preguntó ella.

–No, no es eso lo que quería decir.

–¡Claro que sí, Matteo! –gritó sin importarle que él tuviera dolor de cabeza–. Eres igual que él. ¿Crees acaso que no soy capaz de tomar mis propias decisiones? Mi cuerpo me pertenece a mí y a nadie más. Ni a ti, ni a mi padre, ni a Alessandro. No te entregué mi virginidad aquella noche, sino que tomé lo que deseaba. Te hice temblar y podría hacerlo de nuevo. No me trates como si fuera frágil ni como si tuvieras que protegerme de mí misma.

Matteo mantuvo la calma mientras ella despotricaba contra él,

incapaz de controlarse. Y esa actitud no hizo sino enfadarla aún más.

–No es de ti de quien trato de protegerte.

–¿No? ¿De quién tratas de protegerme? ¿De ti?

Matteo le dedicó una sonrisa fría y vacía.

–No confío en mí mismo, Alessia, ¿por qué deberías hacerlo tú?

–Bueno, voy a aclararte las cosas para que no te confundas, Matteo. Yo no confío en nadie. El hecho de que me acostara contigo no significa que seas la excepción, sino que te encuentro atractivo.

Sabía que estaba reduciendo al mínimo lo que sentía y no le gustaba hacerlo. Pero era incapaz de detener las palabras. Quería protegerse a sí misma, tenía que evitar que le hiciera daño.

Había perdido al Matteo de sus fantasías y era demasiado duro soportar la realidad. Se había quedado sin ese instrumento de huida, de evasión, que había usado durante años. Se había dado cuenta de que no tenía nada que ver con el ideal que se había construido en la cabeza.

–Me siento halagado –le dijo Matteo tomando otro sorbo de café.

–Entonces, ¿cómo crees que será este matrimonio? –le preguntó ella.

–No quiero hacerte daño.

–Creo que ya es demasiado tarde. Pero ¿qué hacemos a partir de ahora?

–¿Cuándo sales de cuentas?

–El veintidós de noviembre. No fue difícil calcularlo, le dije al médico que sabía la fecha exacta de concepción.

–Me encargaré de que recibas la mejor atención, lo que necesites. Y nos encargaremos de hacerle sitio en la casa.

–Bueno, la verdad es que nuestro hijo debería tener una habitación en su propia casa.

–Estoy intentando hacer las cosas bien –le espetó Matteo con impaciencia–. Es un terreno en el que estoy algo perdido, la verdad. No sé nada de bebés.

–Bueno, yo sí lo sé. Los bebés dan mucho trabajo, pero sé cómo cuidar de ellos. Tenía trece años cuando mi madre murió y mis hermanos se convirtieron entonces en mi responsabilidad. Dan mucho trabajo, pero se les quiere tanto... La verdad es que estoy aterrorizada –le confesó con la voz quebrada.

Sabía que era una confesión horrible, pero estaba siendo sincera. Había criado a cuatro niños y, aunque los quería con

locura, también sabía el costo que habían tenido sobre su propia vida, cuánto se había sacrificado.

E iba a tener que hacerlo todo de nuevo sin haber tenido nunca la oportunidad de encontrarse a sí misma, de ser alguien independiente. Todas sus absurdas fantasías se habían esfumado. Y no tenía ya esperanzas de encontrar el amor verdadero, un hombre que cuidara de ella.

–Y a pesar de todo eso, ¿aún quieres tener este bebé? –le preguntó Matteo.

–Sí, por supuesto. Dan mucho trabajo, pero el amor que sientes por ellos es más fuerte que cualquier otra cosa, más fuerte que el miedo. Como te he dicho, estoy aterrorizada, pero sé que al final el amor va a ganar.

–Bueno, podemos estar aterrorizados juntos –le dijo él.

–¿Tú también tienes miedo?

–Sí, los bebés son tan pequeños y frágiles…

–Te enseñaré cómo sujetarlo en tus brazos.

Sus ojos se encontraron y compartieron un momento de complicidad, pero ella apartó enseguida la mirada.

–¿Qué tal la cabeza?

–Mal. Me siento como si tuviera un pájaro carpintero dentro de ella.

–Es lo que te mereces –le dijo ella.

–Te prometo que voy a tratarte mejor de lo que hice anoche. No sé si puedo prometer nada más, pero eso sí.

Pensó en cómo lo había visto la noche anterior. Había sido un hombre apasionado, necesitado y roto por dentro. Se preguntó si el verdadero Matteo se parecería a ese hombre.

Se esforzaba por mantener una imagen de hombre reflexivo y controlado, pero sabía que era solo una fachada. Ella también sabía lo que era esconderse detrás de una máscara. En su caso, había vivido escondida detrás de una sonrisa vacía. Matteo, en cambio, emanaba seriedad y frialdad por los cuatro costados.

–¿Me vas a ser fiel? –le preguntó ella entonces con un nudo en la garganta.

Matteo miró su taza de café durante unos segundos. Después, se levantó de la mesa.

–Tengo mucho trabajo esta mañana y la cabeza me está matando. Ya hablaremos más tarde.

Se quedó sin aliento al ver que pretendía irse sin terminar esa conversación.

–¿Más tarde? –exclamó fuera de sí.

–Mi cabeza, Alessia.

«Mi corazón, imbécil», se dijo ella.

–Estupendo –dijo con ironía–. Bueno, a lo mejor puedes hacerme un hueco en tu agenda y podamos reunirnos esta noche, por ejemplo.

–Para esta noche ya tenemos planes –le respondió Matteo.

–¡Oh! ¿A qué te refieres?

–Vamos a celebrar nuestro matrimonio de manera muy pública en un evento benéfico.

–¿Qué?

Se sentía demasiado vulnerable en esos momentos como para ir a una fiesta.

–Después de lo que pasó con Alessandro, tenemos que presentar un frente unido. La boda que no llegó a celebrarse se había anunciado a bombo platillo. También fue bastante espectacular cuando anunciaste que estabas embarazada. La gente debe de estar consternada con el espectáculo y ha llegado el momento de mostrar un poco de normalidad.

–Pero no tenemos un matrimonio normal. Eso es lo que acabas de decirme.

–Puede que no, pero los medios de comunicación no tienen por qué saberlo.

–¿Acaso temes lo que digan de ti o ser el protagonista de un escándalo? ¡Eres un Corretti!

–¿Qué quieres que lea nuestro hijo cuando crezca? Porque, gracias a Internet, las noticias no mueren nunca. No quiero que le persiga el escándalo donde quiera que vaya ni que otros niños le tengan que decir nada malo de sus padres. Nosotros no somos criminales, pero no le hemos ofrecido a nuestro hijo el mejor comienzo en esta vida.

–Así que pretendes que vayamos a esta fiesta y finjamos ser felices, ¿no? ¿Crees que así vamos a conseguir que la prensa se olvide de lo que pasó?

–No, pero a lo mejor así logramos que sigan con la línea editorial que han empezado.

–¿A qué te refieres?

Había estado demasiado agobiada esos días para seguir lo que decían de ellos en los medios.

–Cuentan en las revistas que llevábamos tiempo siendo amantes clandestinos y que lo hemos arriesgado todo para poder estar juntos.

La historia no se alejaba tanto de la realidad como creía

Matteo, aunque ella había sido la única que había sabido el riesgo que corría cuando decidió acostarse con él. Lo había arriesgado todo por esa oportunidad.

Y, a pesar de todo, no se arrepentía. Al menos había sido su decisión y su error. Su primer gran error. Había sido para ella algo así como un rito de iniciación.

–Bueno, entonces, supongo que será mejor que me prepare para dar una buena impresión, aunque no sé si voy a tener algo apropiado para la ocasión.

–Por eso no te preocupes, seguro que puedo conseguirte algo –le aseguró Matteo.

Capítulo 7

MATTEO le había prometido que trataría de conseguirle algo que ponerse esa noche y ese «algo» había resultado ser un vestido de noche de Moda Corretti. Era precioso, de una tela dorada muy sedosa que moldeaba cada una de sus curvas, incluso una barriguita incipiente de la que casi no había sido consciente hasta que se había puesto ese ceñido vestido.

Pero no le importaba, no había ninguna razón para ocultar su embarazo. Después de todo, lo había anunciado ella misma para todos los medios. Aun así, no podía evitar estar algo nerviosa al compartirlo en público de esa manera.

Se acarició el vientre, le costaba creer que iba a ser madre. Le daba miedo, pero era emocionante. Había estado tan concentrada tratando de contactar con Matteo y, después, con todo lo que había pasado… No había tenido tiempo para pensar en ese bebé. Tampoco terminaba de creerse que estuviera casada con él.

Alessia se miró en el espejo una vez más. Nunca había estado obsesionada con su aspecto, no era algo que le importara. Era muy alta, pero Matteo hacía que se sintiera pequeña y femenina entre sus brazos.

Y, durante la noche que pasaron juntos, había hecho que se sintiera especialmente bella. La noche anterior, en cambio, había sentido lo contrario, rechazada por su esposo el día de su boda.

Se apartó del espejo y salió de la habitación.

Matteo estaba esperándola en el vestíbulo. Estaba tan guapo con su traje negro que se quedó un segundo sin aliento. A pesar de todo, ese hombre seguía teniendo un fuerte efecto en ella.

–¡Mira qué buen aspecto tienes! –exclamó ella–. Casi pareces civilizado.

–Las apariencias engañan –repuso Matteo mientras le ofrecía el brazo y la acompañaba a la puerta.

Se estaba comportando como todo un caballero.

Entraron en el coche deportivo de Matteo y Alessia esperó a que estuvieran ya de camino para volver a hablar.

–¿Para qué organización o causa es la fiesta de esta noche?

–Para una de mis fundaciones.

–No tenía ni idea…

–¿No decías que me conocías muy bien? –le preguntó Matteo con ironía.

–Supongo que los dos somos una caja de sorpresas para el otro. Es una suerte que vayamos a tener toda una vida juntos para descubrirlas –le dijo ella fríamente.

–Sí.

Recordó entonces la conversación que habían tenido esa mañana en el comedor. Había querido saber si pensaba serle fiel y él había evitado contestarle. Tenía la sensación de que lo estaba haciendo otra vez.

Apretó los labios y decidió no decir nada más. No quería volver a preguntárselo. Después de todo, tenía su orgullo.

–¿A qué se dedica esta fundación?

–A la educación. Trata de recaudar fondos para colegios sicilianos –le explicó Matteo.

–¡Eso es estupendo! Yo no pude ir a la universidad…

–¿Te habría gustado hacerlo?

–No lo sé, a lo mejor no. La verdad es que no tenía ningún sueño concreto sobre lo que quería ser de mayor.

–¿En serio?

–De todos modos, no tenía demasiadas opciones. Lo único que tenía claro era que quería ser madre.

Y también había soñado con casarse, tener a alguien que la quisiera tanto como los hombres de los libros que leía amaban a las protagonistas de los mismos.

Pero había cambiado todos esos sueños por una noche de sexo con un hombre. Aun así, seguía sin arrepentirse de ello.

–Entonces, misión cumplida.

–Sí, claro, Matteo. Como puedes imaginarte, estoy viviendo un sueño –repuso ella con ironía.

–Bueno, bueno. Tampoco hay necesidad de que te pongas así.

–Claro que la hay –replicó enfadada–. No actúes como si debiera darte las gracias por esto.

–No era esa mi intención.

–Por si acaso. Esto no es con lo que soñaba.

Pero tenía que reconocer que se acercaba y eso era casi peor. Se había dado cuenta de que el sueño que había tenido durante años era inalcanzable. Matteo no era como ella lo había imaginado.

–Siento no ser lo que soñabas, *cara* –le dijo Matteo algo molesto.

–Y yo siento no encarnar tampoco tu sueño.

Matteo se quedó callado y siguió conduciendo por las estrechas calles del centro de Palermo. Pocos minutos después, se detuvo frente a un edificio que conocía bien.

–¡Es en tu hotel! –le dijo ella.

–Sí, claro –repuso él antes de salir del coche e ir hasta su puerta para abrírsela–. Ven, querida esposa, tenemos que impresionar a mucha gente esta noche.

Matteo le tendió la mano y ella la aceptó con cierta cautela. Una oleada de electricidad la recorrió en cuanto lo tocó. Se puso de pie y se miraron a los ojos durante un segundo.

–Gracias.

Un miembro del personal del hotel salió a recibirlos y se encargó del coche. Mientras tanto, ella comenzó a subir las escaleras de la entrada. Pero se detuvo a medio camino para esperar a su marido.

Matteo fue a donde estaba ella y Alessia subió un escalón más para poder estar más alta, pero él no parecía dispuesto a dejar que los dos estuvieran a la misma altura y subió al peldaño en el que estaba ella.

–Esta noche tendrás que seguir las reglas, Alessia.

–¿Y si no lo hago? –le preguntó ella.

No sabía por qué le gustaba tanto llevarle la contraria, quizás fuera porque sentía que todo el mundo tenía más poder que ella. O quizás lo estuviera haciendo porque le gustaba jugar con él, lo echaba de menos.

Pero sabía que no era buena idea.

Vio que Matteo sonreía levemente y pensó que quizás él también necesitara esa constante hostilidad entre los dos. Lo que no entendía era por qué Matteo necesitaba comportarse así para mantener las distancias cuando ya le había dejado muy claro lo que sentía.

–Vas a hacerlo, querida esposa –le dijo Matteo tomando su barbilla y acercándose a ella.

Al tenerlo tan cerca, no pudo evitar transportarse a aquella noche. No había podido olvidar el deseo ni la desesperación que había sentido cuando por fin se habían besado ni el momento en el que Matteo cerró la puerta de su habitación de hotel y la presionó contra la pared, devorando sus labios, acariciando cada milímetro de su cuerpo.

–Tienes que dejar de mirarme de esa manera –le dijo Matteo devolviéndola al presente.

–¿Cómo te estoy mirando?

–Como si me tuvieras miedo –respondió él–. A veces me miras como si fuera el mismísimo diablo.
–Es que a veces te comportas como si lo fueras.
–Es cierto. Pero otras veces...
–¿A qué otras veces te refieres?
–Antes no solías mirarme de esa manera.
–¿Cómo te miraba? –le preguntó ella conteniendo el aliento.
–Cuando eras una niña, me mirabas con curiosidad. En el hotel de Nueva York, en cambio, con deseo.
–Tú me mirabas de la misma manera.
–¿Y cómo crees que te miro ahora? –le preguntó Matteo.
–Ahora no lo haces –le susurró ella–. Cuando puedes evitarlo, ni siquiera me diriges la mirada.
Matteo movió la otra mano hasta su mejilla y le acarició con el pulgar los labios.
–Ahora te estoy mirando –le dijo con calor en sus ojos.
–Porque tienes que hacerlo, para que nos vean los invitados.
De repente, una luz los cegó, interrumpiendo ese momento. Los dos miraron en la dirección del fotógrafo, que seguía haciendo fotos.
–¿Entramos? –le preguntó Matteo.
En cuestión de segundos, había vuelto a tomar las riendas y esconderse tras una máscara de frialdad.
Le habría encantado poder decir que ese no era el hombre con el que se había casado, que en realidad no era así, pero empezaba a darse cuenta de que tenía que aceptar la realidad. Había estado convencida de que había visto al hombre que había detrás de la máscara aquella noche en el hotel de Nueva York, cuando usó la violencia para defenderla de los hombres que la habían atacado o cuando la había observado desde la lejanía cuando eran aún muy jóvenes los dos.
Pero solo habían sido pequeños momentos en la vida de Matteo. Por primera vez, se preguntó si se habría equivocado en todo y él no tenía nada que ver con el hombre que había imaginado que era. Se le hizo un nudo en el estómago, pero trató de mantener la calma mientras iban al salón principal del hotel.
Había más fotógrafos dentro, retratando a lo más selecto de la sociedad siciliana. Hizo todo lo posible por mantener una sonrisa en su rostro. Recordó que esa era su tabla de salvación, agarrarse a la felicidad aunque las cosas le fueran mal, sonreír en los eventos a los que tenía que ir para representar a su padre y sonreír para que sus hermanos no se preocuparan.

Pero cada vez le resultaba más difícil hacerlo, le costaba encontrar dentro de ella esa falsa sensación de esperanza que tan buen resultado le había dado durante años para no perder del todo la cabeza. No entendía por qué le costaba tanto, pero se dio cuenta de que la respuesta era sencilla.

Era demasiado difícil esconderse tras una fantasía cuando esa fantasía estaba de pie a su lado y era la causa de la mayor parte de su dolor.

Pero no podía culpar de todo a Matteo. La noche de su despedida de soltera había sido la primera vez que había hecho exactamente lo que quería, sin pensar en las posibles consecuencias.

Matteo pasó casi toda la noche sin dejar de agarrar su cintura y ella no pudo relajarse ni un minuto. Ese ligero contacto mantenía todo su cuerpo en tensión y ardiendo a fuego lento. También tuvo que rechazar el champán que le ofrecían más veces de las que pudo contar. Hasta ese momento, nunca había sido consciente de cuánto alcohol se servía en las fiestas. Le habría encantado poder beber un poco para no tener que ser tan consciente de todo lo que tenía a su alrededor, pero no podía poner en riesgo la salud de su bebé.

Otra consecuencia del embarazo era que aumentaba su percepción de los olores y Matteo olía tan bien... Se acercó un poco más a él. Su aroma le recordaba a algunas especias, mezcladas con el olor de su propia piel. Esos aromas la transportaban a aquella noche en Nueva York. Podía recordar a la perfección el olor de su piel desnuda, empapada en sudor, mientras hacían el amor. Y cómo la había mirado Matteo con sus ojos oscuros…

Pero no era el momento más adecuado para distraerse con esas fantasías sexuales, sabía que no le convenía.

Un fotógrafo se les acercó a los dos.

–¿Me dedican una sonrisa, por favor? –les pidió.

Matteo la atrajo más cerca de su cuerpo y ella puso la mano en su fuerte torso.

Sabía que su sonrisa parecería perfecta y real. Llevaba muchos años asistiendo a fiestas como esa, en las que tenía que mostrar una buena fachada por el bien de la familia Battaglia. Era una experta.

Suponía que Matteo también tendría práctica, pero parecía estar muy tenso y su gesto era poco natural.

–¿No les apetece bailar a los recién casados? –sugirió el

fotógrafo sin dejar de retratarlos.

–Por supuesto –respondió Matteo con una sonrisa más amplia.

Se preguntó si ella sería la única que podía ver que nada de aquello era real.

Pero el fotógrafo parecía satisfecho y algunos invitados se habían girado para mirarlos.

–Ven. Baila conmigo –le pidió su marido.

Lo siguió a la pista de baile donde otras parejas estaban bailando lentamente una melodía de piano.

Era muy distinto al baile que habían compartido en el bar de Nueva York. El salón de baile tenía lámparas de cristal que colgaban del alto techo y suelos de mármol.

Aun así, cuando Matteo la atrajo contra su cuerpo y la sujetó con sus firmes brazos, volvió a sentir que estaban solos, que eran las únicas dos personas en ese salón. Le había pasado lo mismo aquella noche.

–Estas fotos van a quedar fenomenal en las revistas, ¿no crees? –le preguntó Matteo mientras la hacía girar una y otra vez.

–Me imagino que sí –respondió ella–. Por cierto, bailas muy bien. No sé si te lo dije… La última vez.

–No lo hiciste, pero tu boca estaba demasiado ocupada con otras cosas.

No pudo evitar ruborizarse.

–Sí, supongo que sí.

–Mi madre se aseguró de que fuera a clases de baile desde niño. Todo formaba parte de la educación que necesitaba el que iba a reemplazar a Benito Corretti al timón del imperio familiar.

–Pero al final no lo hiciste, no tomaste el timón del imperio de tu padre, ¿no?

–No tal y como esperaban mis padres. Nos repartimos los negocios de mi padre y hemos estado tratando de limpiarlos desde entonces para erradicar los elementos más oscuros e ilegales. Ni mis hermanos ni yo somos delincuentes.

–No sabes cuánto me alegro. Y, para que conste, tampoco Alessandro hace nada ilegal. De otro modo, nunca habría aceptado casarme con él.

–¿Eso crees?

–Sí, por supuesto. Llevo toda mi vida soportando los negocios turbios de mi padre y era muy importante para mí saber con quién me casaba. Al menos tu padre y tu abuelo eran abiertos sobre el hecho de que no seguían las reglas del juego.

–Hay que guardar las apariencias, pero te diré algo. Por muy

bien que bailes o muy elegante que sea tu traje a medida, la violencia es la misma y, cuando golpeas a un hombre en las piernas con un bastón metálico, sus rodillas se rompen y poco le importa a ese tipo lo que lleves puesto. Lo mismo les pasa a las pobres viudas.

Le sorprendieron sus palabras y que se mostrara tan sincero con ella, pero el contenido de las mismas no le afectó tanto como debería. Ya sabía cómo funcionaba el crimen organizado en Sicilia y hasta qué punto su padre estaba implicado en sus tejemanejes.

Antonioni Battaglia era adicto al poder y seguía en su importante puesto político gracias a su amistad con los jefes de la mafia siciliana. Pero la familia Corretti había logrado separarse de ese modo de hacer las cosas.

No le había sorprendido el contenido de sus palabras, sino que se lo dijera. No solía abordar el tema de su familia y, mucho menos, el oscuro pasado de los Corretti.

–Pero tú no eres así –le dijo ella–. Tú no le harías eso a nadie.

–Querida Alessia, ¿cómo puedes ser tan optimista? –repuso Matteo–. No sé cómo te las arreglas.

–Por supervivencia y para protegerme de la realidad –le explicó ella–. Es una manera de sobrellevar lo que me pasa. Sobre todo cuando no tengo ningún tipo de control. Mi madre murió durante el parto y mi padre es un político corrupto, un delincuente. No puedo cambiar ninguna de las dos cosas, pero sí cómo me enfrento a ellas. Decidí un día ser feliz a pesar de todo. Si no lo hubiera hecho, creo que aún seguiría llorando. Y no quiero vivir así.

–¿Por qué no te fuiste de casa? –le preguntó Matteo.

–¿Sin Marco, Giana, Eva y Pietro? No, no podía hacerlo –le dijo ella–. Y tampoco podría haberlo hecho con ellos. No habríamos podido sobrevivir sin dinero y con los secuaces de mi padre siguiéndonos la pista. Si solo se hubiera tratado de mí, me habría ido, pero nunca lo ha sido… Creo que a mi madre le pasó lo mismo. No dejó a mi padre por seguir con sus hijos.

–¿Era una buena madre?

–Muy buena –respondió ella recordando a su hermosa madre de cabello oscuro y sonrisa amable–. Cuando murió, quise dar a mis hermanos todo lo que ella me dio a mí. Soy la mayor, la única que la recordaba bien. Me pareció importante mantener vivo el recuerdo de mi madre y darles el amor que yo había recibido de ella porque sabía que nunca lo conseguirían de mi padre.

–¿Y entonces lo de Nueva York…? –le preguntó Matteo con gesto confuso–. Estabas dispuesta a casarte con Alessandro por el

bien de tus hermanos, ¿por qué te arriesgarte a echarlo todo a perder acostándote conmigo?

Le pareció una buena pregunta, la más importante.

–Contéstame, *cara* –insistió él.

Le pareció ver desesperación en sus ojos mientras hablaba. No podía mentirle.

–¿Has deseado tanto algo, Matteo, que parece estar dentro de ti, en tu sangre? Yo lo deseé durante años. Cuando éramos niños, quería cruzar ese muro que separaba las fincas de nuestras familias y tomar tu mano, correr contigo por el jardín y conseguir que sonrieras. Cuando me hice mayor... Bueno, el caso es que deseaba algo distinto contigo… Fue algo que empezó poco después de que me rescataras. Y no quiero oírte decir de nuevo que te arrepientes de lo que hiciste. Para mí fue muy importante –le confesó ella–. Soñaba con cómo sería darte un beso y más tarde, empecé a fantasear con hacer el amor contigo. Cuando te vi en Nueva York y nos besamos, sentí que lo que estaba pasando era una danza que bailaba por primera vez, pero de la que ya me sabía todos los pasos. No me costó ir más allá, ¿cómo habría podido no hacerlo?

–Soy un hombre, Alessia. Me temo que mi lado de la historia no es tan romántico. Desde que te convertiste en una mujer, he soñado con tener tu piel contra la mía, con besarte y estar dentro de ti. Yo tampoco podría haber evitado que sucediera lo que sucedió aquella noche.

–Me alegra saberlo –le dijo ella mientras una oleada de calor corría por sus venas.

–No entiendo qué es lo que me haces… –susurró Matteo.

–Pensé que te pasaría lo mismo con todas...

–No ha habido tantas mujeres como piensas –le dijo él–. Y tú eres diferente.

Fue como un bálsamo para su alma oír lo que Matteo sentía, saber que ella no había sido una más. Había sido fácil para ella no ser completamente sincera con él y no decirle que estaba prometida porque había dado por hecho que para Matteo no era nada importante y estaría acostumbrado a tener aventuras de una noche. Pero se había dado cuenta de que había sido injusta.

–Bésame –le pidió Matteo entonces.

Lo miró a los ojos. Ya no había una máscara de hielo sobre su rostro. Se había esfumado.

Se acercó a él y lo besó de verdad, con la misma intensidad con la que lo había besado hacía ya tres meses. El beso de la boda solo había sido una pálida sombra de la pasión que habían compartido

esa noche.

Separó los labios y se estremeció cuando sus lenguas se unieron. No le importó saber que no estaban solos. Matteo era su marido y no tenía nada que ocultar, ni siquiera tenía que esconder su deseo.

Sintió que Matteo gruñía de placer. El gutural sonido vibró por todo su cuerpo.

–Ten cuidado, Alessia, o no seré responsable de lo que pase.

–No quiero que seas responsable –le dijo ella besando su cuello.

No pudo evitar morder suavemente la piel de su cuello. Le estaba pasando otra vez lo mismo con Matteo, sentía una pérdida total del control cuando estaba entre sus brazos.

Era como si estuviera poseída por el deseo de tenerlo, de hacerlo suyo. Necesitaba hacerle entender lo que sentía y también entenderlo ella misma.

–No podemos hacer esto aquí –le dijo Matteo.

–Esas palabras me suenan –repuso ella recordando el bar de Nueva York.

–Sí –susurró Matteo apartándose de ella y tomando su mano–. Ven conmigo.

–¿Adónde?

–A algún otro sitio.

Salieron del salón de baile ignorando a los que se acercaban para hablar con ellos. Un fotógrafo los seguía y Matteo maldijo entre dientes, comenzó a andar más deprisa hacia los ascensores.

Apretó el botón y esperaron. Solo tardaron un segundo en abrirse las puertas del ascensor. En cuanto lo hicieron, Matteo entró en el ascensor tirando de ella y la aplastó entre la pared y él, besándola como si le fuera la vida en ello.

Se cerraron las puertas y el ascensor comenzó a moverse, pero apenas era consciente de ello.

–Te necesito –susurró Matteo con voz temblorosa.

–Y yo a ti.

Sentía que se derretía, el deseo y la necesidad la controlaban. Ignoró lo que le decía su sentido común, no había tiempo para pensar. Era Matteo… El hombre al que tanto deseaba, el hombre de sus sueños. Era su caballero de brillante armadura, su príncipe.

Pero era distinto a como lo había imaginado. Había una oscuridad en él, algo que nunca había visto, pero que le gustaba. Necesitaba conocerlo mejor y descubrir cómo era de verdad.

–Es un vestido precioso… –susurró Matteo mientras trazaba con un dedo su profundo escote de pico.

Se quedó sin respiración, esperando lo que iba a hacer después.
–Pero no tanto como tú. Y, ahora mismo, necesito verte.
Matteo le bajó con fuerza la cremallera.
–Ten cuidado o vas a romper la tela –le recordó ella.
–No me importa. Si tengo que hacerlo, te lo arrancaré a la fuerza…
Cayó la parte superior del vestido, dejando al descubierto un sujetador de delicado encaje que apenas cubría sus pechos. Matteo tomó uno de ellos en su mano y comenzó a acariciar el pezón con el pulgar.
–¿Me deseas? –le preguntó él.
–Sí –contestó con un hilo de voz.
–¿Estás húmeda? –le dijo mientras agarraba con la otra mano su cadera.
No podía hablar, se limitó a asentir. Matteo cerró los ojos, su rostro estaba distorsionado por el deseo.
Alessia se desabrochó el sujetador y lo dejó caer al suelo del ascensor. Él la miró, bajó la cabeza y comenzó a lamer sus pechos. Sintió un placer profundo e instantáneo, que se concentró entre sus piernas.
Subió las manos hasta la cabeza de Matteo, jugando con su pelo mientras él seguía besando sus pechos. De repente, fue consciente de que el ascensor seguía subiendo.
–Dale al botón de parada –le dijo ella sin aliento.
–¿Qué? –preguntó Matteo levantando la cabeza.
Tenía las mejillas sonrojadas y estaba despeinado. El corazón le dio un vuelco. Matteo Corretti era el hombre más atractivo del mundo cuando estaba así, fuera de control y dominado por el deseo.
–El ascensor –le aclaró ella.
Matteo dijo algo entre dientes y se dio la vuelta para golpear el botón rojo del panel. Gruñó entonces mientras sacaba el móvil del bolsillo.
–Un segundo.
–¿Qué haces? ¿Te vas a poner a enviar mensajes ahora?
Vio que pulsaba distintos botones en su móvil.
–No exactamente –repuso mientras le mostraba la pantalla del teléfono.
Era un vídeo de ellos dos. Y de sus pechos.
Se quedó sin habla.
–Estaba deshabilitando la cámara de seguridad. Porque no querrás protagonizar una película de este tipo, ¿no?

Tenía que admitir que sentía cierta curiosidad. No le habría importado ver un vídeo de Matteo Corretti haciéndole el amor, pero no quería estar en el vídeo de seguridad del hotel.

–No, claro que no.

–No te preocupes, acabo de eliminar el vídeo de los últimos minutos. Es una de las ventajas de ser un hombre tan controlador y obsesivo como yo. Tengo una aplicación en el teléfono que me permite ver todas las cámaras de seguridad de mis hoteles y controlar esas cámaras como acabo de hacer.

Se quitó rápidamente la chaqueta del traje y la corbata.

–¿Ya habías utilizado este truco antes? –le preguntó ella.

–¿Por qué lo preguntas? ¿Estás celosa?

–Pues sí –reconoció ella sin preocuparse por estar mostrándole todas sus cartas.

Lo deseaba y no podía pensar en nada más.

–No, no lo había hecho nunca.

Matteo la besó de nuevo y se olvidó de inmediato de qué habían estado hablando. Lo olvidó todo menos las sensaciones que le producían sus besos y caricias.

–Más tarde, lo haré mejor –le susurró Matteo mientras besaba su garganta–. Saborearé cada centímetro de ti y me tomaré el tiempo necesario para disfrutar, quitarte la ropa lentamente, mirar estas curvas tan hermosas... Pero ahora no puedo, ahora solo puedo pensar en estar dentro de ti.

Empezó a levantar la larga falda de su vestido.

–Quítate las braguitas –le pidió Matteo.

Ella obedeció con manos temblorosas. Matteo le subió el vestido y se estremeció al sentir una de sus manos en la cadera. La aplastaba entre su cuerpo y la pared del ascensor y se quedó sin aliento cuando Matteo deslizó su otra mano entre los dos para acariciar su clítoris. Sintió unas oleadas de placer que eran cada vez más fuertes e intensas. Se sentía perdida entre sus manos.

–Era verdad –susurró Matteo–. Me deseas.

–Sí… –repuso ella.

–Dímelo.

–Te deseo.

–Di mi nombre.

–Te deseo, Matteo.

Él se separó unos centímetros para quitarse los pantalones y la ropa interior. Solo lo suficiente para liberar su erección y poder hundirse dentro en ella. Fue increíble sentirlo después de tanto tiempo, había olvidado lo imponente que era su miembro y cómo

la llenaba por completo. Dejó caer la cabeza hacia atrás contra la pared del ascensor. El placer que estaba sintiendo era inmenso.

No pudieron hablar más. Solo se oía el sonido de su respiración entrecortada.

Matteo fue moviéndose cada vez con más intensidad y rapidez dentro de ella, agarraba sus caderas con fuerza mientras la sostenía contra la pared.

Bajó entonces la cabeza y capturó uno de sus pezones entre los labios. No pudo ahogar un gemido de placer, pero no le importaba. No se avergonzaba de nada.

Después de todo, era Matteo con quien estaba. El hombre al que siempre había deseado. Lo suficiente como para arriesgarlo todo por primera vez en su vida. El hombre que la había salvado, pero también el hombre que la enfurecía y le hacía daño. El hombre que le hacía sentir cosas que nunca había sentido antes.

Matteo le daba miedo y lograba confundirla.

Pero en esos instantes, estaba elevándola a las cotas más altas del placer. Y ella tenía miedo de caer, no sabía lo que había al otro lado de esa cima, pero tenía claro que algo iba a pasar, que algo iba a cambiar. De eso no tenía ninguna duda.

Y entonces Matteo la miró con sus ojos oscuros y ella lo vio. Lo vio de verdad. No había ninguna máscara, solo el hombre, con toda la necesidad y desesperación que estaba sintiendo.

Él bajó la cabeza y siguió moviéndose dentro de ella hasta llegar a lo más alto, hasta verse perdida en un abismo de placer al que Matteo también la siguió. Pero no tenía miedo.

La sujetaba con sus fuertes brazos. Estaba sudando y respiraba con dificultad, casi podía oír los latidos de su corazón.

Pocos segundos después, Matteo se apartó de ella muy despacio y se pasó la mano por el pelo. Se subió los pantalones y se metió bien la camisa. Recogió su chaqueta y se puso de nuevo la corbata.

Ella se quedó donde estaba, apoyada en la pared y con el vestido desabrochado. Vio que tenía la ropa interior junto a sus pies.

–Vístete –le ordenó Matteo.

–¿Qué?

–Vístete –insistió–. Tenemos que volver a la fiesta.

–¿En serio?

–Claro, se trata de mi fundación. Voy a dar un discurso dentro de un rato –le explicó mientras miraba su reloj de pulsera.

Ella seguía sin poder reaccionar.

–Date la vuelta –le ordenó Matteo con firmeza.

Lo hizo y él le subió los tirantes y la cremallera.

–Mi sujetador…

–No lo necesitas –le dijo Matteo.

–¿Qué voy a hacer con él?

Él abrió la chaqueta y le mostró su bolsillo interior. Alessia se agachó y recogió el sujetador y las braguitas. Le entregó ambas prendas y Matteo se las guardó en el bolsillo.

Después, apretó un botón del ascensor y este comenzó a moverse de nuevo.

Se sentía usada y también muy triste. Estaba enfadada consigo misma, no entendía cómo podía ese hombre tener un efecto tan grande en ella cuando Matteo parecía totalmente imperturbable.

Pensó que quizás hubiera cometido el error de pensar que había más entre ellos de lo que existía en realidad. Sentía que se había equivocado y que lo que acababan de hacer no significaba nada para Matteo. Temía que para él solo fuera sexo y suponía que un hombre como él podía acostarse con quien quisiera y cuando quisiera.

Bajaron en silencio. Pocos segundos después, las puertas se abrieron de nuevo. El fotógrafo todavía seguía en el pasillo, buscando sin duda una buena fotografía de los dos.

Matteo puso el brazo alrededor de su cintura y la condujo por el pasillo con una falsa sonrisa en su rostro. Fueron al salón de baile y ella tuvo la extraña sensación de estar viviéndolo todo por segunda vez, como si acabaran de llegar a la fiesta de esa noche, como si no hubiera pasado nada en el ascensor.

Pero había pasado, de eso estaba segura.

El fotógrafo les hizo una foto y ella ni siquiera se molestó en sonreír.

Capítulo 8

MATTEO no entendía cómo se las había arreglado para levantarse de su mesa y hablar frente a los invitados a la fiesta. Le costaba concentrarse en nada cuando podía ver a Alessia entre la gente, observándolo con su rostro suave y sereno. Pero sus ojos no podían esconder la tormenta que se estaba formando en su interior.

Una tormenta que estaba seguro iba a desencadenarse en cuanto estuvieran solos.

Pero no le importaba. Le resultaba más fácil discutir con ella que tener que hacer frente a la abrumadora necesidad que tenía de llevarla de vuelta al ascensor, donde podría tenerla de nuevo entre sus brazos. Y, pocos minutos después, cuando llegaran a su suite, pensaba dedicarle todo el tiempo del mundo para saborear cada centímetro de su piel.

Preferiría que Alessia le gritara antes que tenerla suspirando su nombre al oído. Porque no sabía qué hacer con ella, qué hacer con ese deseo que lo consumía. No era algo a lo que estuviera acostumbrado y no le parecía normal sentirse así.

Siempre había visto el sexo como otra necesidad básica que tenía que satisfacer de vez en cuando, como comer o respirar. Era cierto que le gustaba unas comidas más que otras, pero no tenía nunca antojos.

Creía en la moderación y en el ejercicio del control en todas las áreas de su vida.

Con Alessia no podía controlarse, pero sabía que iba que tener que aprender a hacerlo.

–Gracias a todos por venir esta noche y por sus generosas donaciones. Me alegra anunciarles que pienso igualar todas las donaciones que la organización ha recibido esta noche y que, gracias a su generosidad, la Fundación Corretti para la Educación tiene fondos suficientes para diversificar su actividad y poder conceder becas universitarias. Siempre he creído que una buena educación puede ayudar a superar cualquier circunstancia, por negativa que sea, y tengo por objetivo que todo el mundo pueda tener esa oportunidad. Gracias de nuevo y disfruten del resto de la noche.

Bajó del escenario sin prestar atención a los aplausos. Apenas podía oír nada, solo el rugido de la sangre en sus oídos, y solo la veía a ella. Por eso se paró con todos los invitados que se acercaban a saludarlo en vez de ir directamente a donde estaba su esposa. Era la manera de distraerse y retrasar un poco más el momento de enfrentarse a Alessia. Antes quería asegurarse de estar en control de la situación.

Sabía que estaba siendo un cobarde, pero no le importaba.

Alessia tampoco trató de acercarse a él, sino que se puso a conversar con otras personas. De vez en cuando, sus ojos se encontraban y él solo podía pensar en las sensuales promesas que había en esa mirada. Sabía que a Alessia no le costaría nada convencerlo para que volviera a dejarse llevar por el deseo, pero sentía que no podía arriesgarse tanto. Cada vez que ella lo tocaba, derribaba otra pieza más de la pared que había construido a su alrededor. Ese muro que necesitaba para mantener el control.

La gente empezó a dispersarse y, poco a poco, fueron acercándose el uno al otro. Su cuerpo parecía consciente de ese hecho y podía sentir cómo le hervía la sangre, cómo el corazón le latía cada vez con más fuerza. No entendía por qué, pero Alessia le hacía reaccionar como un adolescente sin control sobre sus impulsos más básicos.

Y eso le hizo pensar en ese momento de su vida, en lo que había pasado aquel día. Podía sentir aún la rabia que lo había cegado, los dos jóvenes en el suelo, inmóviles y con sangre por todas partes.

Después había llegado la calma. Recordaba perfectamente haber mirado a Alessia y el terror que había visto en sus ojos. La abrazó y dejó que llorara contra su torso. Sabía que nunca iba a poder perdonarse haberla hecho llorar de esa manera. Entendía que estuviera horrorizada. Creía que una niña de catorce años nunca debería haber visto lo que Alessia había visto.

No había olvidado nada de aquella tarde, como las manchas de sangre que había dejado en su cara.

Siempre trataba de evitar esos recuerdos, pero era algo que recordaba a menudo cuando miraba a Alessia.

Cada vez estaban más cerca el uno del otro, hasta que el grupo de personas se hizo más pequeño y se encontraron de repente hablando con la misma gente. Ya no tenía ninguna excusa para no acercarla a su lado y rodear su cintura con el brazo. Y eso fue lo que hizo.

El cuerpo de Alessia estaba en tensión, pero sonreía

relajadamente, como si no tuviera ninguna preocupación. Sabía que era todo una mentira. Después de muchos años, se daba cuenta de que su sonrisa no era siempre de verdad. Había dado por hecho que lo era, pero ya no estaba tan seguro.

Pocos minutos después, se despidieron los últimos invitados y solo quedaron ellos dos, de pie en un salón de baile vacío. Miró a su alrededor, era enorme. Ese hotel era solo suyo, no formaba parte del imperio familiar y le llenaba de orgullo haber podido comprarlo. Tenía hoteles por todo el mundo, pero ese de Sicilia era del que estaba más satisfecho.

Sacó el teléfono y marcó un número.

–Retrasad la limpieza hasta nuevo aviso, voy a necesitar el salón de baile para uso personal.

Alessia lo miró con extrañeza.

–¿Para qué necesitas el salón de baile?

–Para hacer lo que quiera –repuso él encogiéndose de hombros–. Después de todo, este es mi hotel.

–Sí y tú eres el tipo de hombre al que le enorgullece presumir de todo lo que posee, ¿verdad?

–Bueno, ¿por qué no iba a hacerlo? –le preguntó aflojándose la corbata–. Es algo que me viene de familia. Me voy de viaje unas semanas y mi primo trata de hacerse con el control de uno de mis hoteles mientras mi hermano pequeño consigue trepar hasta la dirección general de Moda Corretti. En mi familia, el poder y la propiedad lo son todo. Y si tienes que apuñalar a alguien para conseguirlo, lo haces.

–Bueno, hablas metafóricamente de apuñalar a alguien, ¿no? –le preguntó ella.

Parecía algo nerviosa e inquieta y no le gustaba verla así. Odiaba la posibilidad de estar haciéndole daño de alguna manera.

–O literalmente. Ya te dije que mi familia tiene un pasado muy negro.

–Pero también me dijiste que ni tus hermanos ni tú sois delincuentes.

–Y es verdad, al menos no nos han condenado nunca.

–¿Por qué dices eso?

–¿Por qué me lo preguntas tú? ¿Crees que lo que hice aquel día cerca de los jardines de tu padre fue legal?

–Pero me salvaste, Matteo. Me habrían violado –le dijo ella.

Lo recordaba con claridad, pero de manera muy distinta a ella.

Alessia había estado apoyada en un árbol. Los dos hombres la empujaron contra el árbol mientras la tocaban y se burlaban de

ella. Habían conseguido desgarrarle la blusa y empezaban a subirle la falda. Supo entonces lo que pensaban hacer. No podía soportar que le hicieran eso a su ángel.

La ira lo había cegado por completo. Cada vez que pensaba en ello, sentía una terrible angustia en su interior. No se había detenido cuando consiguió apartarlos de Alessia ni cuando dejaron de pelear.

No se detuvo hasta que Alessia le tocó la espalda. Y se giró entonces hacia ella con una piedra en la mano, dispuesto a terminar lo que había empezado. No podía soportar la idea de que le hicieran lo mismo a otra mujer. Pero, sobre todo, no quería volver a verlos cerca de Alessia.

Ella lo había mirado entonces a los ojos y había visto su miedo y las lágrimas. Eso fue lo que hizo que bajara la mano y tirara la piedra al suelo.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que había hecho y de lo que había estado a punto de hacer.

Entendió en ese momento hasta dónde podía llegar si no controlaba sus emociones.

–Hice mucho más que salvarte –le dijo–. Mucho más.

–Hiciste lo que tenías que hacer.

–Lo dices como si hubiera sido decisión mía, pero no fue así. Me limité a reaccionar, la ira me cegaba. Si no hubieras estado allí, no habría terminado hasta matarlos.

–Eso no lo sabes.

–Ese es el problema, Alessia, que sí lo sé. Sé qué iba a hacer a continuación y los habría matado.

–Me gustaría que pudieras ver lo que vi yo –le dijo ella.

–Y yo deseo más que nada que no hubieras tenido que ver nada –repuso él.

–¡Pasé tanto miedo, Matteo! Pensé que iban a salirse con la suya y que nadie me oiría gritar, que nadie podría detenerlos. Pensé que iban a hacerlo. Pero entonces apareciste y los detuviste. ¿Tienes idea de lo que eso significó para mí? ¿Sabes lo que detuviste?

–Sí, lo sé.

–Entonces, ¿por qué te arrepientes?

–No me arrepiento, no es eso.

No podía dejar de pensar en su padre, en la fría calma con la que solía castigar a sus deudores. Pero peor aún era recordar su cara cuando algo le sacaba de sus casillas. Se convertía en alguien volátil, alguien que perdía por completo la cabeza. Así se había

sentido él aquella tarde.

–Para mí, fuiste un héroe. Eso es todo –le dijo ella con suavidad.

Sus palabras lo golpearon con fuerza y, por un momento, se quedó sin respiración.

–Es mucho más complicado…

–Para mí no lo fue. Para la niña a la rescataste, fuiste un héroe. Sentí que por fin se cumplía uno de mis sueños, que aparecías justo cuando más te necesitaba. ¿Cómo es que no lo entiendes?

–A lo mejor, ese es el problema que tenemos ahora. Me ves como un sueño, una fantasía que tenías, y yo no soy ese hombre. No soy tu héroe.

–Fuiste mi héroe ese día. Y nada va a cambiar eso.

De repente, sintió que se quedaba sin aliento.

–¿Fue eso lo que te llevó a acostarte conmigo esa noche?

–Sí –reconoció Alessia.

Maldijo entre dientes, no podía creerlo.

–Así que ese fue tu agradecimiento, ¿no?

–¡No! –exclamó ella–. No es eso. No…

–¿Entonces qué es lo que pensaste, Alessia? ¿Yo representaba tu fantasía? ¿Tu príncipe azul?

Vio que se sonrojaba y después, apartó la mirada.

–¡Dios mío! ¿Es eso? Imagino lo decepcionada que debiste sentirte. Creo que te habría ido mejor con Alessandro.

–Pero yo no quería estar con Alessandro.

–Solo porque te mentiste a ti misma sobre el tipo de hombre que soy yo.

–¿Cómo eres entonces, Matteo? –le preguntó Alessia–. Eres mi marido. Creo que debería saberlo.

–¿No habíamos hablado ya de eso?

–Sí, tú te limitaste a contarme la información que cualquiera puede encontrar en Internet sobre ti. Los dos nos dijimos cosas que ya sabíamos el uno del otro.

–Pero, ¿por qué es tan importante que nos conozcamos?

–Porque creo que deberíamos hacerlo. Estamos casados.

–Bueno, en realidad no.

–Hace una hora me tenías en el ascensor entre tu cuerpo y la pared. ¿Crees que eso no es real?

–Eso solo fue sexo, Alessia. Y es estupendo, salvaje y explosivo. Pero no puede durar, no tiene futuro ni tiene por qué tenerlo.

–¿Y eso lo sabes porque tienes a menudo relaciones sexuales espontáneas y explosivas con desconocidas?

–No.

–Entonces, ¿cómo lo sabes?

–Porque estábamos fuera de control, ninguno de los dos estaba pensando –repuso él–. ¡Estuvimos a punto de dejar que nos grabaran las cámaras de seguridad o a que se abrieran las puertas del ascensor en cualquier momento! Cuando se trata de sexo, ninguno de los dos piensa con claridad.

–Creo que tu problema es que piensas demasiado.

–Y tal vez tú no pienses lo suficiente. Te limitas a sentir y mira lo que ha pasado.

Alessia lo fulminó con la mirada.

–¡No te atrevas a culparme a mí por lo que ha pasado! No estamos así porque yo me haya comportado como una niña con sentimientos infantiles. Puede que me hiciera una idea equivocada de cómo eras en realidad, pero si quise acostarme contigo en Nueva York no fue por la fantasía que había creado en mi cabeza, sino por los motivos por los que una mujer desea a un hombre. No quería corazones ni flores, quería sexo. Y eso fue lo que me diste. No me dominaron mis sentimientos, sino mi cuerpo –le dijo ella con frialdad–. Y estuvo muy bien.

–Sí, lástima que el precio que hubiera pagar fuera tan alto.

–Lo fue, ¿verdad?

Alessia se quedó mirando a Matteo. A veces casi sentía que lo odiaba. No entendía por qué parecía empeñado en pelear con ella.

Por otro lado, seguía enfadada con él por no ser como había pensado que era. Sabía que no era justo, pero nunca había tenido a nadie en su vida que estuviera a su lado para apoyarla.

Aquella tarde, cuando Matteo apareció en el momento más oportuno, sintió que por fin tenía a alguien.

Había crecido con un padre que mentía y robaba continuamente y había perdido demasiado pronto a su madre.

No había tenido a nadie más.

–¿Entiendes cómo ha sido mi existencia? ¿Hasta qué punto no he podido tomar ninguna decisión sobre mi propia vida? –le preguntó ella–. Porque no creo que lo sepas. He sido una madre para mis hermanos. No me arrepiento de ello, alguien tenía que hacerlo, pero no pude ir al colegio, me tuve que quedar en casa mientras otras chicas se iban a la universidad y vivían por su cuenta. Tuve que ir a todos los eventos a los que mi padre quería que fuera y organicé decenas de fiestas. Hasta tenía que ponerme

los vestidos que él consideraba apropiados. Aquella tarde en la carretera, esos dos hombres estuvieron a punto de arrebatarme la oportunidad de tomar otra decisión. Trataron de decidir cómo iba a perder la virginidad, a la fuerza y con violencia y dolor. Trataron de robarme algo más que esa primera vez, también podrían haberme arrebatado para siempre mi manera de verme a mí misma, el sexo o a los hombres. Pero tú los detuviste –continuó ella con la voz llena de emoción–. Así que siento que no quieras ser mi héroe, pero lo fuiste. Gracias a ti, pude aferrarme a lo que me quedaba de inocencia. Sé lo dura que puede ser la vida, pero no necesito que me pase todo a mí. Y casi me pasa…

Se apartó de él, tratando de recobrar el aliento.

–Cuando mi padre me dijo que tenía que casarme con Alessandro, me di cuenta de que iban a seguir tomando decisiones por mí. Mi amiga Carolina me dijo que me organizaría una fiesta de despedida de soltera y, por una vez, mi padre no me negó lo que le pedí. No sabía que ibas a estar allí –le dijo–. Cuando Carolina sugirió que fuéramos al bar de tu hotel, pensé que quizás te encontrara y allí estabas. Fue la primera vez que se me presentó la oportunidad de tomar una decisión por mí misma. Así que no me pidas que me arrepienta.

–Nunca te pediría algo así porque tampoco me arrepiento yo –le confesó Matteo sin dejar entrever cómo se sentía–. Cuando me di cuenta de que era tu primera vez... No sabes cuánto me gustó. A lo mejor no debería haberme importado, pero me gustó mucho. Y aún me alegro de que fuera yo el primero.

–Yo también me alegro –le dijo ella en un susurro.

Sabía que a los dos les costaba ser tan sinceros. Era un paso muy grande.

Sus ojos se encontraron. La mirada de Matteo era tan triste, parecía haber tanta necesidad en esos ojos… Deseaba más que nada llenar esa mirada de otras cosas, llegar a entender a ese hombre.

Le entraron ganas de ir hacia él y tocarlo. Quería pedirle que la tumbara sobre el mármol frío de la pista de baile y le hiciera el amor allí mismo. Pero recordó entonces la pregunta que él no le había contestado aún. Llevaba días esperando la respuesta.

–¿Vas a serme fiel? –le preguntó de nuevo.

Él se pasó los dedos por el pelo.

–¿Por qué me sigues preguntando eso?

–Porque es una pregunta simple y me merezco una respuesta. No voy a volver a acostarme contigo hasta que me prometas que

soy la única mujer en tu vida.

–No te puedo amar –respondió Matteo.

Se dio cuenta de que sus palabras habían cambiado. La primera vez le había dicho que no la amaba y esa vez, que no podía hacerlo. Era muy sutil, pero creía que era importante.

–No te estoy pidiendo que me ames, solo que no te acuestes con otras mujeres.

–Para responder a esa pregunta, tendría que saber qué tipo de relación vamos a tener y aún no lo sé. Ya te dije que no vamos a tener un matrimonio normal.

–¿Por qué?

Sabía que no debía preguntárselo, pero no podía evitarlo, no podía ocultar el dolor que la desgarraba por dentro.

–Porque no puedo ser un marido para ti. No puedo. No te voy a amar. Yo no… No puedo dar lo que se supone que tiene que dar un marido. No sabría ni por dónde empezar. Tengo muchas responsabilidades, mis hoteles y muchos problemas con mi familia. No tengo tiempo para esto. Si quieres que sea tu marido solo vas a poder contar conmigo en la cama, en ninguna otra parte. Y no creo que ninguno de los dos quiera algo así.

–Pero eres mi marido. No importa si quieres serlo o no. Eres mi marido y el padre de mi bebé.

–Y el bebé tendrá la protección de mi apellido y la seguridad de que sus padres estén casados. Voy a poder llevar a cabo la remodelación de la zona portuaria con el apoyo de tu padre gracias a este matrimonio y tus hermanos estarán bien atendidos. Voy a mandarlos a todos al colegio y a la universidad, creo que no te lo había dicho.

Se le hizo un nudo en la garganta.

–No, no lo habías hecho.

–El caso es que, independientemente de lo que suceda entre nosotros, este matrimonio era una necesidad y hay decisiones que tomar.

Se había imaginado que no iba a poder tomar ninguna decisión, pero acababa de darle la oportunidad de tomar decisiones. Pocas veces se había visto en esa situación. En realidad, lo único que quería era que Matteo deseara estar casado con ella. Seguía persiguiendo una fantasía en vez de enfrentarse a la realidad, pero no podía evitarlo.

–Entonces, si yo no quiero que esto sea un matrimonio normal y tú no puedes comprometerte a serme fiel, ¿significa eso que yo también puedo tener otros amantes?

Notó que Matteo apretaba la mandíbula y los puños.

–Por supuesto –le dijo pocos segundos después–. Pero tendremos que ser discretos, por supuesto.

–Sí, será mejor que nos escondamos de las cámaras de seguridad del ascensor, ¿no?

–Eso no va a volver a suceder –le aseguró Matteo con firmeza.

–¿No?

–No, fue imperdonable que perdiera el control como lo hice, lo siento.

–Últimamente te pasa mucho.

Lo dijo para provocarlo. Mientras discutían, le costaba menos sobrellevar su situación. Porque le dolía demasiado. Matteo no parecía consciente del daño que le hacía.

–Sí, es verdad –le dijo–. Parece que siempre me pasa contigo.

–No sé cómo eres en otras áreas de su vida. Solo sé cómo eres conmigo.

–Pues es una pena porque normalmente soy mucho más agradable, te lo aseguro.

–Entonces, por alguna razón, yo hago que te portes mal –le dijo ella.

Matteo se rio entre dientes, pero lo hizo sin humor.

–Algo así. Bueno, tenemos que volver a casa.

Ella asintió con la cabeza.

–Sí, supongo que sí.

Estaban en una sala de baile vacía y le daba pena irse sin compartir un momento romántico con él en ese lugar tan mágico. Podrían haber bailado ellos solos o subir a la suite de Matteo para hacer el amor, pero no iba a pasar. Debía olvidar la fantasía y enfrentarse de una vez a la realidad.

Matteo sacó el teléfono y avisó para que fueran los servicios de limpieza al salón.

Ella tragó saliva al oírlo. Sentía que habían perdido una gran oportunidad.

–Vamos –le dijo Matteo.

Ya no había prensa ni nadie observándolos, así que él no la tocó. Se dio la vuelta y fue hacia la puerta sin esperarla. A Alessia se le cayó el alma a los pies.

Creía que Matteo no sabía lo que quería. Y ella, tampoco.

Bueno, en realidad sí lo sabía. Pero para conseguir lo que quería iba a tener que tratar con ese Matteo, no con el de sus fantasías, y él iba tener que ceder también en parte y aprender a relajarse.

No sabía si iban a ser capaces de hacer lo que había que hacer y arreglar la complicada situación en la que se encontraban y ni siquiera estaba segura de que Matteo quisiera hacerlo.

Capítulo 9

MATTEO tenía la tentación de volver a beber y no le gustaban las tentaciones. Odiaba sentirse así y sabía que era algo por lo que no había tenido que preocuparse antes de que Alessia volviera a entrar en su vida.

En realidad, la primera tentación la había tenido él cuando decidió de pequeño romper las reglas y ver cómo eran de verdad los Battaglia. Fue así como empezó a trepar el muro para mirarlos.

Desde entonces, cada tentación y cada fracaso habían tenido algo que ver con Alessia.

Algunos días no entendía siquiera por qué se empeñaba en mantener las distancias con ella. La otra opción era arder en llamas en sus brazos y le parecía mucho más agradable tenerla a ella en la cabeza cuando pensaba en llamas que en el incendio en el que había muerto su padre.

A veces pensaba que le iría mejor si se dejaba llevar, aunque acabara en el infierno, pero entonces se acordaba del bebé y volvía a centrarse.

En realidad, no había tenido apenas tiempo para pensar en esa criatura. Estaba demasiado ocupado con los problemas que estaban teniendo las Empresas Corretti. Quería arrebatarle las riendas a Angelo y quitar a Luca del puesto directivo que ocupaba. Estaba seguro de que habría mentido a alguien para llegar hasta allí.

Pero no podía concentrarse en asuntos tan importantes cuando en su mente solo había sitio para una mujer de pelo oscuro que lo tenía hechizado.

Ella había sido la culpable de que desapareciera durante semanas y se escondiera en la casa que poseía en Alemania, una de la que nadie sabía nada. Estando allí, no había respondido a las llamadas ni contestado los correos electrónicos. Sentía que Alessia era la culpable de que no se hubiera enterado de lo que estaba pasando en la empresa familiar.

Tenía que conseguir hacerse con las riendas de la situación y no tenía ni idea de cómo hacerlo. No cuando se sentía como si se estuviera desmoronando desde dentro hacia afuera. Sabía cómo lidiar con los negocios y todo lo relacionado con los Corretti, pero

eso no era lo que más le importaba en esos momentos.

Ni siquiera quería pensar en el bebé, pero tenía que hacerlo. No sabía qué hacer con Alessia, que seguía durmiendo en la habitación de invitados del *palazzo*.

Sabía que algo tenía que hacer, pero, por primera vez en su vida, se sentía perdido.

Dejó el vaso de whisky sobre la barra del salón y salió al pasillo. Respiró profundamente, necesitaba despejar la cabeza. Sabía que el alcohol no era la respuesta, no podía perder el control de nuevo.

Se dio la vuelta y fue a la ventana que daba al patio.

La luz de la luna iluminaba la hierba. Se quedó mirando las sombras del jardín y vio entonces su melena, salvaje y rizada, iluminada por la luna. Llevaba un camisón largo y amplio. Era ligero y la luz lo penetraba dibujando el contorno de su cuerpo mientras ella giraba lentamente.

Era un ángel.

Sin pensar en lo que hacía, bajó las escaleras y fue hacia el patio, tenía que ir hasta donde estaba la mujer que despertaba algo tan profundo en su alma, algo de lo que no había sido consciente hasta que Alessia entró en su vida.

Abrió la puerta trasera y salió a la terraza. Se inclinó y miró desde allí la belleza que tenía delante.

Alessia.

Había conseguido hechizarlo, no podía pensar en nada más y temía no poder librarse nunca de su influencia. Además, sabía que iban a tener siempre una conexión. Se habían casado y era la madre de su hijo.

Se le pasó por la cabeza enviarla a vivir al *palazzo* de su madre. Creía que quizás su madre disfrutara cuidando de su nieto. Pero se dio cuenta de que era una mala idea. Un nieto solo iba a conseguir que su madre se sintiera vieja. Además, tampoco sabía si sería capaz de enviar a su hijo a vivir a otro lugar.

Pero se le pasaba por la cabeza porque, en realidad, no sabía nada de niños ni de amor.

Había tenido muy mala relación con su padre y le preocupaba el vínculo que fuera a tener con su hijo.

Pero prefería no pensar en sus padres. Bajó los escalones hasta la hierba. Estaba descalzo y se dio cuenta entonces de que nunca había salido de casa sin sus zapatos. Fue consciente de ello cuando sintió la hierba bajo sus pies.

Alessia se volvió bruscamente hacia él.

–¡Matteo!
–¿Qué estás haciendo aquí?
–Necesitaba un poco de aire.
–Siempre te gusta estar al aire libre, ¿verdad?
Alessia asintió con la cabeza.
–Sí, siempre me gustó salir de casa y dar largos paseos bajo el sol, estar lejos de aquella casa...
–Solías salir a andar tú sola a menudo, ¿verdad?
–Sí. Todavía lo hago.
–¿Incluso después del ataque? –le preguntó él sin pensar.
–Sí, incluso entonces.
–¿Cómo lo haces? ¿Cómo pudiste seguir como si nada hubiera cambiado?
–La vida es dura, Matteo. A veces se muere la gente que más queremos o no nos quieren las personas que deberían querernos. Así que siempre he tratado de ver la parte buena de la vida porque no me ha quedado más remedio. Podía quedarme en casa lamentando lo que me pasó o seguir viviendo mi vida y ayudando a mis hermanos. No voy a dejar de vivir solo porque un par de hombres horribles me atacaron.
–¿Es así de fácil?
–No, no es fácil, pero tengo que encontrar una manera de vivir mi vida. Es mi vida. Es la única que tengo y tengo que aprender a amar lo que tengo.
–¿Y lo haces? –le preguntó él–. ¿Estás satisfecha con tu vida?
–No –repuso ella negando con la cabeza–. Pero al menos no soy infeliz todo el tiempo. Y eso es algo.
–Y ¿qué pasa ahora con esta situación? –le preguntó él.
–¿Eres feliz tú? –le dijo Alessia a modo de respuesta.
–La felicidad nunca ha sido una de mis metas principales. Ni siquiera he pensado en ello.
–Pero todo el mundo quiere ser feliz –protestó ella.
Matteo se metió las manos en los bolsillos y suspiró.
–Solo quiero hacer de mi familia algo distinto. No quiero que sea un clan que amenace y aterrorice a los habitantes de Palermo. A parte de ese objetivo, no creo que importe nada más.
–Claro que sí, Matteo. Tu felicidad importa.
–No he sido infeliz –repuso él con poco convencimiento–. ¿Y tú, Alessia?
–Tomé una decisión que me ha colocado en una situación bastante incómoda. Fue mi primer gran error. Y no, no soy del todo feliz, pero tampoco me arrepiento.

–Me alegra que no te arrepientas de mí –murmuró él.

–¿Te arrepientes tú de mí?

–Debería hacerlo. Lo que menos me gusta es perder el control, pero no me arrepiento.

–¿Y lo de esta noche en el ascensor? ¿Por qué te apartaste después de mí como lo hiciste? Fuiste tan frío…

–Porque no sé qué hacer con esto –le confesó él.

–Bueno, no tenemos por qué saber qué es exactamente lo que estamos haciendo, ¿no?

–Sí, Alessia. Tenemos que saberlo porque no se trata de una aventura de una noche. Eres mi esposa y vamos a tener un hijo.

Y también por la forma en que Alessia hacía que se sintiera, por cómo lo desafiaba. Pero no quería contarle demasiado. Su sinceridad tenía límites y era una verdad que no le gustaba admitir.

–Entonces, te vas a conformar con seguir como estamos, sin intentar nada más. ¿Vamos a pasarnos el resto de nuestras vidas discutiendo?

–Creo que es mejor eso que arriesgarme a hacerte daño –le dijo él.

–Ya me lo has hecho –contestó Alessia–. Te niegas a prometerme fidelidad y no quieres admitir que me deseas, a pesar de que, en cuanto nos tocamos, los dos ardemos en llamas. Sabes que no tengo mucha experiencia con los hombres, pero sé que esto no es normal. Sé que la gente no suele sentirse así.

–Por eso es exactamente por lo que tenemos que tener cuidado.

–Y lo tendremos. Pero estamos casados y creo que deberíamos intentar que este matrimonio funcione por el bien de nuestro hijo y de nuestras familias. Y creo que nos merecemos ser felices.

–Alessia...

–Vayamos poco a poco, Matteo –le dijo Alessia dando un paso hacia él.

Agarró su brazo y tiró de ella contra su torso. El corazón le latía con fuerza.

–No te puedo amar –le dijo él.

–Eso me dices una y otra vez.

–Porque tienes que entenderlo. Lo que podemos compartir tiene un límite. Puedo tenerte en mi cama, pero nada más. Esto no lo elegí yo.

–No, supongo que no me elegiste… –repuso Alessia con tristeza.

Le dolió verla así. Era cierto que no se habría casado con ella si

no hubiera sentido que estaba obligado a hacerlo. Pero eso no quería decir que no la deseara. Creía que, si no pertenecieran a las familias a las que pertenecían y él no fuera Matteo Corretti, la habría elegido siempre a ella, entre todas las mujeres del mundo, una y otra vez.

Pero no podía olvidar quiénes eran ni podía hacer que el pedazo de hielo que tenía por corazón fuera distinto.

Creía que Alessia no tenía ni idea de cómo era en realidad, de lo que podía llegar a hacer si perdía el control. No había ningún héroe debajo de su armadura. Solo violencia, muerte, ira y una gran capacidad para imponer su voluntad y destruir a los que se interpusieran en su camino.

Entre una vida sin sentimientos o su verdadero y oscuro ser, prefería esa vida entumecida y solitaria.

–No, es verdad –reconoció él.

Alessia levantó con orgullo la cara hacia él.

–¿Y así es como quieres empezar? ¿Recordándome que no fue elección tuya estar conmigo?

–No quiero hacerte daño ni negar que te desee, pero el caso es que nunca te habría atado a mí si no hubiéramos tenido que hacerlo. Y esto no es un comentario negativo hacia ti, sino hacia mí y lo poco que puedo dar. Hay razones por las que nunca quise casarme. Yo sé cómo soy, Alessia. No me conoces.

–Entonces, deja que te conozca –le pidió Alessia–. Muéstrame cómo eres.

Sabía que lo decía en serio, pero Alessia no sabía lo que le estaba pidiendo. Le había dejado atisbar brevemente el monstruo que acechaba bajo su piel, pero ella no sabía ni la mitad de lo que era capaz de hacer. No sabía cómo lo había entrenado su padre.

Él mismo lo había descubierto hacía siete años, durante el incendio en el que murieron Benito y Carlo.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que era igual que su padre.

Solo tenía una manera de derretir el hielo de su corazón, pero era demasiado arriesgado. Había una línea muy fina que evitaba que perdiera el control por completo.

–Sé lo que quiero mostrarte –susurró dando un paso hacia ella y poniendo una mano en su mejilla.

Sintió su calor. Alessia estaba llena de vida y sentía que se lo transmitía.

Sabía que si la besaba en ese instante estaba tomando la decisión de arrastrarla hacia la oscuridad con él, que solo iba a

tomar lo que quería y utilizarla para sus propios fines.

O podía apartarse de ella y hacer lo correcto.

Quería protegerla, proteger a su hijo, darles su apellido, una casa, dinero. Todo lo que precisaran.

Sabía que Alessia no lo necesitaba en su cama, que no debía utilizarla para calentar su frío corazón.

Se enfrentaba a un paseo por la cuerda floja. Debía controlar su deseo para que no se convirtiera en nada más. Si quería estar con Alessia, no tenía otra opción.

Le resultaba fácil con ella centrarse en su cuerpo, en cuánto la deseaba. Alessia le hacía arder como ninguna otra mujer. Con ella, sin embargo, siempre había algo más.

Pero no podía pensar en eso, tenía que concentrarse solo en su cuerpo, en la necesidad que tenía de ella. Eso podía aceptarlo, pero solo eso.

Sabía que la estaba condenando a una vida con un hombre que nunca iba a amarla, pero era demasiado tarde para echarse atrás.

Inclinó la cabeza y la besó. No fue un beso apasionado, solo una prueba. Quería saber si podía tocarla sin perder por completo la cabeza.

Sus labios eran tan suaves y dulces… Y Alessia estaba tan llena de vida. Se sentía como si ella pudiera meter una mano dentro de él y encender una luz en su interior que iluminaba hasta los rincones más oscuros.

«No, no puedo permitirlo. Solo es sexo, no puede ser nada más…», se dijo con desesperación.

–Solo yo –le dijo Alessia cuando se apartó de ella.

–¿Qué?

–Puedes tenerme solo a mí o a todas las mujeres con las que desees estar, pero, antes de que me beses otra vez, tienes que tomar esa decisión.

Aún tenía el sabor de su piel en los labios.

–Solo a ti.

Después de todo, la respuesta era muy fácil.

Alessia tomó su cara entre las manos, se puso de puntillas y lo besó.

Ese sí fue un beso de verdad, lleno de la necesidad y la pasión que sentían los dos. La abrazó contra su cuerpo y disfrutó con cada una de sus curvas. No se cansaba de acariciar su cuerpo, sus deliciosas y femeninas curvas. Era perfecta.

Ella lo besó en la mandíbula con sus suaves labios y se estremeció.

Alessia conseguía que la deseara más y más cada vez, ponía a prueba su paciencia. Siempre había sido un amante generoso, el tipo de amante que siempre se aseguraba de que su pareja sintiera placer antes de dejarse llevar por sus necesidades. Hasta ese momento, lo había hecho así porque había podido controlarse incluso en la cama, pero con Alessia le resultaba imposible.

Con ella tenía la tentación de perderse por completo, de entregarse a ella y no pensar en nada más.

Alessia.

La deseaba como nunca había deseado a nadie.

Deslizó las manos sobre el corpiño de su camisón y las colocó sobre sus pechos. La tela era tan fina que podía sentirlos como si estuviera desnuda. Bajó la cabeza y rodeó uno de sus pezones con la lengua, apretándolo después entre sus labios. Pero no era suficiente. Necesitaba saborearla.

Repetía una y otra vez su nombre en la cabeza, al ritmo de los latidos de su corazón. La necesitaba como el respirar.

Agarró los tirantes de su camisón y tiró con fuerza de ellos, rompiendo la parte de arriba de la prenda y dejando su torso al descubierto.

Acarició lentamente su piel desnuda. Después, bajó de nuevo la cabeza para saborearla.

Se dejó caer de rodillas en la hierba, tomó la tela entre sus manos y tiró de ella con fuerza, desgarrando la prenda.

–Me gustaba este camisón… –susurró Alessia.

–Era bonito –repuso él besando su estómago–. Pero no tanto como tú.

–Podrías haberme pedido que me lo quitara.

–No tenía tiempo –le dijo mientras trazaba con el dedo una línea desde el ombligo hasta el borde de sus braguitas–. Tenía que saborearte….

Alessia no pudo ahogar una exclamación al oírlo.

–Cada centímetro de tu piel –prosiguió él bajándole la ropa interior y deshaciéndose después de la breve prenda.

La besó en el hueso de la cadera y Alessia se estremeció.

–Creo que deberías tumbarte, *cara*.

–¿Por qué?

–Para saborearte mejor, *cara mia*.

–¿No puedes hacerlo desde donde estás? –le preguntó Alessia.

–No de la manera que quiero hacerlo.

Alessia le obedeció con movimientos algo nerviosos. Recordó entonces la poca experiencia que tenía y se sintió algo culpable,

pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Demasiado tarde para detenerse.

Puso una mano en su muslo y le separó las piernas suavemente. La acarició con sus dedos y se estremeció al sentir lo húmeda que estaba.

–Sí –gimió él sin poder contenerse.

Su propio cuerpo temblaba de necesidad.

Bajó la cabeza para disfrutar de su dulzura, para seguir acariciándola con la boca de la manera más íntima, para tratar de saciar así la necesidad que sentía por ella. Un deseo que parecía fluir por sus venas junto con su sangre. Estaba completamente perdido en Alessia, en su sabor, en su aroma.

Deslizó un dedo dentro de ella mientras continuaba acariciándola con los labios y la lengua. Alessia se arqueó contra él y un grito escapó de sus labios. Entendió que le gustaba lo que le estaba haciendo y continuó besándola de esa manera, cada vez con más intensidad y firmeza.

Alessia tenía las manos enredadas en su pelo y tiraba con fuerza de él, pero era un dolor que Matteo agradecía, le servía de distracción para no perder por completo el control.

Deslizó un segundo dedo dentro de ella y sintió cómo se contraían sus músculos alrededor, cómo se tensaba todo su cuerpo. Poco después, Alessia gritó con desesperación y sintió tal satisfacción que prefería no tratar de analizar por qué estaba reaccionando así con ella.

No tenía tiempo para pensar en eso, necesitaba su propia liberación, no podía dejar de temblar.

Se levantó, hizo una pausa para besar sus pechos de nuevo y la besó después en la boca.

Después se incorporó rápidamente para quitarse la camisa y los pantalones.

–¿Estás lista? –le preguntó.

–Sí –susurró Alessia.

La miró a los ojos y se deslizó dentro de ella mientras lo hacía. Era tan increíble volver a estar así con ella, sintiendo el calor de su cuerpo, que estuvo a punto de perder el control. Tenía todos los músculos en tensión, era casi doloroso, pero tenía que contenerse, quería retrasar el momento…

–Matteo…

Fue su voz lo que lo deshizo por completo, oír su nombre en esos labios fue más de lo que podía aguantar. Empezó a moverse con fuerza dentro de ella y olvidó por completo lo que había

planeado hacer, no podía controlarse, no podía tomárselo con calma. Sentía que era el esclavo de Alessia, estaba a su merced.

Ella se arqueaba contra él cada vez que se deslizaba muy dentro de ella y un pequeño suspiro de placer salía de sus labios. Bajó la cabeza y hundió la cara en su cuello, olía a lilas y a Alessia. La única mujer con la que iba a estar, la única mujer que le importaba.

Sintió que le estaba clavando las uñas en los hombros, pero esa vez el dolor no consiguió distraerlo. Estaba completamente perdido y dejó que su deseo lo dominara. La intensidad del orgasmo que sintió lo sorprendió con la fuerza de una ola que lo levantaba del suelo. No podía hacer nada para controlarlo, solo podía tratar de sobrevivir a un placer tan intenso que era demoledor.

Y cuando todo terminó, Alessia estaba allí, abrazándolo con sus suaves curvas y rodeándolo con su aroma.

–¿Va a ser siempre así? –le preguntó ella.

No tenía una respuesta para ella. No podía hablar ni pensar.

Y esperaba que no fuera a ser siempre así porque estaba seguro de que no tenía tanto autocontrol para soportarlo. Pero sabía al mismo tiempo que no podía vivir con ella y negarse a sí mismo su cuerpo.

Tendría que intentar controlar la situación y mantener el corazón separado de su cuerpo. Era algo que había hecho siempre con las mujeres y también cuando su padre le había pedido que aprendiera el negocio familiar. O la vez que lo obligó a ejecutar el castigo a un hombre que les debía dinero.

Esa noche había encerrado su corazón en hielo para siempre y pensaba mantenerlo siempre así. Tenía que hacerlo.

–Tenemos que entrar en casa –le dijo él mientras se sentaba con la respiración aún entrecortada.

–Sí, creo que el césped me debe de haber dejado manchas verdes por… Por todas partes.

Se volvió hacia ella y no pudo evitar echarse a reír y lo hizo de verdad, como hacía mucho tiempo que no reía.

–Y ni siquiera puedes taparte con el camisón…

–No, lo has roto por completo –repuso Alessia mientras se levantaba y recogía su ropa destrozada.

–Pero te gustó que lo hiciera.

A pesar de la oscuridad, podía ver su sonrisa.

–Un poco.

Se sintió muy bien, tenía una sensación de ligereza en su pecho

que era completamente nueva para él, como si se hubiera quitado un peso de encima.

–Tengo hambre –le dijo Alessia de repente mientras iba hacia la casa.

Él se quedó rezagado, contemplando su cuerpo desnudo y los hoyuelos que tenía en la parte baja de su espalda. Era tan sexy que había vuelto a excitarse.

Recogió su ropa del suelo y se puso rápidamente los boxers negros.

–¿Quieres comer? –le preguntó él cuando la alcanzó ya dentro de la casa.

–Sí –repuso Alessia mientras iba de una habitación a otra hasta que encontró la cocina.

–¿Y qué te gustaría tomar?

–Pasta. ¿Tienes un delantal?

–¿Que si tengo un delantal? –preguntó mientras iba a la despensa y sacaba uno corto de color rojo–. Toma.

Alessia sonrió y se lo puso. Era mucho más alta que su cocinera y el delantal apenas le tapaba los muslos y dejaba su trasero al descubierto.

–Cena y espectáculo –murmuró él.

Alessia le lanzó una mirada juguetona, después empezó a mirar en los armarios.

–¿Qué tipo de pasta tienes?

–Hay *pappardelle* fresco en la nevera –le dijo él.

Alessia abrió el frigorífico y sacó la pasta. Encontró una olla, la llenó de agua y la puso a hervir en el fuego. También sacó la salsa que tenía ya preparada y la puso en una sartén para calentarla. Después, se apoyó en la encimera con los brazos cruzados bajo el pecho.

–¿No has oído decir que si miras el agua no hierve? –le preguntó él sonriendo.

–No. ¿Quién dice eso?

–No lo sé, es un dicho popular. Creo que a mí me lo contó una cocinera que tuvimos.

–Supongo que mi madre me lo habría dicho algún día si no hubiera muerto tan joven.

–Todavía la echas de menos, ¿verdad?

–Siempre lo haré. Supongo que a ti te pasa lo mismo con tu padre.

No pudo evitar sentir un horrible sentimiento de culpa en el pecho.

–No, Alessia. No es lo mismo.

–¿No lo echas de menos? –le preguntó ella extrañada–. Sé que su padre era difícil de tratar, que era un poco como mi padre, pero seguro que…

–No –insistió él–. ¿Crees que echarás tú de menos al tuyo?

–Creo que sí. Tiene muchos defectos, pero es mi padre.

–A mí me habría ido mejor sin padre que con el que tuve.

Alessia metió la pasta en la olla y se quedaron los dos en silencio unos minutos. Matteo sacó cuencos del armario y los puso en la isleta central de la cocina.

Cuando terminó de hervir la pasta, Alessia la repartió entre los dos cuencos y añadió la salsa.

–No hay nada como un poco de pasta después de... Ya sabes de qué –le dijo ella mientras miraba su torso–. Estás medio desnudo.

–¡Mira quién habló! –repuso él.

–Yo estoy vestida.

–Date la vuelta –le dijo él–. Eso no es estar vestido, querida esposa –añadió cuando ella lo hizo y le mostró el trasero.

–¿Vas a presentar una queja?

–No, en absoluto. Te prefiero de esta manera.

–Bueno, el delantal es muy práctico. No tendrás que arrancármelo si te impacientas –le dijo ella con picardía.

Le costaba respirar cuando Alessia lo miraba así. Era increíble estar cenando con ella a esas horas de la noche. Había algo muy normal en todo eso, casi cotidiano, una escena que no estaba acostumbrado a vivir.

–¿Matteo? ¿Dónde estabas?

–En ningún sitio, supongo que estaba distraído pensando en mi padre –le confesó él.

¿De verdad no lo echas de menos?

Negó con la cabeza. Cuando pensaba en él, se le venían a la cabeza las llamas e imágenes del almacén ardiendo.

–Mi padre siempre me ha ignorado. Solo me presta atención cuando necesita algo o si está enfadado.

Se le encogió el estómago al oírlo.

–¿Te pegaba? –le preguntó Matteo.

–Sí. No eran palizas. Pero, si decía algo que le disgustaba, me daba una bofetada.

–Tiene suerte de no haberlo hecho nunca delante de mí.

Alessia se sorprendió ante el repentino cambio de actitud de Matteo. Hablaba con mucha frialdad.

Durante unos minutos, había tenido la sensación de que se

llevaban bien. Era de las pocas veces que habían conseguido conectar sin estar en la cama.

Matteo le había dicho que estaba dispuesto a intentarlo y que iba a serle fiel.

Esas eran las dos únicas promesas que le pedía. Estaba dispuesta a apostar por ese matrimonio y tratar de conocer al hombre con el que se había casado. Ya no lo veía como él héroe de sus fantasías, sino como el hombre que realmente era.

–No necesitaba ayuda, me manejaba bien con él.

–No debería haberte pegado.

–Lo sé. Pero así evitaba que pegara a mis hermanos. No fueron años fáciles, pero alguien tenía que cuidar de ellos, además de organizar fiestas y hacer de anfitriona. Fue duro, pero también recibí muchos elogios.

–Sí, también mi padre me elogiaba a veces –le dijo Matteo.

Lo decía con tanta frialdad que no pudo evitar estremecerse.

–Cuando me hice mayor, pasó algún tiempo enseñándome cómo hacer negocios como un Corretti –prosiguió Matteo–. Y no me refiero a los negocios limpios que veía la gente, todo eso no era más que una fachada entonces, no era la principal fuente de dinero de nuestra familia.

–Creo que eso lo sabe todo el mundo.

–Sí, pero no saben el peso que tenía la familia en ese mundo subterráneo e ilegal ni el poder que tenía mi padre.

–¿Qué hizo, Matteo? ¿Qué te hizo tu padre? –le preguntó sin poder esconder su preocupación.

–¿A mí? Nada. Al menos no físicamente –contestó Matteo –. ¿Recuerdas que te dije que yo no era un delincuente? Pues es verdad, pero por poco. Solo porque nunca fui condenado por los delitos cometidos.

–¿Qué te hizo tu padre, Matteo? –insistió con un nudo en el estómago.

– Comenzó a mostrarme el oficio cuando tenía quince años, a explicarme cómo funcionaban las cosas. Me llevó con él a visitar a gente que le debía dinero. Mi padre solo iba personalmente cuando le debían una cantidad importante. En el resto de los casos, se encargaban de recaudar el dinero sus matones a sueldo.

Matteo se detuvo unos segundos, tenía los brazos cruzados sobre su torso desnudo. Había una inexpresividad en sus ojos que le dolía, era como si estuviera tratando de no sentir nada.

–Durante las primeras semanas, me limité a observar. Un golpe rápido en las piernas, una advertencia, una amenaza de paliza…

Al menos era más tolerable que lo que llegaban a hacer en otras ocasiones.

–¡Dios mío! No debería haber dejado que vieras...

Se calló antes de terminar la frase. Se dio cuenta de que había algo más, podía sentir la angustia de Matteo.

Dio un paso hacia él y puso la mano en su antebrazo. Estaba sudando y le temblaban los músculos.

–Una noche me pidió que lo hiciera yo –le dijo en voz baja.

Se quedaron unos segundos en silencio. Pudo sentir lo que estaba sintiendo él, su vergüenza, su arrepentimiento… Alessia no sabía por qué estaba tan segura de que eso era lo que estaba sintiendo Matteo, pero lo estaba.

–¿Qué pasó? –le preguntó con calma para que viera que estaba allí y estaba dispuesta a escuchar.

Y trató de prepararse. No podía reaccionar recriminándolo ni echándoselo en cara. Sabía que la necesitaba.

–Que lo hice –le dijo Matteo–. Mi padre me pidió que le rompiera las piernas a un hombre porque le debía dinero a la familia. Y yo lo hice.

Capítulo 10

MATTEO esperó conteniendo la respiración. Esperó a que Alessia comprendiera totalmente el alcance de esas palabras, de su admisión, y se apartara de él. Sabía que iba a estar aterrorizada y asqueada. Era lo que esperaba y no podía culparla. Lo entendía.

–Matteo...

–Estas manos… –le dijo mostrándoselas–. Estas manos con las que te he tocado, las he utilizado como ningún hombre debería usar nunca sus manos, Alessia.

–Pero tú no eres así.

–Claro que sí.

–No, Matteo. Tú no disfrutaste haciéndolo, causando dolor.

–No, es verdad –repuso sin poder evitar recordar ese momento–. Pero lo hice.

Había sufrido tanto que, después de hacerlo, había vomitado. Recordaba muy bien cómo se habían reído de él lo matones de su padre.

–¿Qué te habría hecho tu padre si lo hubieras desobedecido?

Sabía lo que estaba intentando decirle, pero no se lo merecía.

–Eso no importa.

–Claro que importa, Matteo. Eras un niño.

–Pero era lo suficientemente mayor para saber que lo que hacía mi padre estaba mal.

–Estabas atrapado en esa situación, no es culpa tuya.

–A lo mejor eso puede ser una excusa aceptable para otras personas, pero no lo es para mí.

–¿Por qué no? Eras un niño y te utilizó. Dime la verdad, ¿qué te iba a hacer si no lo obedecías?

Matteo temió por un momento que su estómago lo volviera a traicionar.

–Me dijo que, si no podía hacérselo a un adulto, había algunos niños en el pueblo con los que podía practicar.

El rostro de Alessia se transformó al oírlo. Parecía horrorizada.

–¿Crees que te habría obligado a hacerlo?

–No lo sé. Pero decidí que era mejor no comprobarlo.

–Tu padre te obligó a hacer lo que hiciste, Matteo.

–Él me manipuló, pero fui yo quien lo hizo.

–¿Cómo? –le preguntó ella casi susurrando.

–Es fácil hacer cosas así cuando uno puede bloquear las emociones. Fue algo que aprendí a hacer de pequeño. Me di cuenta de que había un lugar dentro de mí tan frío como el alma de mi padre. Me bastaba con concentrarme en ese sitio para poder hacerlo.

Pero, después, no había podido soportar la presión y su padre había decidido entonces que no estaba listo para tomar las riendas de su imperio. Le dijo que era demasiado débil.

Aquel día aprendió que su padre era un auténtico monstruo y que él era capaz de cometer las mismas atrocidades. Decidió entonces no permitir que el ansia de poder o de dinero lo dominaran como le había pasado a su padre. Creía que la pasión, la necesidad, la codicia, eran sus enemigos.

Y después, cuando vio a Alessia por primera vez, dejó que tuviera un lugar dentro de él, el único rincón cálido y luminoso que tenía en su alma. Su atracción por ella no era física, sino emocional. Trató de vivir a través de ella.

Cuando vio a esos hombres atacándola, se despertó el monstruo que habitaba dentro de él y perdió el control. Le asustaba mucho más ese tipo de violencia que las controladas agresiones de su padre. Más incluso que lo que aún no le había contado, el acto que puso punto final a la vida de su padre.

Porque esos actos habían sido su decisión. En cambio, cuando atacó a los hombres que iban a violar a Alessia, lo hizo sin pensar, impulsado por su emoción y su ira.

–¿Ves? –le preguntó él entonces–. ¿Ves ahora qué clase de hombre soy?

Ella asintió con la cabeza lentamente.

–Sí, un buen hombre con un trágico pasado. No puedes culparte por esas cosas.

–Cuando volví a casa el día que esos hombres te atacaron, todavía estaba ensangrentado. Me vio mi padre y se echó a reír. Me dijo que parecía que ya estaba listo, que por fin le demostraba que era de verdad su hijo.

Tenía ese momento grabado a fuego en su mente. Había estado aún tan afectado por lo que había hecho y por lo que casi le había pasado a Alessia que le trastornó que su padre se mostrara orgulloso de él.

–Estaba equivocado, Matteo, no eres como él. Lo hiciste para protegerme, no para asustarlos, darles una lección o sacarles dinero como hacía tu padre. No es lo mismo.

–Pero ese día me di cuenta de lo que soy capaz de hacer. Mi padre estaba convencido de que tenía derecho a ese dinero, que tenía derecho a hacerle daño a los que no le pagaban. Solo hace falta que encuentres una justificación y…

–Sí, Matteo. Pero tú no eres así.

Él no lo tenía claro porque había algo que aún no le había dicho, palabras que ni siquiera podía decir en voz alta.

–¿De verdad lo crees? Todo el mundo tiene un precio, *cara*. Solo se puede evitar usando siempre la cabeza e ignorando el deseo. Porque el deseo puede tener efectos devastadores en la mente de una persona. El deseo que sentía mi padre por el dinero, el deseo de mi abuelo por el poder… Eso fue lo que los empujó a hacer todo lo necesario para conseguirlo. Y yo no quiero llegar a ser así.

–Tú no lo eres. Ese día me salvaste sin pensar en tu propia seguridad. Lo que hiciste fue muy importante.

–No me arrepiento de lo que hice, tenía una buena razón para hacerlo. Pero podría encontrar buenas razones para justificar casi cualquier cosa. Si algo me conviene, si creo que lo necesito… Podría llegar a ser como Benito.

–No, eso no es verdad.

–¿Cómo puedes estar tan segura? –le preguntó riendo con amargura.

–Porque eres... Eres bueno –respondió Alessia–. ¿Sabes lo que recuerdo de ese día? Cómo me abrazaste después. Nadie había tratado de consolarme ni me había limpiado las lágrimas desde que muriera mi madre. Llevaba años sola. Pero, cuando de verdad necesité a alguien, allí estabas tú. Conseguiste calmarme, convencerme de que todo iba a ir bien. Así que no me digas que no eres bueno porque lo eres.

Pero Alessia no podía convencerlo. No cuando ella no sabía toda la verdad. Pero deseaba más que nada atesorar sus palabras en su alma y aferrarse a esa visión que Alessia tenía de él. No quería que lo viera de otra manera.

–Te manché la cara de sangre –susurró él con la voz ronca–. Ese día… Cuando te sequé las lágrimas...

Ella lo miró con sus hermosos y oscuros ojos.

–Mereció la pena –le dijo dando un paso hacia él y tomando su mano–. Vamos a la cama.

Y él fue incapaz de hacer otra cosa que no fuera seguirla.

Alessia se despertó a la mañana siguiente con una profunda sensación de satisfacción. Se dio cuenta de que nunca se había sentido así, tan feliz y contenta con ese momento de su vida.

Sintió entonces que no estaba sola. Podía sentir su calidez detrás de ella y tenía una mano en su cadera desnuda. Porque estaba desnuda. Y era muy raro, siempre dormía con un camisón.

Recordó entonces que Matteo había destrozado su camisón y sonrió. Se dio la vuelta para mirarlo.

Su amante. Su marido.

Todavía estaba durmiendo y su expresión era mucho más relajada de lo habitual en él.

Le dio un beso en la mejilla, junto a su boca. Lo deseaba de nuevo. Aunque habían pasado gran parte de la noche haciendo el amor, lo deseaba cada vez más. Y no era solo sexo, también disfrutaba de sus caricias, su presencia, sus besos o simplemente, escuchando su respiración tan cerca de ella.

Había soñado con un momento como ese durante años. Y con Matteo Corretti, con ningún otro hombre.

No era la primera vez que se despertaba a su lado, pero sí la primera vez que podía disfrutarlo. En el hotel de Nueva York aquella mañana, se había dejado llevar por la culpa y el miedo y había salido de la habitación antes de que Matteo se levantara.

Pero ese día pensaba quedarse con él hasta que se despertara. E iba a compartir de nuevo esa cama con Matteo a la noche siguiente. Y todas las noches después de esa. Después de todo, era su marido y tenían que dormir juntos.

Iba a tratar de conseguir que ese matrimonio legal fuera además uno de verdad.

Recordó entonces lo que él le había dicho, que nunca iba a poder amarla.

No pudo evitar estremecerse al pensar en ello, pero no quería hacerlo, prefería concentrarse en el futuro y en el presente, Matteo estaba en su cama y en su vida. E iban a tener un bebé. Sabía que tarde o temprano iba a conseguir aceptar esa maravillosa realidad y dejar de sentir miedo cada vez que lo recordaba.

Pero, en ese momento, solo quería disfrutar del presente, sin preocuparse por los sentimientos de Matteo ni por los pañales y biberones que la esperaban unos meses más tarde.

Matteo se movió un poco y abrió los ojos.

–Buenos días –le dijo él.

–Buenos días, guapo.

–¿Guapo? –repitió él sonriendo–. Hay que ver cómo eres,

Alessia.

–¿A que sí?

Matteo se puso boca arriba y ella lo siguió, apoyándose en su torso.

–Lo de anoche fue maravilloso –susurró ella.

Él parecía algo incómodo. Suponía que otra mujer en su situación se comportaría de manera mucho más madura y sofisticada, pero ella no era así y los dos sabían que tenía muy poca experiencia sexual.

Matteo la besó entonces y ella no pudo evitar cerrar los ojos y gemir de placer.

–¡Qué bien besas! –le dijo ella–. Me siento como si todos esos orgasmos se me hubieran subido a la cabeza, casi como si estuviera algo borracha. ¿Crees que eso existe o solo me pasa a mí?

Matteo se incorporó y se sentó en la cama.

–No lo sé. Nunca me ha pasado.

Su respuesta la hundió. No quería que le hubiera pasado antes con otra mujer, pero le habría gustado tanto que se sintiera igual que ella...

–¿Qué te pasa, *cara mia*?

–Nada –mintió ella mientras se acercaba a él para besarlo.

Pero comenzó a vibrar en ese momento el móvil de Matteo en la mesilla.

–Tengo que atender esa llamada –le dijo alejándose de ella.

Vio que todo su cuerpo se tensaba mientras hablaba por teléfono.

–¿Qué diablos quieres, Alessandro?

Se le hizo un nudo en el estómago. Prefería no pensar en Alessandro. Se sentía mal por cómo habían terminado las cosas. Aunque distante, siempre había sido educado y amable con ella. Lamentaba haber esperado hasta el último minuto para cambiar de opinión sobre su matrimonio con él.

Se levantó de la cama y comenzó a buscar su ropa. Pero no había nada, solo un delantal rojo en el suelo.

–Estoy ocupado. No puedes simplemente organizar una reunión y esperar que lo deje todo y acuda como si fuera un perrito faldero. Estarás acostumbrado a que te obedezcan en tu familia, pero así no vas a conseguir nada conmigo.

Mientras tanto, ella tomó el delantal y se lo puso. Pensó que era mejor eso que nada.

Matteo se levantó de la cama, completamente desnudo, y

comenzó a dar vueltas por la habitación. Durante unos segundos, se limitó a observar sus movimientos, sus músculos y su maravillosa piel de oliva. Era el hombre más sexy que había visto nunca.

–¿Con Angelo también? –exclamó Matteo fuera de sí–. ¿Por qué quieres reunirte con ese bastardo?

Se quedó en silencio unos segundos.

–No. Me refería a su personalidad, no a su nacimiento –prosiguió–. De acuerdo. A mediodía en la casa del abuelo Salvatore.

Apagó el teléfono y lo tiró a la cama.

–Era Alessandro –le dijo con cara de pocos amigos–. Quiere que vaya a una reunión en casa de nuestro difunto abuelo. ¡Y ha invitado también a Angelo!

–Bueno, es tu primo, forma parte de tu familia igual que Alessandro.

–Ya tengo demasiada gente en mi familia a la que no soporto. ¿Para qué querría más?

–¿Ni siquiera te llevas bien con tus hermanos?

–No –respondió Matteo–. Porque prefiero mantenerme alejado de estos estúpidos juegos de poder. No siento que sean mi familia. No somos más que un grupo de delincuentes y egoístas dispuestos a vendernos los unos a otros por un buen precio. Todos lo hemos hecho.

–Bueno, creo que alguien debería poner un poco de sentido común y dejar de actuar así. A lo mejor, podrías ser tú el primero en hacerlo –le dijo ella–. No entiendo demasiado de negocios ni conozco a tu familia, pero, si no te gusta cómo son las cosas, trata de cambiarlas.

–Tengo que vestirme –le dijo entonces Matteo.

–Voy a preparar el desayuno –repuso ella–. De todos modos, ya voy vestida para cocinar.

–Creo que a mis empleados les va a dar un infarto si te ven así.

Recordó entonces que no estaban solos en la casa y se ruborizó.

–Es verdad –comentó ella–. Pensándolo mejor, iré antes a mi habitación.

–Buena idea. Y después, pídele a Giancarlo que traiga tus cosas al dormitorio principal.

–¿Quieres que me mude?

–Sí. No creo que sea buena idea tenerte cada noche yendo medio desnuda de una habitación a otra, ¿no?

Alessia sintió que empezaba a crecer un pequeño brote de

esperanza en su corazón.

–Sí, es verdad. Sería un poco incómodo. Me apetece mucho quedarme en tu habitación.

–Estupendo –repuso Matteo inclinándose para darle un beso en los labios–. Bueno, tengo que vestirme.

Cuando su abuelo Salvatore aún vivía, Matteo evitaba en la medida de lo posible ir a casa de sus abuelos. Había sido un hombre manipulador y enrevesado.

A pesar de todo, cada vez que su abuela lo había necesitado, allí había estado. Igual que el resto de la familia. Llevaba mucho tiempo siendo un terreno neutral y todo gracias a la abuela Teresa. Por eso, la casa familiar era el mejor escenario para la reunión de ese día.

Cuando llegó a la casa, fue directamente al despacho. No vio a su abuela ni a nadie de su servicio. Solo estaban allí un Alessandro con cara de pocos amigos y Angelo, que estaba sentado en un sillón con una copa en la mano.

–¿Qué es tan importante como para que tenga que venir en persona a hablar contigo? –le preguntó a Alessandro.

–Siento haber interrumpido la luna de miel –le dijo su primo.

Angelo los observaba a los dos desde el sillón. Miró a su alrededor antes de hablar.

–Así que esto es lo que se puede comprar con el dinero de los Corretti. Creo que prefiero mis casas –les dijo.

–Y yo creo que ninguno de los tres queremos estar aquí –intervino Matteo–. Así que lo repetiré de nuevo. ¿Qué es lo estamos haciendo aquí?

–Te has casado con Alessia, así que supongo que has conseguido que su padre siguiera adelante con su parte del trato, ¿no? –le preguntó Alessandro.

–Sí, tenemos los permisos comerciales necesarios dentro y fuera de Sicilia y está asegurada la remodelación de la zona portuaria de Palermo. El proyecto tiene luz verde.

–Estupendo, porque yo también he conseguido un acuerdo con Battaglia –intervino Angelo.

A continuación, les explicó los detalles de la promoción de viviendas que estaba planeando hacer en esa zona.

–¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? –preguntó Alessandro.

–Mucho si estáis dispuestos a tomar las medidas necesarias para unificar las empresas.

–Tenemos que hacerlo –repuso Alessandro con firmeza–. De lo contrario, nos vamos a pasar las siguientes décadas compitiendo entre sí y destrozando el imperio Corretti. Nos va a pasar como a nuestros padres.

Matteo se echó a reír, pero no había humor en ese sonido.

–Bueno, pero tú eres mi primo, Alessandro, no mi hermano. Y no tengo la intención de morir en el incendio de un almacén contigo.

–Por eso precisamente es por lo que tenemos que tomar una decisión para terminar con esta guerra interna –replicó Alessandro–. Tengo una propuesta que haceros. Un plan para que todos los miembros de la familia tengan la misma fracción de poder. Así, podremos construir una nueva empresa, y una nueva familia, más fuerte y unida. Y no vamos a recurrir a actividades ilegales para lograrlo.

Alessandro les explicó su plan con todo detalle. La propuesta incluía a todos, también a sus hermanas, y les daba la posibilidad de participar equitativamente de la dirección y beneficios de la gran empresa familiar.

–Pero, para que esto funcione, este imbécil tiene que estar dispuesto a devolver al cajón general parte de las acciones que ha adquirido –dijo Alessandro mientras señalaba a Angelo.

–Ya te dije que lo haría –repuso Angelo.

A Matteo le sorprendió ver que había cercanía entre Alessandro y su hermanastro y también que este accediera a participar en el plan de su primo. Nunca había visto así a Angelo y se preguntó si habría conocido a alguna mujer que le hubiera hecho cambiar de actitud. Ya no parecía tan dolido y amargado como lo había visto otras veces.

–¡Estupendo! –dijo Alessandro con entusiasmo–. ¿Qué te parece, Matteo? ¿Estás con nosotros?

Matteo pensó en el incendio, en la última vez que había visto a su padre y en cómo la codicia lo había destruido. Se le presentaba la oportunidad de poner fin a tanto dolor y empezar de nuevo. Creía que nunca podrían borrar del todo el pasado, pero tenía esperanza en el futuro.

Para él. Para Alessia. Y para su hijo.

Se dio cuenta de que tenía demasiadas cosas buenas en su vida como para desperdiciar esa oportunidad.

Estrechó la mano de Alessandro con firmeza y después hizo lo mismo con Angelo. Era la primera vez que lo hacía.

–Supongo que esto significa que eres uno de los nuestros –le

dijo Matteo a Angelo–. No sé si felicitarte o darte el pésame.

–Ya te diré cómo me va –repuso Angelo de buen humor–. Pero, de momento, no me parece tan malo.

–Muy bien, ¿dónde tengo que firmar?

Capítulo 11

MATTEO no se dio cuenta de lo agotado que estaba hasta que llegó la hora de despedirse de ellos y meterse en el coche para volver a casa. Siempre le resultaba emocionalmente duro tener que enfrentarse con su familia, sobre todo si se veían en la casa de su abuelo, un lugar que les traía tantos recuerdos a todos. Pero ese día sentía que se había quitado un peso de encima. Le ilusionaba la posibilidad de tener un futuro de paz en su familia, sin violencia. Era la primera vez que pensaba en los años venideros con un poco más de optimismo.

Además, Alessia lo esperaba en casa y le bastó con pensar en ella para sentir una oleada de calor recorriendo su cuerpo. Era como si su alma ya no estuviera tan fría.

Dejó el coche aparcado frente a su casa sin preocuparse por cerrarlo. Fue deprisa a la entrada de la casa, estaba deseando verla. Necesitaba ver la reacción de Alessia cuando él apareciera por la puerta. Quería ver cómo se encendía su rostro. Era maravilloso tener a alguien que lo miraba sin saber cómo era en realidad.

Alessandro y Angelo tampoco lo sabían todo, pero podían hacerse una idea de cómo había sido su vida. Sabía que Alessandro también había tenido una infancia muy dura con un padre como Carlo.

Pero Alessia lo miraba como si nada de eso le importara. Se dio cuenta de que era así porque no lo sabía todo y decidió en ese instante que no era justo. Tenía que saberlo.

Una parte de él no quería decírselo, deseaba seguir siendo su caballero de brillante armadura, el hombre que podría haber llegado a ser si no hubiera tenido a Benito Corretti por padre.

Estaba decidido a ser un padre muy distinto para su hijo. Pensaba protegerlo por encima de todo y, por primera vez desde que Alessia le diera la noticia, entendió de verdad lo que significaba ese embarazo.

Un niño. Su hijo.

Encontró a Alessia en una salita del *palazzo*. Estaba leyendo y tenía las piernas dobladas frente al pecho. Llevaba un sencillo y veraniego vestido que se había deslizado y dejaba al descubierto

sus muslos. Una parte de él deseaba levantarle el vestido y desnudarla pero, por otro lado, tampoco quería molestarla. Se contentaba con estar simplemente allí, mirándola.

Pero Alessia levantó entonces la vista y su cara cambió por completo. Le brillaban los ojos y le dedicó una maravillosa sonrisa. Creía que nadie lo había mirado nunca de esa manera.

–¿Cómo fue la reunión? –le preguntó Alessia.

–Bueno, nos hemos insultado, nos hemos faltado al respeto y, después, nos hemos dado la mano –le dijo él–. Más o menos, ha ido tal y como esperaba.

Alessia se echó a reír.

–La verdad es que ha estado bien. Hemos pensado en una manera de unir las Empresas Corretti de manera uniforme y con la participación activa de todos. Así conseguiremos fortalecer y mantener el imperio familiar. Será lo mejor para todos, especialmente para la siguiente generación, algo en lo que ahora tengo un interés personal –le dijo él.

–Supongo que sí –repuso Alessia con un tímida sonrisa.

Fue a sentarse en el sofá, a sus pies.

–¿Ya puedes sentir al bebé moviéndose? –le preguntó él.

–No, pero el médico me dijo que la primera vez sentiría una especie de aleteo.

–¿Puedo? –le pidió él estirando la mano hacia la pequeña curva redondeada de su estómago.

–Por supuesto.

Tragó saliva y colocó la palma de la mano sobre su vientre. Aún no abultaba demasiado, pero cambiaba cada día. Era la evidencia de la vida que crecía en su interior. Una vida que habían creado entre los dos.

Alessia iba a ser la madre de su hijo. Se dio cuenta de que merecía saber toda la verdad para entenderlo completamente. No quería que estuviera engañada.

No le había hablado aún de la última pieza del puzle, la que explicaba por qué no podía ser un buen marido para ella. Pero estaba asustado. Por muy esperanzador que empezara a parecerle el futuro, arrastraba demasiadas sombras del pasado.

–Hay algo más que te tengo que decir… –comenzó apartando la mano de su estómago.

–¿Hablas de la reunión?

– No, se trata de mí, algo que explica por qué no es buena idea que trates de tener un matrimonio normal conmigo.

–Ya te dije lo que pienso sobre lo que te pasó con tu padre…

–Sabes lo que te he contado, pero aún no te he hablado de la noche del incendio en el almacén. El fuego en el que murieron mi tío Carlo y mi padre.

–No… Nadie sabe a ciencia cierta qué pasó esa noche.

–Eso no es así –susurró él con dificultad–. Alguien lo sabe.

–¿Quién? –le preguntó Alessia.

Pero podía ver en sus ojos que ya lo había adivinado.

–Yo, *cara mia*. Yo estaba allí.

Respiró profundamente antes de continuar. Su cabeza estaba llena de imágenes del incendio, de las llamas, el olor, el humo… Era muy doloroso.

–Sí. Estaba allí para tratar de convencer a mi padre, quería que me cediera por fin la dirección de la compañía. Estaba decidido a cambiar las cosas y convertir Empresas Corretti en un negocio limpio, sin extorsiones ni estafas. Pero no quiso escucharme. En ese momento, seguía utilizando los hoteles, que ya dirigía yo, para blanquear el dinero falsificado que hacían en ese mismo almacén. No quería estar involucrado en ese tipo de actividades, pero no me iba a quedar más remedio que aceptar la situación mientras mi padre siguiera en la empresa.

Miró a Alessia. Se mordía el labio inferior con preocupación, como si ya hubiera adivinado lo que iba a contarle.

–No sé cómo empezó el fuego, pero el almacén estaba lleno de placas para la falsificación de billetes, imprentas de todo tipo y papel. Así conseguía hacer dinero mi padre, se limitaba a imprimirlo –continuó él cada vez con más dificultad–. El fuego se extendió rápidamente. No sé dónde estaba Carlo entonces, pero yo estaba afuera discutiendo con mi padre. Se volvió hacia la nave, vio las llamas y empezó a caminar hacia ellas.

Cerró los ojos, podía verlas como si estuviera allí otra vez.

–Le dije que, si volvía a ese maldito almacén para rescatar las placas, no iba a ayudarlo si después me necesitaba. Le dije que se detuviera, que dejara que se quemaran, que así teníamos la oportunidad de empezar de nuevo. Le dije que, si entraba en la nave, iba a dejar que ardiera él con el resto del almacén y que después iba a seguir ardiendo en el infierno.

–Matteo... No... –susurró Alessia sacudiendo la cabeza y con los ojos llenos de lágrimas.

Vio que estaba horrorizada. Ya no había luz en esa mirada. Su luz.

–¿Sabes lo que hizo? –le preguntó riendo con amargura–. Me dijo que le estaba demostrando que era como él y se rio en mi

cara. Me recordó que, aunque me vistiera con trajes a medida y tratara de mostrar otra imagen, era tan inmoral y sanguinario como él. Y entonces, volvió a entrar en el almacén.

–¿Qué hiciste?

Recordaba vívidamente ese momento. Durante un minuto, se quedó mirándolo y repitiendo en su cabeza las palabras de su padre. Sabía que tenía razón, que era como él, pero alguien tenía que terminar con esa manera de hacer las cosas en su familia.

La parte frontal de la nave ya se había derrumbado y Matteo se quedó donde estaba con el teléfono móvil en la mano, podía haber tratado de avisar a los servicios de emergencia, podría haber intentado salvar a Benito.

Pero no lo hizo.

Se había limitado a darse la vuelta e irse de allí. Se fue sin mirar atrás ni una sola vez. Sabiendo que en ese momento se estaba comportando precisamente como su padre le había enseñado a comportarse.

Le habían avisado al día siguiente por teléfono de las muertes de su tío y su padre. Ya no iba a haber más delitos ni violencia en la familia, no más clandestinidad. Había una esperanza de redención.

–Le dejé morir –le dijo con un hilo de voz–. Lo vi entrar, vi cómo se derrumbaba la parte delantera del edificio. Podría haber llamado a alguien y no lo hice. Tomé la decisión de ser el hombre que él esperaba que fuera, me di la vuelta y me alejé. Hice lo que le dije que iba a hacer, dejé que se quemara con su maldito dinero. Y no lo lamento. Él tomó su decisión y yo, la mía.

–No sé qué decir –susurró una Alessia pálida e impresionada.

–¿Lo ves? Esto es lo que quería que entendieras –le dijo inclinándose hacia adelante para tomar su mano.

Pero Alessia se echó hacia atrás para que no la tocara y sintió su gesto como una puñalada en el pecho.

–No soy el héroe de la historia, soy el villano.

Se dio cuenta de que lo miraba con miedo, había dejado de ser su valiente caballero de brillante armadura.

–Creo que tal vez debería esperar unos días antes de que lleven mis cosas a tu habitación –le dijo Alessia después de unos minutos en silencio.

Él asintió con la cabeza.

–Supongo que es buena idea.

–Bueno, ya hablaremos más tarde –susurró Alessia mientras se levantaba y salía de la salita.

Se quedó mirándola. Después, cerró los ojos y trató de imaginar su sonrisa, intentó recuperar la forma en que lo había mirado hacía unos minutos, antes de saber la verdad.

Pero no podía imaginarla, solo podía ver miedo en sus bellos ojos. Y él era el culpable de que estuviera así.

Alessia llegó a su dormitorio casi sin aliento. Cerró la puerta tras ella y se llevó la mano al pecho, el corazón le latía con tanta fuerza como si estuviera a punto de explotar.

No podía creerlo. Matteo había dejado que Benito y Carlo murieran en ese incendio.

Comenzó a dar vueltas por la habitación mientras trataba de contener las lágrimas.

No podía dejar de pensar en lo que le había dicho. Habían sido Benito y Carlo los que habían decidido estar en esa nave en llamas, Matteo no les había hecho daño con sus propias manos, pero se había alejado, se había lavado las manos sin preocuparse por las consecuencias.

Se acercó a la cama y se sentó. Trató de aceptar la idea de que el hombre que le acababa de contar algo tan horrible era el mismo con el que siempre había soñado. No era perfecto bajo su armadura de caballero andante. Había tenido una infancia complicada y tenía el alma rota en mil pedazos. Sabía que sufría y entendió por primera vez lo que eso significaba y por qué se encerraba en sí mismo.

No sabía si podría conseguir que se abriera a ella, no sabía si iba tener fuerzas para hacerlo.

Había sido mucho más fácil cuando todo había sido una fantasía, fruto de su imaginación. Había sido un ideal, el caballero que llegaba a su rescate cuando más lo necesitaba.

Lo había idealizado desde el primer momento y, cuando Matteo la protegió de sus atacantes, lo elevó a un lugar aún más alto en su mente.

Y también lo había hecho la noche de su despedida de soltera, había utilizado a Matteo como parte de su fantasía y había querido acostarse con él porque necesitaba agarrarse a ese sueño cuando su mundo, tal y como lo había conocido hasta el momento, había estado a punto de desmoronarse.

Lo había utilizado para llenar un vacío en su interior, sin preocuparle que él también estaba sufriendo.

Acababa de darse cuenta de que, para apoyar a Matteo y

conocerlo de verdad, tenía que aceptar lo que le había contado, entender que se había enfrentado a una situación terrible y que había tomado una decisión muy dura. Y la equivocada.

Pocos podrían echarle en cara que no entrara corriendo a un edificio en llamas para salvar a su padre, pero saber que ni siquiera había avisado a los bomberos… Le costaba aceptar que había hecho exactamente lo que le había dicho a su padre que haría, había dejado que muriera en el incendio.

Su marido, su amante, su Matteo, tenía hielo y acero dentro de él y no sabía cómo iba a poder llegar hasta su corazón, le parecía imposible. Se enfrentó a esa dura realidad por primera vez.

Quizás tuviera razón Matteo y no pudiera nunca llegar a amar. Su final feliz parecía cada vez más lejano.

Había pasado la mayor parte de su vida buscando felicidad a toda costa, aunque para ello tuviera que fantasear y escapar de la realidad. De camino hacia Alessandro en esa iglesia, se había dado cuenta por primera vez de que, si no hacía algo para detener aquello, nadie iba a hacerlo por ella.

Había llegado el momento de tomar otra decisión. Esa vez se trataba de Matteo y no iba a hacerlo a la ligera.

Tenía que ser sincera consigo mismo y abrir los ojos. Si iba a ser la esposa de Matteo, en todos los sentidos, tenía que ser fuerte y afrontar los problemas con valentía.

Creía que no tenía sentido comprometerse con alguien si no aceptaba cómo era esa persona. Tampoco lo tenía amar a alguien si en realidad solo amaba una fantasía, no una realidad.

Se quedó sin aliento un segundo. Ni siquiera se había atrevido a utilizar esa palabra en sus pensamientos. Le había dado miedo aceptar que amaba a Matteo, pero sabía que eso era lo que sentía, siempre lo había hecho. Ella, al menos, había amado todo lo que sabía de él.

Y, a partir de esa noche, lo conocía mucho mejor. Solo tenía que averiguar si lo que amaba era la fantasía que se había formado en la cabeza o el hombre.

Matteo seguía en la cama sin poder dormir. Ni siquiera se había cambiado de ropa. Ya pasaba de medianoche y llevaba horas sin ver a Alessia, desde que le contara la verdad.

Le dolía todo el cuerpo, como si tuviera una herida en su pecho, justo donde debería tener el corazón. No le sorprendía no tener corazón, pero ese dolor era nuevo. Llevaba tanto tiempo

entumecido… pero Alessia lo había devuelto a la vida y todo había empezado a cambiar entonces.

Había comenzado a desear, a sentir cosas de nuevo.

En esos momentos, se sentía destrozado, débil y vulnerable. Nunca había estado así.

Alessia se había alejado de él y lo entendía. Por fin había comprendido lo que él había estado tratando de decirle y lo había creído. Pensaba que debería sentirse aliviado. Ella iba a llegar a la conclusión de que no podía esperar nada de él ni de ese matrimonio.

Pero no estaba satisfecho. Sabía que estaba siendo egoísta, pero la quería a su lado. Necesitaba su luz, su calor y sus sonrisas. Deseaba volver a tener a una persona que lo mirara como ella lo hacía.

–¿Matteo?

Su voz lo devolvió al presente. Se incorporó en la cama y vio Alessia en el umbral de la puerta, con su largo cabello oscuro suelto sobre los hombros.

–¿Sí?

–Me fui porque pensé que te merecías que reflexionara sobre lo que me contaste.

–Y también te lo merecías tú –respondió él.

Alessia asintió con la cabeza.

–¿Y has llegado a alguna conclusión?

–Sí. No eres el hombre que creía que eras –le dijo Alessia sin más.

Las palabras lo golpearon con fuerza, pero sabía que se lo merecía.

–No, seguro que nunca imaginaste que pudiera ser un asesino.

–No, no lo hice. Y no creo que lo seas –continuó ella–. Lo que creo es que no eres perfecto, pero yo me había hecho una imagen de ti que no era justa, nadie es perfecto. Tú tenías tu propia vida lejos de mí y tus propias experiencias. Cometí el error de pensar que tu vida comenzó la primera vez que te asomaste al muro del jardín y te vi. Nunca pensé, por ejemplo, en qué hiciste o dónde fuiste aquella tarde, después de que me abrazaras el día que aquellos hombres me atacaron. No me paré a pensar en lo que te podría haber dicho tu padre cuando volviste a casa cubierto de sangre. Sabía que Benito Corretti era un indeseable pero, por alguna razón, te veía como un ser intocable. Solo te imaginaba en el contexto de mi mundo y de mis sueños. Fue culpa mía, no tuya.

–Pero eso no puedo echártelo en cara, nadie podía imaginarse

el tipo de relación que tuve con mi padre, ni siquiera mi familia.

–Lo sé, pero nunca me paré a pensar en ti como una persona de verdad. Y has hecho bien en contarme todas esas cosas para que te pueda conocer mejor y...

–Alessia, si quieres…

–No, déjame terminar. Ahora veo cómo eres, te veo de verdad, no solo esa fantasía que creé en mi mente. Y no quiero irme, quiero quedarme contigo. Quiero formar una familia contigo.

–¿Confías en mí como padre después de saber de lo que soy capaz?

–No es justo aislar esa fatídica noche del resto de tu vida. Tu reacción se explica cuando entiendes cómo era tu vida, quién era tu padre, lo que le había hecho a otras personas, lo que te había hecho a ti...

–Nunca me hizo nada, se limitó a…

–Te obligó a hacer cosas que tú nunca habrías querido hacer. Te podría haber convertido en un monstruo.

–Y lo hizo, Alessia. Ese es el problema, que lo logró.

–No, Matteo. Tú se lo impediste.

–Tuve que hacerlo –le dijo él con emoción–. Tuve que hacerlo porque era imposible separarse de esos Corretti y tratar de empezar de cero. No era posible, mi padre me lo habría impedido.

–Lo sé, Matteo. Lo entiendo.

–Entonces, ¿me absuelves?

–No necesitas mi absolución –le dijo Alessia.

–Pero, ¿la tengo? –le preguntó con desesperación.

Era algo que necesitaba más que el respirar.

Alessia asintió con la cabeza.

–¿Tengo yo tu absolución? –le preguntó ella.

–¿A qué te refieres?

–A lo que hice. No te conté que iba a casarme con Alessandro –le dijo ella–. Y has tenido que casarte conmigo.

–Sí, Alessia, pero no es como si me hubieras tendido una trampa –repuso él–. Me han manipulado muchas veces en la vida para obligarme a hacer cosas mucho peores que casarme contigo. No lo hice por evitar un escándalo en las revistas del corazón.

–Entonces, ¿por qué lo hiciste?

–Para consolidar el acuerdo con tu padre, para darle mi apellido al bebé…

–Espero entonces que me perdones al menos por haberte mentido y por irme de la habitación del hotel sin despedirme.

–Te perdono. Si estaba enfadado era porque no podía verte

yendo hacia el altar para casarte con Alessandro. No podía soportar que él te tuviera y yo no. Si hubiera sabido que había un acuerdo sobre la mesa que había que asegurar casándose contigo, me habría presentado voluntario para ese trabajo.

Alessia sonrió durante un segundo.

–Cuando mi padre me habló del trato al que había llegado y que tenía que sellarlo casándome con un Corretti, le dije que sí inmediatamente. Estaba tan segura de que serías tú. Cuando vi llegar a Alessandro a mi casa al día siguiente, casi me desmayo…

–¿Esperabas que llegara tu caballero para rescatarte?

–Sí, así es. Pero ya no lo hago, tengo que aprender a rescatarme yo misma y a tomar mis propias decisiones.

–Bueno, has estado haciéndolo durante los últimos meses.

–Sí y algunas de esas decisiones no han sido nada malas. Algunas han sido inoportunas, pero han sido mías –le dijo ella con firmeza–. Y quiero que sepas que he tomado otra decisión.

–¿Cuál?

–Eres mi marido y voy a aceptarte tal y como eres. Me gusta conocer tu pasado y el tipo de hombre que puedes ser. Entiendo perfectamente lo que me has contado y lo que hiciste, entiendo que tienes una forma de sentir emociones distinta a la mía.

–¿De verdad lo entiendes? ¿Y aun así quieres intentarlo? ¿Quieres ser mi esposa y que sea el padre de tu bebé?

–Sí porque, pase lo que pase, eres su padre, Matteo. No puedes contarme nada que cambie eso. Ni yo quiero cambiarlo.

–¿Cómo puedes estar tan segura?

–Porque, a pesar de lo que hiciste, no eres un hombre cruel.

Alessia se acercó y él tomó un suave mechón de su pelo entre los dedos. Quería sentir su cabello sobre la piel, deseaba más que nada ahogar ese momento de dolor con placer.

–Te equivocas –le dijo–. Soy un hombre egoísta que solo piensa en su propio placer, en él mismo.

–Eso no es cierto.

–Sí, lo es. Incluso ahora, solo puedo pensar en sentir tu piel desnuda bajo mis manos. Todo lo que quiero es perderme dentro de ti.

–Entonces, hazlo.

–No, Alessia. No te sacrifiques por mí –protestó molesto–. No quiero que sientas lástima por mí.

–No es eso –repuso Alessia acercándose más a él–. Lo que quiero es estar contigo, llegar a conocerte, ser tu esposa en todos los sentidos –agregó con una pícara sonrisa–. Y tampoco tengo

nada en contra de todo el placer que me das en la cama. No me acuesto contigo de manera desinteresada, confía en mí.

Sentía que todo su cuerpo estaba ardiendo. La necesidad y el deseo lo consumían. Había decidido ahogar ese tipo de emociones, no podía permitirse el lujo de dejarse llevar por la pasión, pero en ese momento de absoluta sinceridad, cuando Alessia lo miraba con tanta intensidad, no podía contenerse, no podía negarle nada.

Alessia sabía la verdad y, a pesar de todo, lo deseaba. Le había dicho que no era perfecto, pero no le importaba. Era un regalo que no creía merecer, pero era demasiado egoísta para no tomar lo que Alessia le ofrecía.

–Demuéstrame que aún me deseas –le susurró él con un nudo en la garganta–. Demuéstramelo.

Alessia rodeó su cuello con un brazo y le acarició la mejilla con la otra mano. Le dio entonces un beso cálido y suave en los labios.

–Siempre –respondió ella.

Esa noche no podía controlarse, no podía pensar en ser un amante generoso, la deseaba demasiado.

La besó apasionadamente, como si le fuera la vida en ello, y la atrajo con fuerza contra su cuerpo, deleitándose en esa sensación, en cada una de sus deliciosas curvas. No se cansaba de tocarla, creía que nunca iba a hartarse de ella. Sentía tanta desesperación, había estado tan solo… Sabía que su deseo nunca iba a disminuir, todo lo contrario.

Deslizó las manos hasta su cintura, bajándolas luego a las caderas, a sus muslos… La levantó en sus brazos y la llevó así a la cama, con Alessia abrazándolo con las piernas. Se sentó en la cama y ella comenzó a quitarle la corbata con manos temblorosas. Le desabrochó después la camisa mientras él seguía besándola con desesperación y levantando al mismo tiempo su vestido hasta que se lo quitó.

La miró entonces. Tenía los labios hinchados por los besos, la cara enrojecida y estaba despeinada. Tenía un aspecto salvaje. Era lo más hermoso que había visto nunca. Lo había sido siempre.

Bella por dentro y por fuera.

Terminó él de quitarse la camisa y se tumbó en la cama. Alessia se levantó y lo miró mientras se llevaba las manos a la espalda y se desabrochaba el sujetador. Se quedó sin aliento al verla así, le costaba respirar.

Alessia sonrió y metió los pulgares a ambos lados de sus braguitas, bajándolas lentamente.

Quería hablar, decirle lo hermosa que era, perfecta… Pero no

podía hacerlo, estaba hechizado.

Siguió mirándola mientras se acercaba de nuevo a la cama y le bajaba los pantalones y la ropa interior, dejándolo tan desnudo como lo estaba ella.

–Eres mucho más… Mucho más de lo que nunca imaginé –susurró Alessia–. Fantaseaba contigo, pero eran las fantasías de una niña. Ahora soy una mujer y no sabes cuánto me alegro de que no seas ese ser en dos dimensiones que tenía en la cabeza, me encanta que seas como eres.

Se inclinó y recorrió su erecto miembro con la punta de un dedo. Estaba duro como una roca y casi no podía ni pensar, el corazón le latía a mil por hora.

Alessia le dedicó una pícara sonrisa con sus carnosos labios y se inclinó para tocarlo con la lengua.

–Nunca he hecho esto, así que, si lo hago mal, tienes que decírmelo…

–Tú no podrías hacer nada mal –gimió él.

No sabía cómo había sido capaz de hablar cuando no podía siquiera respirar.

Y no tardó en darse cuenta de que había estado en lo cierto. Lo hacía muy bien.

Fue increíble sentirse dentro de su cálida boca, era la más dulce de las torturas. Estaba fuera de sí, sentía que las llamas lo consumían poco a poco.

Llevó las manos hasta la cabeza de Alessia, necesitaba sujetarse a algo, necesitaba tocarla y ser parte de lo que le estaba haciendo, no podía limitarse a ser el que recibía placer sin darlo.

Necesitaba más. Necesitaba saborearla.

–Sube a la cama –le pidió.

Ella obedeció sin abandonar su tarea y se puso de rodillas en la cama. Él se incorporó entonces y Alessia se detuvo para mirarlo con expresión confusa.

La agarró por las caderas y la ayudó a colocarse como quería tenerla, encima de él y en dirección opuesta para poder saborearla mientras ella le hacía lo mismo.

Alessia se quedó sin aliento cuando sintió que la tocaba íntimamente con la lengua.

–No te detengas… –susurró él con más firmeza de la que pretendía, pero a ella no pareció importarle.

Deslizó un dedo en su húmedo interior mientras le daba placer con la lengua y sintió que ella volvía a quedarse sin aliento. Pero no tardó en recuperarse y continuar lo que había estado haciendo.

Matteo no podía soportarlo, era increíble… Echó la cabeza hacia atrás y gimió con fuerza.

–No voy a aguantar mucho más… –le dijo.

–Yo tampoco –contestó ella jadeando.

Alessia se apartó de él y se dio la vuelta para sentarse a horcajadas sobre sus caderas. Se inclinó y le dio un beso en los labios. Pocos segundos después, estaba deslizándose lentamente dentro de ella. Era Alessia la que marcaba el ritmo, controlándolo con sus caderas.

Se miraron a los ojos y agarró con fuerza las caderas de Alessia, era increíble, no se había sentido así con nadie, no había nadie más.

Subió después las manos para acariciar su vientre y sus pechos. Le gustaba la vista y le encantaba poder observarla mientras llegaban a las cotas más altas del placer.

Los movimientos se hicieron cada vez más duros, más rápidos y erráticos. Agarró de nuevo sus caderas e intensificó el ritmo hasta llegar al orgasmo, lo hicieron a la vez. Sin poder controlarse, sintió la maravillosa liberación que lo golpeó como una ola.

Alessia se desplomó sobre su torso, podía sentir su aliento caliente en la piel y la abrazó con fuerza.

Pensaba mantenerla siempre a su lado, aunque no la mereciera, aunque estuviera siendo un egoísta.

En ese momento, no se arrepentía de nada. Si así podía tenerla, nunca iba a lamentar la decisión que había tomado.

Capítulo 12

ALESSIA se despertó unas horas más tarde con sensación de frío y no sabía por qué. Era una noche calurosa y estaba tapada. Además, Matteo estaba a su lado para mantenerla caliente.

Matteo...

Ese hombre hacía que le doliera el corazón como si fuera a resquebrajarse en cualquier momento. Quería llegar a él, tocar su alma. Esa situación se parecía tanto a lo que deseaba. Iba a tener un bebé con el hombre al que amaba. No podía seguir engañándose, lo había amado siempre. Y le dolía ver que él se negaba a tener algo maravilloso simplemente por no dar un paso más.

Se le escapó una lágrima y se sentó mientras se secaba la mejilla. Se levantó de la cama y fue a la ventana sin poder controlar las lágrimas que seguían cayendo. No podía evitarlo, estaba tan apenada…

Le daba la impresión de que nunca podía conseguir lo que quería, siempre lo tenía fuera de su alcance. Había podido disfrutar del amor de su madre, pero durante muy poco tiempo.

Y Matteo, el hombre que había querido tener en su vida, su héroe, se negaba a darle la oportunidad de hacer que su matrimonio fuera de verdad.

–¿Alessia?

Se dio la vuelta y vio a Matteo sentado en la cama. La miraba con gesto de preocupación.

–¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

–No –repuso ella–. Solo estaba... Estaba pensando.

Creía que no tenía sentido ocultar las lágrimas, le temblaba la voz.

–¿Sobre qué?

Se mordió el labio antes de contestar.

–He estado fingiendo –le dijo ella.

–¿Qué quieres decir?

–Llevo toda la vida fingiendo que era feliz, sonriendo siempre para conseguir sobrevivir y olvidar mi triste realidad. Tenía que hacerlo, quería mostrarles a mis hermanos que en la vida había que ser fuerte y elegir cómo querías vivirla. No quería que me

vieran triste, así trataba de protegerlos. No quería que supieran lo difícil que era mi existencia. He llevado sobre mis hombros el peso de la felicidad de mi familia y he tratado de conseguir que todo fuera bien, pero no era feliz. Mi infancia fue horrible, igual que lo era mi padre. Tenía que cuidar a mis hermanos y fue muy duro... –le dijo sin poder dejar de llorar ni temblar–. Los quiero, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por ellos. Y, a lo mejor te parezco egoísta, pero nunca he tenido a nadie que hiciera lo mismo por mí. Quiero a alguien que se ocupe de mí.

–Alessia...

–Lo siento –susurró secándose lágrimas–. No sé qué me pasa, serán las hormonas…

–¿Seguro?

–Supongo que estoy sintiendo lástima por mí misma un poco tarde…

–Dime qué es lo que quieres, Alessia.

–Quiero que alguien me ame.

–Tus hermanos te quieren mucho.

–Sí, es verdad –repuso ella asintiendo con la cabeza.

Matteo no podía soportar ver cuánto estaba sufriendo Alessia. Sentía un dolor muy profundo al verla así.

Siempre la había visto como una mujer perfecta, llena de luz, su ángel. Y ni una sola vez había tratado de averiguar si necesitaría algo.

En vez de darle, le estaba robando lo que tenía, había usado la luz de Alessia para iluminar los rincones más oscuros y vacíos de su alma y se dio cuenta de que había sido muy egoísta.

–No te referías a tus hermanos, ¿verdad? No es eso lo que quieres –le dijo él.

–No, con ellos no puedo mostrarme realmente como soy –respondió Alessia–. No puedo mostrarles mi dolor. No puedo bajar la guardia ni un momento y que me vean mal porque entonces sentirían que son una carga para mí…

–Pero, ¿qué hay de ti? –le recordó él.

–¿A qué te refieres?

Sentía que tenía un nudo en el estómago. Unas horas antes, había estado satisfecho simplemente abrazándola contra él, sabiendo que Alessia lo aceptaba como era, pero ya no estaba tan seguro.

Estaba sacrificándose de nuevo. Aceptando lo poco que le daba

él cuando en realidad quería más.

Sabía que el sexo no podía sustituir lo que Alessia quería y merecía. Además, iban a tener un bebé y ella era su esposa. Se dio cuenta de que iba a necesitar su apoyo, comprensión, ayuda, cosas que no tenían nada que ver con lo que pasaba en el dormitorio y que no se veía capaz de darle.

–Me tengo que ir –le dijo él de repente–. Acabo de recordar que tengo mucho trabajo.

–¿Qué? –repuso Alessia con incredulidad–. ¡Si son las cuatro de la mañana!

–Lo sé, pero lo que tengo que hacer no puede esperar.

Se vistió rápidamente mientras Alessia seguía de pie junto a la ventana, observándolo.

–Volveré más tarde –le dijo él dándole la espalda–. Si quieres puedes volver a la cama. Pero supongo que será mejor que vayas a tu habitación. Después de todo, aún no han traído tus cosas a la mía.

–Pero ya decidí venirme a este dormitorio contigo, Matteo.

–Bueno, a lo mejor yo aún tengo que decidirlo –le dijo fríamente–. Necesito más tiempo para pensar…

Tomó su teléfono móvil y lo apretó con fuerza. Durante un segundo, su traicionera mente lo trasladó a otro momento de su vida, cuando le dio la espalda al almacén en llamas y se fue sin prestar su ayuda a las personas que estaban atrapadas dentro.

Pero se dijo que eso era diferente, que se alejaba por diferentes razones. No estaba tratando de liberarse él, sino de liberarla a ella.

Y esperaba que, cuando regresara a casa al final del día, tuviera las fuerzas que necesitaba para hacerlo.

Para hacer lo que tenía que hacer.

Alessia no se volvió a dormir. Estuvo dando vueltas por el *palazzo* como una zombi, tratando de averiguar por qué se había deshecho en lágrimas y abierto a Matteo como lo había hecho. Tampoco entendía su reacción.

Llegó a la conclusión de que era el amor lo que la había llevado a actuar así y cada vez tenía más claro que ese sentimiento estaba sobrevalorado y no daba más que problemas.

Se había sentido como si se estuviera desgarrando por dentro, como si no aguantara más esa situación.

Quería más de lo que Matteo le ofrecía, no podía conformarse. Tenía a Matteo y pensaba que eso debería ser suficiente, pero no

lo era. Porque en realidad no lo tenía.

Tenía su apellido, estaba casada con él y esperaba su bebé. Iban a compartir la cama, pero no tenía a Matteo.

Él seguía manteniéndose distante, encerrando su alma sin dejar que ella se acercara.

A lo mejor estaba siendo irracional, pero lo quería todo. Había llegado a la conclusión de que así era el amor.

Sabía que podría seguir fingiendo que estaba bien, pero no iba a haber alegría ni felicidad. Y estaba cansada de tomar menos de lo que quería.

–*Buongiorno.*

Alessia se dio la vuelta y vio a Matteo de pie en la puerta. Estaba despeinado, tenía la corbata deshecha y el cuello de la camisa desabrochado. No llevaba puesta la chaqueta del traje.

–Hola, Matteo. ¿Has tenido un buen día en el trabajo? –le preguntó ella como la perfecta esposa que era.

–No fui a trabajar –admitió él–. He vuelto a salir corriendo, como hice el día de tu primera boda. Eso fue lo que hice. Me pediste que fuera al aeropuerto y estuve a punto de hacerlo. Pero cambié de opinión, estaba demasiado enfadado contigo y me fui a mi casa de Alemania, una que nadie sabe que tengo. Me aislé del mundo porque no quería hacer frente a ninguna acusación. No quería saber de mi familia ni de ti, porque sabía que no iba a poder resistir la tentación de estar contigo. Sabía que, si leía tus correos y escuchaba tus mensajes, intentaría ir corriendo a tu lado.

–¿Así que decidiste esconderte?

–Sí, era más fácil. Y hoy pensé que podría hacer lo mismo –le confesó Matteo–. Porque no me gusta verte llorar. No me gusta verte triste, sabiendo que es culpa mía que estés así.

–Pero no lo es.

–Me limité a tomar el coche y conducir –prosiguió Matteo como si ella no hubiera hablado–. Y he tomado una decisión.

–Espera, antes de que digas nada, quiero decir algo –lo interrumpió ella–. Te fuiste esta mañana antes de que pudiera terminar. Bueno, en realidad esta mañana no sabía lo que te iba a decir, ahora sí lo sé.

–¿Qué quieres decirme?

–Que te quiero, Matteo. Creo que siempre lo he hecho. Pero durante estos últimos meses he aprendido a quererte más. Sobre todo después de que me contaras cosas de tu pasado. Estoy enamorada de ti y deseo que me quieras. Estoy harta de no tenerlo todo y tú y yo podríamos tenerlo. Pero tienes que poner de tu

parte.

–Alessia... No puedo.

–Sí puedes, solo hay que.... Lo que tienes que...

–¿Qué quieres que haga? ¿Que olvide toda mi vida? ¿Quieres que ignore lo que puedo ser capaz de hacer si pierdo el control y me dejo llevar por las emociones? No puedo arriesgarme a hacerte daño a ti o al niño. No puedo olvidar quién soy, de qué familia vengo. ¿Quieres que olvide que soy el tipo de hombre capaz de alejarse de un incendio sin hacer nada, capaz de permitir que su padre muera allí? No va a funcionar. Tengo que mantener el control…

–No te creo.

–¿No me crees? ¿Me has escuchado? ¿Recuerdas que le rompí las piernas a un hombre, que casi mato a los que te atacaron? ¿Viste cómo reaccioné? Estaba descontrolado, podía haberlos matado sin más.

–Eso tampoco te habría convertido en una mala persona. Hiciste lo que tenías que hacer para salvar a una niña.

–Ese no es el problema… Mientras pueda controlarme, sé que no voy a hacer nada que tenga que lamentar después. No puedo permitirme el lujo de relajarme.

–Sigo sin creerte. Eso no es todo, Matteo. Estás asustado. No tienes miedo de perder el control, sino de sentir, de sufrir… Te escondes de las consecuencias de tus acciones y no se puede vivir así.

–Yo sí puedo.

–No, no puedes –insistió ella–. Hazlo al menos por el bien de nuestro hijo, Matteo. Tienes que derribar esos muros.

–¿No se te ha ocurrido que a lo mejor no quiero? –rugió enfadado–. ¡No quiero sentir, Alessia! No quiero enfrentarme a lo que he hecho ni a lo que otros me han hecho. ¡No quiero eso, no lo necesito! ¡Y tampoco quiero tenerte a ti!

Alessia dio un paso atrás al oírlo y él se estremeció.

–¿No me quieres en tu vida?

–No, nunca lo hice. No fuera del dormitorio. Ya te dije que, si esperabas amor, no ibas a tenerlo. Te prometí fidelidad, un lugar en mi casa, en mi cama, ¿qué más quieres? ¡Te lo ofrecí todo!

–No me ofreciste nada –repuso ella con voz temblorosa y un dolor intenso en su corazón–. Esas cosas no significan nada si no me das lo único que quiero.

–¿Tan importante es mi amor? ¿No te das cuenta de que el amor no ha hecho más que producirte más dolor, Alessia?

–No lo sé, nunca he tenido amor en mi vida el tiempo suficiente como para comprobarlo.

–Entonces, ¿por qué es tan importante?

–¡Porque me lo merezco! –exclamó sin poder aguantar por más tiempo las lágrimas–. ¿No me lo merezco, Matteo?

Vio que palidecía y daba un paso atrás.

–Sí.

Pero se dio cuenta de que no había conseguido lo que quería. Matteo la miraba como si algo hubiera muerto dentro de él. Alessia no dijo nada, se limitó a esperar.

–Te lo mereces, pero no puedo dártelo yo –le dijo finalmente.

–¿No puedes intentarlo? ¡Lucha por nosotros! ¡Lucha por esto!

–No, Alessia. Y no voy a mantenerte atada a mí cuando no puedo darte lo que quieres. Esto es lo único que puedo hacer por ti, dejar que te vayas de mi lado.

–¿Crees que esa es la única manera de arreglar esto? ¿Que todo se va a solucionar si mantienes las distancias?

Estaba destrozada. No le dolía tanto que la rechazara como verlo tan angustiado, tan desesperado…

–Esto es un acto de bondad, Alessia. Lo mejor que he hecho nunca, te lo aseguro.

Se dio la vuelta y salió del salón, la dejó sola y de pie en esa enorme sala. No podía llorar. El dolor que tenía en el corazón era demasiado grande, no podía dejarse llevar por lo que estaba sintiendo.

Tenía que ser fuerte por su hijo. Aunque Matteo se alejara de ella, iban a tener un bebé. Eso no había cambiado. Y tampoco había cambiado lo que sentía por él, seguía amando a Matteo Corretti con todo su corazón.

Pero no podía dar marcha atrás, tenía que ser fuerte. No iba a conformarse con menos de lo que quería. Creía que tenía derecho a esperar más de él y estaba dispuesta a amarlo sin importarle quién era ni lo que había hecho.

Pero necesitaba su amor a cambio. Porque lo que sentía era real y se negaba a seguir fingiendo felicidad si no la sentía. No iba a hacerlo nunca más.

Se dejó caer en uno de los sillones del salón con un gran dolor en su pecho que se iba extendiendo por el resto de su cuerpo. Tenía la sensación de que no iba a poder tener felicidad en su vida, ya fuera falsa o genuina, durante mucho tiempo.

Capítulo 13

MATTEO no estaba dispuesto a recurrir al alcohol esa vez, creía que no se merecía usar la bebida para olvidar esas últimas horas. Metió la quinta marcha y apretó con más fuerza el acelerador. Conducir siempre le ayudaba a pensar y a separarse un poco de sus problemas, pero no podía distanciarse de Alessia. La sentía muy cerca.

Esa mujer estaba con él, dentro de él, bajo su piel. Por mucho que hubiera tratado de protegerse, Alessia había penetrado los muros que había levantado a su alrededor.

Recordó lo que ella le había dicho, que no temía perder el control, sino sentir de verdad.

Y sabía que era verdad. Temía extender la mano hacia ella pidiendo redención y cediéndole así todo el control. Temía dejar abierta la puerta a sus emociones y ver que no había más que dolor, sufrimiento y un terrible sentimiento de culpa por todo lo que había hecho. Tenía miedo a exponerse de esa manera y ser aún incapaz de amarla como se merecía, de no poder ser ni un buen esposo ni un buen padre.

Alessia le había pedido que peleara por ellos, pero creía que nada bueno podía salir de la lucha. Solo lo había conseguido cuando la salvó. Siempre había pensado en ese momento como un ejemplo de lo que pasaba cuando perdía el control.

Sacó el coche de la carretera y se detuvo. El corazón le latía a mil por hora. Cerró los ojos y dejó que lo inundaran imágenes de ese día. No podía olvidar el miedo que había visto en los ojos de Alessia ni cómo la habían tocado esos hombres. No había podido controlar la rabia que había sentido entonces.

Tuvo claro en ese momento que, por muy ciego que estuviera por la ira, nunca podría hacerles daño a Alessia ni a su hijo. No cuando sabía que moriría antes de permitir que algo les pasara.

Había estado seguro durante años de que su mente lo protegía e impedía que perdiera el control, pero se dio cuenta entonces de que su corazón lo empujó a salvar a Alessia y también su corazón lo convenció para dejarse llevar y pasar aquella noche con ella en Nueva York. Ese corazón que se estaba desmoronando por momentos. No había muros que lo protegieran de ella, se había

estado engañando a sí mismo, se dio cuenta de que Alessia llevaba años dentro de él.

Apoyó la frente en el volante, le temblaba todo el cuerpo, sentía cómo se extendía el dolor por sus venas como si fuera un veneno.

Algo en él se abrió en ese instante y salió a flote cada sentimiento, cada deseo, cada necesidad profunda que había guardado en su interior.

Era demasiado, demasiadas cosas a la vez. El dolor que sentía por el niño que había sido, por el tipo de hombre que había sido su padre y por cómo había terminado todo entre ellos. Pero sintió también que había hecho lo que hizo por su familia, para liberarlos a todos. También a él mismo.

Sentía culpabilidad y mucha angustia. Sabía que parte de él siempre se iba a arrepentir de lo hecho.

Y sobre todo, un deseo desesperado de redimirse, de volver a empezar y hacer las cosas de otra manera para poder ser el hombre que Alessia había imaginado que era, su caballero de brillante armadura.

Alessia...

Pensó en su cara, en su brillante sonrisa, en sus lágrimas. Recordó cómo se habían cruzado sus miradas en el bar de Nueva York. Había tenido entonces un sentimiento de certeza tan profundo que ni siquiera había tratado de luchar contra ello.

Y sentía algo más, una luz que nacía en lo más profundo de su alma y lo iba iluminando todo. Y no era algo temporal. Era una luz duradera que llegaba a su corazón para quedarse. Una luz que le mostraba cómo era y cómo podía llegar a ser. Era amor.

Amaba Alessia. En ese instante, estaba tan seguro de ello como de su nombre. La había amado toda su vida.

Y él no era el hombre que ella se merecía ni el hombre que podría haber llegado a ser si las cosas hubieran sido diferentes. Pero con ese amor se llenó también de esperanza.

Esperanza para tratar de redimirse y esperanza para el futuro.

Nunca se habría imaginado que pudiera llegar a sentir tanta luz dentro de él. Y supo que era Alessia quien lo había liberado. Su amor por ella. Su esperanza para el futuro.

Podía no ser el hombre que ella había imaginado que era ni el hombre que podría haber sido en otras circunstancias, pero ese era el tipo de persona que merecía Alessia y decidió convertirse en ese hombre. Porque la amaba demasiado para ofrecerle menos de lo que se merecía.

Sacó el teléfono y marcó un número que rara vez utilizaba, pero tenía que hacerlo. Era un primer paso, el inicio del cambio. De todos modos, estaba demasiado cansado para seguir peleando con su propia familia.

–¿Diga? –contestó su primo.

–Soy Matteo.

–¡Ah! ¡Matteo!

Alessandro no parecía muy contento.

–¿Cómo va el tema de la unificación de la empresa? –le preguntó Matteo.

–Bien, va bien.

–Estupendo, aunque no te llamaba para eso, quería comentarte otra cosa –le dijo con seguridad–. Espero que no unamos solo las empresas, sino también la familia. Estoy cansado de tanta rivalidad. He estado guardándome cosas dentro que debería haber olvidado hace tiempo.

–Entonces, ¿vas a aceptar mi liderazgo?

–Si es necesario, lo haré por el bien de la familia –le aseguró Matteo.

Alessandro se quedó callado uno segundos.

–No te estarás muriendo, ¿no?

–No, pero casi lo parece –le dijo–. Se me pasará. El caso es que no quería arrastrar viejas rencillas como hacían Carlo y Benito. Si tenemos un problema, debemos hablar de ello y superarlo.

–Me parece muy bien.

–Estupendo, eso era todo. Nos vemos en la próxima reunión –se despidió Matteo.

No sabía si llegarían a ser amigos, pero estaba listo para dejar que el pasado se quedara en el pasado. Quería dejar de pensar en eso y soñar con un futuro en el que estuviera Alessia.

Alessia levantó la vista cuando oyó el motor del Ferrari. Estaba de pie en el jardín, haciendo todo lo posible para disfrutar de ese atardecer y no llorar más.

Matteo salió del coche sin pararse a cerrar la puerta y fue hacia donde estaba con los ojos fijos en los de ella. Cuando llegó a su lado, la tomó en sus brazos. Tenía una expresión casi feroz en la cara y entonces, la besó.

La besó durante mucho tiempo. Un beso profundo e intenso.

Ella rodeó su cuello con los brazos y le devolvió el beso, tenía la cara mojada y no sabía de quién eran las lágrimas, pero no

importaba. No quería preguntarle nada, solo quería vivir ese momento. Cuando se separaron, Matteo hundió la cara en su cuello y la abrazó con fuerza. Durante unos minutos, ninguno de los dos se movió, ninguno de los dos habló.

Sintió una gran emoción en su pecho, tan grande que no sabía si podía soportarlo. Le costaba respirar.

–Te quiero –le dijo Matteo entonces–. Es la primera vez que lo digo, Alessia. No se lo había dicho nunca a nadie, ni a una mujer, ni a nadie de mi familia. Así que, si lo digo, es porque estoy seguro. Te quiero con todo lo que tengo, con todo lo que soy. Te quiero.

No pudo reprimir un sollozo mientras asentía con la cabeza.

–Yo también te quiero.

–¿Sí? ¿Aún me quieres?

–Siempre.

–Tenías razón –admitió Matteo–. Tenía miedo y todavía lo tengo, pero no puedo seguir ocultándolo. Quiero cambiar y ser digno de esa mirada de admiración que solías dirigirme. Quiero ser todo lo que necesites, no voy a limitarme a aceptar cosas sin dar nada a cambio. Te mereces eso y mucho más. Me va a costar, llevo demasiado tiempo escondiendo mis sentimientos, he hecho cosas que estaban mal y he visto lo que nadie debería ver. Pero tuyo es todo lo que tengo y voy a intentar darte más aún. Porque tenías razón, te lo mereces todo.

–No tienes que esforzarte tanto ni cambiar, solo intentarlo. El amor servirá para curar lo que nosotros no podamos curar solos –le aseguró ella–. En realidad, solo necesito que me ames.

–Eso lo puedo hacer, Alessia Corretti. Llevo haciéndolo casi toda mi vida.

–Puede que no lo creas, Matteo, pero eres mi caballero de brillante armadura. Tal y como eres. Tienes defectos y has sufrido mucho, pero me quieres. Eres tan fuerte, tan valiente, tan perfecto... Bueno, a lo mejor no eres perfecto, pero eres perfecto para mí. Eres el único hombre que he querido y eso nunca va a cambiar.

–Y ¿cómo puedes ver todo lo que soy, lo que he hecho, y amarme de todas maneras?

–Así es el amor. ¿Y sabes qué? No es nada difícil amarte –le contestó ella con emoción–. Eres un hombre valiente y noble. Estabas dispuesto a sacrificar tu felicidad para proteger a la gente que te rodea, para tratar de hacer lo correcto. Eres el hombre más bueno que he conocido.

–Un halago extraordinario viniendo de la mujer más increíble. Tu valentía y tu amor, a pesar de todo por lo que has pasado también, es lo que me sacó de la oscuridad. Tu luz ganó la batalla. Tu amor ganó.

–¡No sabes cuánto me alegra que lo hiciera!

Matteo colocó la mano sobre su abultado vientre.

–Esto es lo que quiero. Nuestro bebé, tú y yo. Tenía miedo de admitir lo mucho que lo quería. Temía no merecer tanta felicidad, temía perderlo. Aún creo que no me lo merezco, pero lo deseo tanto… –le dijo Matteo antes de besarla de nuevo–. Ya no siento ese frío dentro de mí.

–Nunca más.

La abrazó de nuevo y la hizo girar con él sobre el césped.

Se echó a reír y él también lo hizo. Era un sonido real y feliz. Sintió una gran alegría dentro de ella. Alegría como no había sentido nunca. Por fin era de verdad feliz y podía disfrutar de su vida. Ya no tenía que fingir.

–En Nueva York me dijiste que solo podía ser una noche, pero esto se está convirtiendo en mucho más que una aventura –le recordó Matteo cuando dejaron de girar.

–Es verdad –repuso ella sonriendo–. He cambiado de opinión, creo que preferiría estar contigo para siempre.

–Me parece perfecto.

Epílogo

SE habían juntado todos los Corretti ese día, pero no para asistir a un funeral, una de las pocas ocasiones en las que solían juntarse en el pasado. Y ya no había tampoco enemistades ni resentimientos entre los asistentes al cumpleaños de Teresa, la matriarca de la familia. Ese día también celebraban la remodelación de la zona portuaria. Era la culminación de un gran esfuerzo común de la familia que habían logrado unidos.

Después de la gran ceremonia de inauguración en el puerto, habían regresado a la casa de los abuelos y se habían sentado a cenar todos juntos.

Hablaban de todo un poco y reían, olvidando las viejas rencillas. Además de los Corretti, también estaban algunos Battaglia, los hermanos de Alessia.

Matteo miró a su alrededor. Creía que había sido un gran éxito.

Después de la cena, se sentaron en el jardín y sintió mucha paz. Las decenas de bombillas que colgaban de los árboles le daban un aire mágico a esa noche.

–Hola, guapo –lo saludó Alessia acercándose a él.

Llevaba a su hija, Luciana, apoyada en su cadera.

–¡Las mujeres más bellas me honran con su presencia! Soy un tipo con suerte –repuso él acariciando la mejilla de Alessia y dándole un beso a Luciana en su cabecita.

Matteo miró a su esposa e hija, a su familia, a todos ellos… La palabra «familia» ya no tenía el mismo significado de antes, ya no estaban enfrentados entre sí.

Se agachó y tomó a Luciana en sus brazos. La colocó contra su pecho, era increíble sentir su cálido peso, ver que confiaba plenamente en él. Era algo que nunca iba a olvidar, nunca iba a dar por sentado que se merecía el amor incondicional de su hija. Pensaba estar siempre a su lado.

Alessia le sonrió con los ojos brillantes.

–La forma en que me miras… –susurró él– como si fuera tu caballero de brillante armadura…

–Es que lo eres –respondió Alessia–. Después de todo, me salvaste.

Matteo miró a su alrededor una vez más, a todas las personas

de su vida. Las personas a las que amaba.

–No, Alessia. Tú me salvaste a mí.